

WAVERLEY,
ó
AHORA SESENTA AÑOS.

NOVELA HISTÓRICA

POR

SIR GUALTERIO SCOTT

TRADUCIDA DEL ORIGINAL INGLÉS

POR

D. JOSÉ MARÍA HEREDIA.

TOM. I.

MÉJICO.

IMPRESA DE GALVAN A CARGO DE MARIANO ARREVALO,
Calle de Cadena número 2.

1833.

EL TRADUCTOR.



LA reputacion de Gualterio Scott es universal; y despues de Shakspeare, acaso ningun autor ha mostrado un conocimiento mas profundo del corazon humano. He aquí sin duda la causa del éxito asombroso que han tenido sus famosas novelas, en cuyos caracteres y situaciones nada hay ficticio, y todo respira la verdad y sencillez de la naturaleza. El prodigio de Caledonia, enérgico y original en lo patético, admirable en el diálogo, incomparable en las descripciones, cautiva el ánimo con la variedad de sus talentos y por el poderoso interes que excitan y sostienen sus narraciones mágicas. Su genio fecundo ha combinado los hechos de la historia con aventuras novelescas; por su pincel creador vivimos con los héroes, príncipes y paladines antiguos, como con nuestros contemporáneos; y sus cuadros espléndidos nos presentan una imágen tan viva de las costumbres y pompa de los siglos feudales, que las confundimos en nuestra memoria con las escenas reales que hemos presenciado con nuestros propios ojos. El esplendor de sus torneos, la magnificencia de sus trages, el brillo de sus armas, su valor indómito, sus modales altivos y cortesía caballeresca; el choque de sus caballos y el incendio de sus castillos se nos presentan con tan vivos colores, que nos vemos trasportados á los tiempos de Ricardo y Saladino, de Carlos el Temerario y de Felipe Augusto, á las montañas de Esecia, ó á los arenales desiertos de Palestina.

Empero, tanta excelencia literaria no es el único título de Scott á la admiracion pública: sus vastos y numerosos escritos no contienen un solo rasgo que pueda improbar el mas rígido moralista, y de que su autor deba arrepentirse en el lecho de la muerte.

La presente novela fué la primera que dió á luz Scott, oculto bajo el velo del anónimo, y el público inglés le dispensó tan favorable acogida, que las publicadas posteriormente llevaron hecha su fortuna solo con expresar que eran producciones del autor de *Waverley*. *Ivanhoe*, los *Puritanos*, *el Talisman*, *Rob Roy*, *el Abad*, y otras de estas novelas preciosas, han sido traducidas á nuestra lengua con mas ó ménos felicidad, y por una inexplicable anomalía, sus innumerables admiradores solicitan sin fruto una version de *Waverley*.

Tal ha sido la causa de que mi estimado amigo D. Mariano Galvan Rivera (á cuyo genio emprendedor y actividad infatigable se debe la creacion de la *librería* en la República) me empeñase en esta difícil empresa. Las numerosas alusiones que se hallan en esta obra á las costumbres, leyes é historia peculiar de Inglaterra, y cuya gracia y verdad forman considerable parte de su mérito, deben desaparecer en la traduccion á los ojos de lectores poco versados ó ignorantes en aquellas materias; ni ménos puede conservarse en ella el efecto que produce la introduccion del dialecto escoces en muchos diálogos.

Sin embargo, espero que mi trabajo no se confundirá con el de los famélicos escritores que en Francia destrozán hoy lastimosamente las producciones mas nobles del ingenio humano, y que el público mejicano, acreedor á mi gratitud por la benignidad con que ha recibido mis obras originales, dispensará favorable acogida á la traduccion de *Waverley*.

WAVERLEY,
Ó
AHORA SESENTA AÑOS.



CAPITULO PRIMERO.

INTRODUCCION.

EL título de esta obra no se ha escogido sin la deliberacion grave y sólida que los asuntos importantes exigen á los hombres prudentes. Aun su denominacion primera ó general fué resultado de investigaciones y cálculos nada comunes, aunque, segun el ejemplo de mis predecesores, pude coger desde luego el nombre mas exquisito y alisonante que presentasen la historia ó la topografia inglesa, y elegirlo de una vez para título de mi obra, y nombre de su héroe. Mas ¡ay! ¡qué podian esperar mis lectores con los epítetos caballerescos de Howard, Mordaunt, Mortimer ó Stanley, ó con los sonidos mas dulces y sentimentales de Belmour, Belville, Belfield y Belgrave, sino páginas de locura, semejantes á las bautizadas con iguales nombres de medio siglo á esta parte? Debo ademas confesar modestamente que desconfio mucho de mi propio mérito para resolverme á colocarlo en oposicion volunta-

ria con otros; y por lo mismo, como caballero novel con su estudio blanco, he tomado por mi héroe á *Waverley*, nombre contaminado, cuyo sonido lleva consigo pocas ideas malas ó buenas, si no son las que luego produzca su lectura. Pero mi título segundo ó suplementario fué mucho mas difícil de elegir, puesto que a pesar de su brevedad, puede mirarse como un compromiso formal del autor para la colocacion de su escena, la pintura de sus caracteres y el giro de sus aventuras. Si yo, por ejemplo, hubiese puesto en mi frontispicio „*Waverley*, historia de otros dias,” ¿no debia todo lector novel esperarse un castillo semejante al de Udolfo, cuya ala izquierda estuvo inhabitada mucho tiempo, y su llave perdida, ó encargada á un conserje ó mayordomo anciano, cuyos pasos trémulos, allá por la mitad del segundo tomo, debian guiar al héroe ó heroína en el laberinto de aquellas paredes ruinosas? ¿No hubiera debido graznar el buho y chillar el grillo, desde la carátula misma? ¿Me fuera posible, sin faltar al decoro, introducir escenas mas chistosas que las que pudiera producir la charla de un criado bufon, pero fiel, ó la narracion gárrula de la camarera de la heroína, cuando repitiese las consejas de horror y sangre que hubiese oido á los otros cridos? Empero si mi título dijese „*Waverley*, novela alemana,” ¿qué cabeza fuera tan obtusa que no imaginase desde luego un abad perdulario, un duque opresor, una asociacion secreta y misteriosa de Rosa-cruces ó Iluminados, con toda su correspondiente comitiva de capuchas negras, cavernas, puñales, máquinas eléctricas,

trampas y linternas sordas? O si prefiriera llamar mi obra „Novela sentimental,” ¿acaso este solo titulo no hubiera sido un presagio seguro de una heroina con un pelo castaño que le llegase á los piés, una arpa, dulce compañera de sus horas de soledad, que por fortuna puede llevar siempre consigo del castillo á la cabaña, aunque á veces tenga que saltar por una ventana del segundo piso, y suela verse extraviada en sus viajes, sola y á pié, sin otra guia que alguna muchacha rústica y asoleada, cuya gerigonza apenas comprende? Finalmente, si mi Waverley se intitulase „Historia contemporánea,” ¿no me exigirias, lector benévolo, un bosquejo vivo del mundo á la moda, unas cuantas anécdotas malignas y escandalosas, cuya personalidad cubriese un velo de finisima gasa, y que serian mas gratas, á proporcion de la mayor agudeza con que se contasen? ¿Podrias perdonarme que tomase mis héroes y heroinas fuera del círculo brillante que iluminan los astros reguladores del gran tono? —Mucho mas pudiera extenderme para probar la importancia y trascendencia de una carátula, y desplegar á la vez mis profundos conocimientos sobre los ingredientes particulares necesarios para componer novelas de varias clases; pero ya basta, y no quiero tiranizar mas la impaciencia del lector, que anhela sin duda por saber la eleccion final de un autor tan intimamente versado en los diferentes ramos de su arte.

Al fijar, pues, la época de mi historia sesenta años antes del actual dia 1.º de noviembre de 1805, deseo persuadir á mis lectores que las

páginas siguientes no hallaran un libro de caballerías, ni una novela descriptiva de costumbres modernas; que mi héroe no llevará hierro en los hombros, como antaño se usaba, ni en los tacones de sus botas, como lo hacen hoy los elegantes de Bond-Street; y que mis doncellas ni estarán vestidas „de oro y púrpura,” como Lady Alicia en una canción antigua, ni ostentarán la primitiva desnudez que se permiten hoy las damas de gran tono. El crítico inteligente inferirá por la fecha elegida que mi historia tiene por objeto describir hombres mas bien que costumbres. Para que una novela de costumbres interese, debe referirse á tal antigüedad que se haga venerable, ó presentar una imagen vivísima de las escenas que diariamente pasan á nuestra vista, y agradan por su novedad. Así la cota de malla de nuestros antepasados, y el dolman erizado de pieles que usan nuestros elegantes contemporáneos, pueden revestir igualmente á un personaje ficticio, aunque por muy distintas razones; pero, ¿quién pondrá á su héroe, para darle seriedad, el traje de corte que se usó en tiempo de Jorge II, y lo presentará sin cuello, con mangas anchísimas, y faltriqueras muy bajas? Esto mismo podría decirse con igual verdad respecto del salon gótico, que con sus vidrieras pintadas y oscuras, su techo elevado y sombrío, y su tosca mesa de roble, cubierta con cabezas de javalies y rumero, faisanes y pavos reales, cisnes y grullas, tiene bellissimo efecto en descripciones ficticias. También puede valer mucho la pintura viva de un festin moderno, si se contrasta con

la espléndida gravedad de un banquete dado ahora sesenta años; y así aparecerá con evidencia la ventaja que lleva el pintor de costumbres antiguas ó á la moda, respecto del que bosqueja las de la última generacion.

Considerando, pues, las desventajas inseparables de esta parte de mi asunto, he resuelto evitarlas cuanto sea posible, con apoyar principalmente la narracion en los caracteres y pasiones de mis actores; en pasiones comunes á todos los hombres en todos los rangos de la sociedad, y que han agitado igualmente el corazon humano, ya sea que palpitase bajo la acerada cota del siglo XV, el traje bordado del siglo XVIII, ó la levita azul y chaleco blanco de nuestros dias. No hay duda en que las costumbres y las leyes dan á esas pasiones cierto colorido, modificándose con el tiempo; mas el escudo de armas, para usar la lengua del blason, siempre es el mismo, aunque el fondo sea de color distinto, y aun diametralmente contrario. Per ejemplo, la saña de nuestros antepasados podia compararse á un *rojo encendido* que estallaba en actos de violencia abierta y sanguinaria contra los objetos de su furia; muestra malignidad, que busca su satisfaccion por caminos mas indirectos, y mina los obstáculos que no puede allanar con ímpetu, puede asemejarse al color *negro*. Pero el impulso regulador es uno en ambos casos; y el altivo *Par* que hoy solo puede arruinar á su vecino conforme á las leyes, y suscitándole pleitos interminables, desciende por línea recta del baron que envolvia en llamas el castillo de su rival, y le aplastaba la ca-

beza cuando emprendia huir del incendio. Yo pruebo á leer al público un capítulo del gran libro de la naturaleza, cuyo texto es el mismo despues de mil ediciones diferentes en tamaño, encuadernacion y letra. El estado que tenia la sociedad en la parte septentrional de la isla Británica durante el periodo de mi historia, me ha proporcionado algunos contrastes felices, y puede servir tambien para variar é ilustrar las lecciones morales que forman la parte mas importante de mi plan, aunque preveo que servirán de poco, si no acierto á mezclarlas con un interes vivo, empresa que entre la actual generacion crítica es mas difícil que „Ahora sesenta años.

CAPITULO II.

Waverley-Honour.—Noticias preliminares.

Sesenta años ha, pues, que Eduardo Waverley, héroe de las páginas que siguen, se despidió de su familia para incorporarse al regimiento de dragones en que acababa de obtener una compañía. Fué dia tristisimo en Waverley-Honour el en que nuestro jóven oficial se despidió de Sir Everardo, el anciano y afectuoso tio, de cuyo título y hacienda era Eduardo heredero presunto. La diferencia de sus opiniones políticas habia separado mucho ántes al *Baronet* de su hermano menor Ricardo Waverley, padre de nuestro héroe. Sir Everardo habia heredado de sus abuelos todas las predilecciones y preocupaciones aristocráticas que

distinguieron á la casa de Waverley desde el tiempo de la guerra civil. Emperó Ricardo, que tenia diez años ménos, se veia segundon, y no esperaba que el papel de Will Wimble le atrajese dignidad ni fortuna. Muy luego conoció que para tener buen éxito en la carrera de la vida, debia llevar sobre sí el menor peso que pudiera. Los pintores ponderan la dificultad de expresar la existencia simultánea de varias pasiones en la misma fisionomía, y no seria ménos ardua la tarea del moralista que pretendiese analizar los diferentes motivos que se combinan para formar el impulso de nuestras acciones. La lectura de la historia y el ejercicio de una sana razon convencieron á Ricardo Waverley de que, segun las palabras de una cancion antigua,

La obediencia pasiva es una burla,
y decir *bah!* no indica resistencia.

Sin embargo, es probable que la razon no habria podido vencer aquella preocupacion hereditaria, si Ricardo hubiese creido que Sir Everardo, emperrado por unas calabazas que recibió en su juventud habia de permamecer soltero á los sesenta y dos años de su edad. En tal caso, la perspectiva de heredar, aunque remota, pudiera haberle inducido á pasar la mayor parte de su vida siendo Master Ricardo hermano del Baronet, con la esperanza de que ántes de su conclusion se le llamaria Sir Ricardo Waverley, de Waverley-Honour, y se veria heredero de una fortuna espléndida y de vastas conexiones políticas, como cabeza del partido campesino. Pero esta consumacion de cosas no debia esperarse cuando Ricardo

entró en el mundo, pues Sir Everardo se hallaba entonces en la fuerza de la edad, y era evidente que su propuesta matrimonial habria sido perfectamente recibida en cualquier familia á que la dirigiese, y ya fuese rica ó hermosa la novia que solicitase, debiéndose advertir por último que la noticia de su pronto casamiento era cada año el asunto de las conversaciones en el vecindario. Su hermano, pues, no vió otro medio para adquirir una existencia independiente que el de atenerse á sus esfuerzos personales, y adoptar un credo político mas conforme á la razon y á sus intereses que la fe hereditaria de Sir Everardo en la iglesia anglicana y en la casa de Stuart. Hizo, pues, su abjuracion al empezar su carrera, y entró en el mundo como un declarado *whig*, y partidario de la sucesion de la casa de Hanover.

El ministerio de aquel tiempo deseaba prudentemente disminuir la falange de la oposicion. La nobleza *tory*, cuyo esplendor solo era un reflejo del brillo de la corte, se habia ido reconciliando gradualmente en la nueva dinastía. Pero los caballeros ingleses ricos avecindados en el campo, que con modales antiguos é integridad primitiva conservaban suficiente dosis de preocupaciones obstinadas é inflexibles, sostenian su oposicion altiva y severa, y dirigian sus ojos entre sentimiento y esperanza á Bois-le-Duc, Aviñon é Italia. La conquista de un pariente inmediato, de uno de estos opositores firmes é inexorables, se consideraba medio eficaz para nuevas conversiones, por lo que Ricardo Waverley obtuvo del ministerio un favor mas que proporcionado á sus talentos ó im-

portancia política. Sin embargo, resultó que tenía buena disposición para el manejo de los asuntos públicos, y negociada la primera audiencia ministerial, hizo luego progresos muy rápidos. El periódico *Noticioso* informó primero á Sir Everardo de que Ricardo Waverley, Escudero, había sido elegido para el parlamento por la aldea ministerial de Barterfaith; luego, de que Ricardo Waverley Escudero, se había distinguido sosteniendo al gobierno en la discusión de un proyecto de contribuciones, y finalmente, de que Ricardo Waverley, Escudero, estaba honrado ya con un empleo en que el gusto de servir á la patria se combina con gratificaciones importantes, y cuyo mérito se aumenta por la circunstancia de que se pagan con puntualidad cada tercio.

Aunque estos acontecimientos se seguían unos á otros tan de cerca, que la sagacidad del editor de un periódico moderno hubiera presagiado los dos últimos desde que anunció el primero, llegaron á Sir Everardo gradualmente, y por decirlo así, gota á gota, destilados por el tardo alambique del *Noticioso Semanal* de Dyer. Porque debe observarse de paso, que en vez de los coches de pósta, por cuyo medio no hay artesano que no pueda saber cada noche en su tertulia de seis peniques las noticias de la capital del día anterior, comunicadas por veinte conductos contradictorios, en aquellos días un correo semanal llevaba á Waverley-Honour un periódico también semanal, que después de haber satisfecho la curiosidad de Sir Everardo, de su hermana y de su anciano mayordomo, pasaba regularmente de la quinta al cu-

rato, del curato á casa del escudero Stubbs en la granja, de aquí al administrador del Baronet, que habitaba una preciosa casita blanca en el llano, de la cual salía para entrar en un vasto círculo de honradísimas dueñas y curiosos palurdos, entre cuyas duras y callosas manos se disolvía completamente como al mes de su llegada.

Aquella sucesion lenta de noticias favoreció á Ricardo Waverley en el caso que nos ocupa; pues si la suma total de sus excesos hubiera ofendido á la vez los oídos de Sir Everardo, no debe dudarse que el nuevo empleado no habria quedado muy satisfecho con el éxito de su conducta política. Aunque el Baronet era el mejor de los hombres, su carácter no carecia de puntos sensitivos, y la conducta de su hermano los habia herido profundamente: los bienes de la casa de Waverley no estaban ligados á vinculacion alguna, (porque jamas cupo en la cabeza de sus dueños anteriores que un heredero suyo pudiese cometer los horrores imputados á Ricardo por el Noticioso de Dyer), y aunque lo estuviesen, bastaba el matrimonio del propietario para comprometer las esperanzas de un heredero colateral. Estas varias ideas flotaban en la mente de Sir Everardo, aunque no llegaban á producir una conclusion positiva.

Examinó su árbol genealógico, que adornado con muchos emblemas de honor y hazañas heróicas, pendia en el bruñido entablamiento de su salon. Los descendientes mas inmediatos de Sir Hildebrando Waverley, á falta de los de su primogénito Wilfrido, cuyos únicos representantes eran Sir Everardo y su hermano, resultaban ser,

segun aquel respetable monumento, los Waverleys de Highley Park, con los cuales habia renunciado toda conexion la rama principal, ó por mejor decir, el tronco de la familia, de resultas de un gran pleito ocurrido por los años de 1670. Aquella rama habia cometido ademas contra la cabeza de su linage el crimen de haberse casado su representante con Judit Bradshawe, heredera de Oliverio Bradshawe, de Highley Park, cuyas armas, iguales á las del regicida Bradshawe, se habian mezclado con el antiguo escudo de Waverley. Empero Sir Everardo en el calor de su indignacion habia prescindido ya de tales ofensas, y si el letrado Clippurse, en cuya solicitud envió expresamente á su lacayo, hubiese llegado una hora antes, habria ganado su buena propina, extendiendo una donacion del señorio y feudo de Waverley-Honour, con todas sus dependencias. Mas una hora de reflexion es importantísima, si se ocupa en pesar los resultados comparativos de dos medidas, por ninguna de las cuales tenemos un interes decidido. Clippurse halló á su patron sumergido en meditacion profunda, y su respeto no le permitió interrumpirselo de otro modo que con la accion de sacar su papel y escribanía portátil de baqueta, mostrándose listo á cumplir desde luego las órdenes de su honorabilidad. Aun aquella corta maniobra embarazó á Sir Everardo, á quien pareció una reconvencion tácita por su indecision. Miró al letrado con algun deseo de pronunciar su *fiat*, cuando el sol, saliendo de una nube, lanzó de repente su luz por la empañada vidriera del gabinete obscuro en que se hallaban

sentados. El Baronet alzó los ojos, y los fijó en el escudo de armas donde estaba grabada: la misma divisa que uno de sus mayores se decia haber llevado en la batalla de Hastings, á saber, tres armillos de plata en campo azul, con el mote propio, *sans tache*. „Antes perezca nuestro nombre, dijo Sir Everardo entre sí, que ese antiguo simbolo de lealtad se una con la insignia deshonorosa, de un traidor!”

Todo esto fué efecto de un rayo fugitivo de sol, que apenas dió á Clippurse la luz necesaria para tajar su pluma. Pero se tajó en vano, y el Baronet despidió al plumista, previniéndole estuviese pronto para ocurrir al primer llamado.

La aparición de Clippurse en la quinta dió mucho que hablar en aquella parte del mundo que reconocia por centro á Waverley-Honour; pero los políticos mas juiciosos del pais presagiaron pocas consecuencias á Ricardo Waverley por una novedad que ocurrió poco despues de su apóstrofa. Tal fué un viaje que emprendió el Baronet en su coche con seis caballos, escoltado por cuatro lacayos cubiertos de ricas libreas, para hacer una visita bastante larga á un noble par que vivia en los confines del condado, hombre de linage immaculado, aristócrata inflexible, y padre feliz de seis doncellas altamente recomendables por su mérito y hermosura. Sir Everardo fué perfectamente recibido en aquella familia, como debía esperarse; mas desgraciadamente se inclinó á Emilia, la mas jóven de las seis señoritas; y ella recibió sus obsequios con un embarazo que probaba su poca satisfacción, y que no osaba rehusarlos.

Sir Everardo no pudo ménos de percibir algo de extraordinario en las emociones reprimidas que ella manifestaba al escuchar sus requiebros; pero la prudente condesa le aseguró que eran efectos de una educacion retirada; y tal vez se habria consumado el sacrificio, como sin duda ha sucedido en muchos casos semejantes, á no ser por la resolucion con que una de las hermanas mayores descubrió al rico pretendiente que Emilia estaba comprometida con un jóven militar, deudo inmediato suyo. Sir Everardo se conmovió mucho al recibir tal noticia, que luego le confirmó la misma señorita en una conversacion que tuvieron á solas, aunque le manifestó los mas vivos temores de excitar la indignacion de su padre. El honor y la generosidad eran atributos hereditarios en la casa de Waverley; y Sir Everardo, con una gracia y delicadeza dignas de un héroe de novela, abandonó sus pretensiones á la mano de Emilia. Aun hizo mas; y ántes que saliese de la quinta de Blandville, logró que su padre consintiese en unirla con el objeto de su cariño. No sabemos á punto fijo los argumentos que usó para decidir al conde; pero sí se vió que el jóven oficial, despues de aquella ocurrencia, ascendió en el ejército con una rapidez muy superior á la lentitud ordinaria con que progresa el mérito sin proteccion, que en apariencia era su único título á la fortuna.

El disgusto que tuvo Sir Everardo en esta ocasion, aunque disminuido por la conviccion de haberse manejado con virtud y nobleza, tuvo gran influjo en su vida posterior. Habia resuelto casarse en un rapto de cólera, y los afanes y bo-

chornos de una pretension amorosa no eran muy compatibles con la dignificada indolencia de sus hábitos: ademas se habia escapado de unirse á una muger que jamas hubiera podido amarlo, y la terminacion de sus proyectos matrimoniales no podia lisonjear mucho su orgullo, aun cuando en ella no hubiera padecido su corazon. El resultado final fué su vuelta á Waverley-Honour, sin traspaso alguno de sus afectos, á pesar de los suspiros y languideces de la bella chismosa, que por puro amor fraternal le habia revelado la inclinacion secreta de Emilia, y sin embargo de las continuas indirectas de la officiosa madre, y de los graves elogios que hacia el conde sucesivamente de la prudencia, juicio y disposiciones admirables de sus hijas primera, segunda, tercera, cuarta y quinta. La memoria de su malhadado cariño fué para Sir Everardo, como para otros muchos de su carácter á la vez huraño, altivo, sensible é indolente, un preservativo saludable para no volverse á exponer á iguales mortificaciones, pesares y esfuerzos inútiles. Continuó viviendo en Waverley-Honour á la usanza de caballero ingles de antiguo linage y opulenta fortuna. Su hermana Miss Raquel Waverley, presidia su mesa, y ambos fueron haciéndose poco á poco un solteron viejo y una doncella respetable, modelos de bondad y virtud entre los adoradores del celibato.

Poco duró la vehemencia del resentimiento de Sir Everardo contra su hermano; empero su desafecto al *Whig* y al empleado, aunque no llegase al extremo de inspirarle medidas activas perjudiciales á los intereses de Ricardo, continuó mante-

niendo entre los dos un espíritu de frialdad é indiferencia. Al cabo, una casualidad renovó sus relaciones. Ricardo se habia casado con una jóven de rango, esperando que el influjo de su familia y sus bienes de fortuna le harian progresar en su carrera; y por este matrimonio entró en posesion de una finca bastante valiosa, y que distaba pocas millas de Waverley-Honour.

Eduardito, el héroe de nuestra historia, era su hijo único, y tenia cinco años de edad. Su nodriza lo llevó una mañana como á una milla de Bre-wood, que era la hacienda de su padre, y en su paseo les llamó la atencion un coche tirado por seis hermosos caballos negros, y con tantas pinturas y dorados, que habria honrado al Lord Corregidor de Lóndres. Este carruage estaba en espera de su dueño, que se hallaba á poca distancia examinando los progresos de la obra en una granja que se edificaba. No sé si la nodriza del niño era natural de Gales ó Escocia, ó de qué modo asoció la criatura un escudo de tres armiños con la idea de propiedad personal; mas lo cierto es que apenas vió aquel emblema de familia, cuando determinó resueltamente vindicar su derecho al espléndido coche en que brillaba. El Baronet llegó cuando la muger procuraba en vano quitar al niño de la cabeza la idea de apropiarse el coche dorado y los seis caballos negros. Este encuentro ocurrió en un momento feliz para Eduardo, pues su tio acababa de estar mirando, no sin alguna envidia, los muchachos gordiflones del robusto labrador, cuya casa estaban edificando por órden suya. En el rosado y hermoso querubin que tenia delan-

te, y llevaba sus ojos y su nombre, reclamando un título hereditario á su familia, afecto y favor, por medio de un vínculo tan sagrado para Sir Everardo como el de la Jarretera ó el Manto-azul, parecia ofrecerle la Providencia el objeto más propio para llenar el vacío que experimentaba en sus esperanzas y afectos. El niño y su nodriza volvieron á Brere-wood en el coche, con un recado tal, que abrió la puerta á Ricardo Waverley para reconciliarse con su hermano mayor. Sin embargo, sus relaciones continuaron participando mas de una grave cortesía, que de la franca efusion y cordialidad del cariño fraterno; pero así bastaba á los deseos de ambas partes. Sir Everardo obtenia la satisfaccion de su orgullo hereditario en la sociedad de su sobrinito, esperando la continuacion de su linage por medio suyo, y haciéndolo objeto de su cariño tierno y bondadoso. Ricardo Waverley veia en el afecto del tío al sobrino un medio de asegurar á Eduardo, sino á él mismo, la sucesion á los bienes hereditarios de su familia, y conocia que un trato mas íntimo con un hombre dominado por ciertos hábitos y opiniones, como Sir Everardo, podria comprometer tales esperanzas, léjos de asegurar su éxito.

Así, por una especie de compromiso tácito, se dejaba pasar á Eduardito en Waverley-Honour la mayor parte del año, y ambas familias le trataban igualmente como hijo; aunque por lo demas se limitaban sus relaciones á recados políticos, y visitas aun mas políticas y formales. Las opiniones y el gusto de su tío y padre regulaban

alternativamente la educacion de nuestro jóven héroe. Mas esto debe quedarse para el capitulo siguiente.

CAPITULO III.

Educacion.

La educacion de Eduardo Waverley fué algo estrafalaria por su naturaleza. En su niñez le hacia daño el aire de Lóndres, ó se suponía que le perjudicaba, lo que viene á ser lo mismo. Por esto luego que los deberes de su empleo, la asistencia al parlamento, ó la prosecucion de alguno de sus planes interesados ó ambiciosos, llamaban á Ricardo á la capital, donde ordinariamente residia ocho meses del año, pasaba Eduardo á Waverley Honour, y mudaba de maestros y enseñanza, como de residencia. Esto pudo haberse remediado con que su padre lo encargase á un ayo permanente; mas consideró que en Waverley-Honour, no gustarian del que él escogiera, al paso que si se dejaba el nombramiento á Sir Everardo, le introduciría en su casa algun huésped poco agradable, si no un espía político. Dispuso pues que su secretario particular, jóven de instruccion y gusto, dedicase una ó dos horas á la educacion de Eduardo, miéntras permaneciera en Brere-wood, dejando á la responsabilidad del tío sus progresos literarios por el tiempo que residia en Waverley-Honour.

No se descuidó en esta parte Sir Everardo. Su capellan, que habia perdido su beca en Ox-

ford, porque no quiso jurar á Jorge I., no solo estaba muy versado en la literatura clásica, sino bastante instruido en las ciencias, y poseia las mas de las lenguas modernas. Sin embargo, era ya viejo é indulgente, y el interregno en que Eduardo se veia enteramente libre de su disciplina, relajaba tanto su autoridad, que el jóven alumno estudiaba lo que queria, cuando queria y como queria. Esta demasiada indulgencia habria sido fatal á un muchacho de poco entendimiento, que hallando trabajoso el estudio, lo hubiera abandonado enteramente, sin la vigilancia de su sobrestante literario; y tambien pudo ser peligrosa para un jóven cuyos espíritus animales fuesen mas poderosos que su imaginacion ó sentimientos, y á quien el vigor irresistible de la juventud habria lanzado exclusivamente en los placeres de la caza. Mas el carácter de Eduardo Waverley estaba lejos de parecerse á ninguno de estos. Su comprension era tan extraordinaria, que casi parecia inspiracion, y el principal cuidado de su maestro era impedirle, en frase de cazador, que dejase atras la caza, esto es, que se instruyese de un modo ligero, fútil é insuficiente. Luego tenia que combatir otra propension que acompaña las mas veces al talento vivaz y á la imaginacion brillante, y es cierta indolencia mental, que solo se mueve por algun motivo poderoso de satisfaccion, y hace abandonar el estudio, luego que la curiosidad está satisfecha, agotado el gusto de superar los primeros obstáculos, y disipado el hechizo de la novedad. Eduardo se arrojaba con aliento sobre cualquier autor clásico, cuya lectu-

ra le recomendaba su preceptor; penetraba su estudio cuanto bastaba para comprender la narracion, y si esta lo entretenia ó interesaba, concluia el volúmen. Pero en vano se procuraba fijar su atencion sobre distinciones criticas de filología, diferencia de idiomas, belleza de expresiones felices, ó combinaciones artificiales de sintáxis. „Yo leo y entiendo un autor latino, decia Eduardo con la presuncion y ligereza de quince años, y no harian mucho mas Bentley ó Escalígero.” ¡Ay! miéntras lo dejaban leer solo para divertirse, no previó que estaba perdiendo la única oportunidad para adquirir hábitos de aplicacion firme y severa, y el arte de regular, dirigir y concentrar las facultades de su entendimiento para investigaciones graves: arte superior en importancia aun á la misma instruccion que forma el principal objeto del estudio.

Bien sé que pueden objetarme la necesidad de hacer grata la instruccion á los jóvenes, y recordarme la infusion de miel en la medicina preparada para un niño, de que habla el Taso; pero un siglo en que la niñez aprende las doctrinas mas áridas por el método insinuante de juegos instructivos, no debe temer las consecuencias de un estudio muy grave ó severo. La historia de Inglaterra se halla hoy reducida á un juego de baraja, los problemas de matemáticas á enigmas y adivinanzas, y aun se asegura que las doctrinas de la aritmética pueden adquirirse suficientemente con dedicar pocas horas de la semana á practicar en una edicion nueva y complicada del juego real de la Oca. Solo falta un paso para que el credo y los diez man-

mientos se enseñen por igual método, sin necesidad de la cara seria, recitacion grave y atencion devota que hasta aquí se ha exigido á los niños bien criados de nuestro reino. Entretanto, podrá examinarse con madurez si los que solo se acostumbran á recibir instruccion con diversiones, no rechazarán despues la que se les presente en forma de estudio; si los que aprenden historia con una baraja, no se inclinarán á los medios mas que al objeto; y por último, que si enseñamos á los niños la religion por via de juguete, podrán gradualmente venir á parar en hacer juguete de la religion. La indulgencia con que los maestros de nuestro jóven héroe le permitian instruirse á su antojo, es decir, cuando el estudio le divertia, tuvo consecuencias perniciosas, y que influyeron mucho en su carácter, utilidad y ventura. La imaginacion viva de Eduardo y su ardiente aficion á la literatura, léjos de remediar este daño, mas bien aumentaron su violencia. La biblioteca de Waverley-Honour era un gran cuarto gótico, con arcos dobles y una galería, y encerraba una vasta y variada coleccion de volúmenes, acumulada en el espacio de doscientos años, por una familia que siempre habia sido rica, y por lo mismo inclinada por ostentacion á proveer sus estantes con las producciones de la literatura del tiempo, sin mucho escrúpulo ó delicadeza en su eleccion. Eduardo pudo vagar libremente en aquel vasto reino. Su maestro estaba dedicado á sus estudios de política eclesiástica y controversia teológica, y ademas gustaba algo de la quietud, por lo que, si bien examinaba de cuando en cuando los progresos del heredero presuntivo de su patron,

aprovechaba cualquier pretexto para no vigilar con estricta constancia sobre sus estudios generales. Sir Everardo jamas habia sido estudiante, y tanto él como su hermana Miss Raquel Waverley seguian la doctrina vulgar de que la ociosidad es incompatible con la lectura, sea cual fuere, y que la mera inspeccion de los caracteres alfabéticos es en sí misma una tarea útil y meritoria, aunque no se empuen en penetrar las ideas ó doctrinas expresadas por sus combinaciones. Así el jóven Waverley, inflamado en deseo de divertirse, que con mejor direccion se habria convertido en sed de saber, se arrojó en aquel mar de libros, cual nave sin timon ni piloto. Acaso no hay inclinacion que se aumente mas con entregarse á ella que un hábito fútil de leer, especialmente cuando hay tanta oportunidad de satisfacerla. Creo que entre las clases inferiores vemos tantos ejemplos de erudicion, porque un estudiante pobre, con las mismas facultades intelectuales que el rico, se ve limitado para satisfacer su pasion de libros á un círculo estrecho, y necesariamente repasa y estudia mucho los que posee, ántes de poder adquirir otros. Al revez Eduardo, como el Epicúreo que solo se dignaba morder un pedazo al durazno mas exquisito, no volvia á tocar un volúmen despues que satisfacía su curiosidad, ó dejaba de interesar su imaginacion; y resultó necesariamente que el hábito de solicitar solo aquella satisfaccion, fué haciéndola cada vez mas difícil de conseguir hasta que la pasion de leer, como otros apetitos fuertes, produjo una especie de sociedad con la multiplicacion de sus goces.

Mas ántes que llegase á tal indiferencia, habin

leído bastante, y acumulado en una memoria tenacísima mucha instrucción curiosa, aunque mal digerida y metodizada. En la literatura inglesa poseía bien á Shakspeare y á Milton, á los autores dramáticos antiguos, y varios trozos pintorescos é interesantes de crónicas históricas viejas, y particularmente de Spencer, Drayton y otros poetas que se han ejercitado en ficciones novelescas, género el mas fascinador para una fantasía juvenil, ántes que las pasiones se exalten, y requieran poesía de un tono mas sentimental. En esta parte, su conocimiento de la lengua italiana le abrió un campo todavía mas extenso, y habia recorrido los numerosos poemas novelescos que desde los dias de Pulci han sido ejercicio favorito de los ingenios italianos, y buscado pasatiempo en las numerosas colecciones de novelas producidas por el genio de aquella nacion elegante aunque libertina, en emulacion del Decameron de Boccaccio. En la literatura clásica hizo Waverley los progresos usuales, y leyó á los autores de costumbre; y los franceses le ofrecieron sus inagotables colecciones de memorias, poco mas fieles que las novelas, y de novelas tan bien escritas, que apenas se distinguian de las memorias. Gustábanle principalmente las espléndidas páginas de Froissart, con sus descripciones vivas y deslumbradoras de guerras y torneos; y en las de Brantome y De La Noue aprendió á comparar el carácter estrafalario, disoluto y supersticioso de los nobles de la Liga con el genio severo, rígido y á veces turbulento de los Hugonotes. Los Espanoles habian contribuido tambien á acrecentar su tesoro de erudición ro-

mántica y caballescra. Con todo, aunque Eduardo Waverley sabia muchas cosas que pocos saben, podia considerársele justamente como ignorante, pues poco sabia de lo que proporciona dignidad al hombre, y lo cualifica para sostener y honrar un rango social distinguido.

El cuidado ocasional de sus padres pudo tal vez haber impedido la disipacion mental consecuente á un método tan fútil de lectura. Pero su madre murió siete años despues que se reconciliaron los dos hermanos, y su padre, que desde entónces vivia en Lóndres mas de pié, estaba sobradamente ocupado en sus planes de ambicion y opulencia para atender á Eduardo, en quien solo observó que era muy afecto á libros, y probablemente vendria á ser obispo. Si hubiera descubierto y analizado las ideas visionarias de su hijo, habria pensado de muy distinto modo.

CAPITULO IV.

Castillos en el aire.

He indicado ya que el gusto delicado y melindroso adquirido por nuestro héros con una indigestion de lecturas fútiles, no solamente le hizo incapaz de estudios serios y graves, sino que en cierto modo le aburrió aun de aquellos á que hasta entónces se habia entregado. Diez y seis años tenia ya, cuando su abstraccion habitual, y el empeño que manifestaba en estar solo, llamaron la atencion de Sir Everardo, y despertaron sus afectuosos temores. Quiso pues combatir aquellas

propensiones de su sobrino, aficionándole á la caza, que habia sido en su juventud la fuente principal de sus placeres. Pero aunque Eduardo tomó la escopeta con pasion por algun tiempo, luego que el ejercicio le proporcionó tal cual destreza, se aburrió tambien de aquel pasatiempo. En la primavera siguiente se determinó á pescar, por haber leido el libro fascinador del viejo Isaac Walton. Pero entre todas las diversiones que ha discurrido el ingenio en obsequio de la ociosidad, la pesca es la ménos propia para entretener á un hombre á la vez impaciente y perezoso; y presto arrinconó su caña nuestro héroe. La sociedad y el ejemplo, que son los motivos mas poderosos que dirigen y modifican la inclinacion natural de nuestras pasiones, habrian producido su comun efecto en nuestro jóven visionario. Pero la vecindad estaba poco habitada, y los caballeros campesinos jóvenes que en ella existian, no eran á propósito para ser compañeros continuos de Eduardo, y aun ménos para excitarle á emularlos en los pasatiempos que eran el objeto formal de su vida. Sir Everardo habia renunciado su lugar en el parlamento cuando murió la reina Ana, y segun avanzaba en años é iba disminuyéndose el número de sus contemporáneos, se habia ido separando gradualmente de la sociedad, de manera que cuando alguna rara vez se juntaba Eduardo con otros jóvenes bien educados, iguales á él en rango y esperanzas, se consideraba inferior en su compañía, no tanto por falta de instruccion, cuanto por no poder metodizar la que poseia, ni hacer uso de ella. Este disgusto de la sociedad se aumen-

taba por una sensibilidad profunda. Causábale agonía la idea de haber cometido contra las reglas de la buena educacion algun solecismo real ó imaginario; pues aun el delito no excita en algunos ánimos tanta vergüenza y remordimientos, como los que siente un jóven inexperto y susceptible cuando cree haber faltado á las leyes de la etiqueta, ó puéstose en ridículo. Es imposible tener gusto donde se carece de libertad; y por lo mismo no debe admirarnos que Eduardo Waverley se creyese desafecto á la sociedad é impropio para ella, solo por no haber adquirido aun el hábito de frecuentarla con gusto y desembarazo, y de recibir y comunicar en el trato un placer reciproco. Las horas que pasaba con sus tios las empleaba en oír las repetidas historias que dan asunto á las conversaciones de la narradora vejez. Mas aun allí se excitaba con frecuencia su imaginacion, que era la facultad predominante de su alma. Las tradiciones familiares é historia genealógica, sobre que giraban en su mayor parte las conversaciones de Sir Everardo, son al revés del ámbar, que siendo en sí una sustancia preciosa, encierra moscas, pajitas y otras bagatelas, al paso que aquellos estudios, siendo por sí ligeros é insignificantes, sirven para perpetuar muchas particularidades raras y preciosas de las costumbres antiguas, y recordar varios hechos curiosos y minuciosos, que no podrian conservarse y comunicarse por otro medio. Por lo mismo, si Eduardo Waverley solia bostezar oyendo la seca enumeracion de la prolongada línea de sus mayores, ilustrada con noticias de sus varios matrimonios, y conjuraba inte-

riormente la despiadada exactitud con que el buen Sir Everardo examinaba los diversos grados de parentesco entre la casa de Waverley-Honour y los ilustres barones, caballeros y escuderos aliados con ella; si (á pesar de lo que debía á los tres armiños) maldecia interiormente la gerigonza del blason, sus grifos, dragones y otras alimañas, tambien habia momentos en que aquellas conversaciones intesesaban su fantasía, y recompensaban su atencion. Las proezas de Wiliberto de Waverley en la Tierra Santa, su larga ausencia y peligrosas aventuras, su muerte supuesta y su aparicion súbita en la noche que su querida se habia casado con el héroe que la habia protegido contra los insultos y opresion en su ausencia; la generosidad con que el cruzado abandonó sus pretensiones, y buscó en un claustro vecino la paz eterna, estas narraciones y otras semejantes escuchaba con éxtasis Eduardo, hasta que su corazon se inflamaba y sus ojos se humedecian. Ni se afectaba ménos cuando su tia Mrs. Raquel, contaba los padecimientos y fortaleza de Lady Alicia Waverley durante la gran guerra civil. Las facciones benévolas de la doncella venerable tomaban expresion mas magestuosa cuando referia que Cárlos, despues de la batalla de Worcester, se refugió por un dia en Waverley-Honour, y al acercarse un cuerpo de caballería para registrar la casa, Lady Alicia despachó á su hijo menor con unos cuantos criados, encargándoles que aseguraran con sus vidas la detencion de los enemigos por una hora, á fin de que el rey tuviera tiempo de escaparse. „Y, Dios la favorezca, continuaba Mrs.

Raquel, fijando los ojos al hablar en el retrato de la heroína," bien cara compró la salvacion de su príncipe con la vida de su hijo mas amado. Aquí le trajeron preso y mortalmente herido, y aun pueden verse las gotas de su sangre desde la puerta principal de la quinta por la galería pequeña hasta el salon, donde le reclinaron para morir á los piés de su madre. Pero en aquel momento amargo tuvieron ambos algun consuelo; porque él entendió por los ojos de su madre que estaba conseguido el fin de su defensa desesperada.—Ah! me acuerdo, continuaba, de haber conocido á una persona que le amó tiernamente. Miss Lucía St Aubin vivió y murió doncella por su causa, aunque era una de las jóvenes mas bellas y ricas de este pais, y mil pretendientes se deshacian por ella; empero llevó luto de viudez toda su vida por el pobre Guillermo, pues los dos estaban comprometidos, aunque no desposados, y murió en. . . No puedo recordar la fecha; mas creo que fué en noviembre de aquel mismo año, cuando sintiendo acercarse su fin, quiso que la trajesen por última vez á Waverley-Honour, y visitó con ternura todos los parages en que habia estado con mi tio, é hizo levantar las alfombras para seguir la huella de su sangre, que en verdad ya no existiria si pudiera lavarse con lágrimas, pues ningunos ojos estaban secos en toda la casa. Hubieras creído, Eduardo, que aun los mismos árboles lloraban por ella, porque las hojas desecadas caían en torno suyo sin el mas leve soplo de viento; y á la verdad, su aspecto deplorable presagiaba que no debia ya verlos cuando recobrasen su verdura."

Después de oír leyendas como estas, se alejaba nuestro héroe para entregarse á las ardientes cavilaciones que excitaban en su fantasía. En un rincón de la vasta y sombría biblioteca, sin mas luz que la de los carbones medio consumidos en su amplia chimenea, ejercitaba por horas enteras la magia interior que casi nos presenta en acción los acontecimientos pasados ó imaginarios. Alzábase á su vista en largo y hermoso aparato el esplendor de la fiesta matrimonial en el castillo de Waverley; veía la alta y enflaquecida figura de su verdadero señor, en pié, envuelto en el sayal de peregrino, espectador oscuro del júbilo de su heredero supuesto y de su novia idolatrada; el golpe eléctrico ocasionado por la súbita revelación; el armamento instantáneo de sus vasallos; el asombro del novio, el terror y confusión de la dama; la agonía con que Wiliberto penetraba que su corazón ratificaba el consentimiento para aquellas nupcias; el aspecto de dignidad y sentimiento profundo con que arrojó de sí el acero medio desenvainado, y se alejó para siempre del techo de sus mayores. Mudábase luego la escena, y la fantasía de Eduardo le representaba la tragedia referida por su tía Raquel. Contemplaba á Lady Waverley sentada en su cenador, recogiendo ávidamente los sonidos mas leves, y palpitándola el corazón con duplicada agonía; ya aplicando el oído al eco distante de las pisadas del caballo del rey, y cuando este se extinguió en la distancia, recibiendo en cada brisa que agitaba los árboles del parque, el rumor de la mortal escaramuza. Oyese un sonido lejano, parecido al de un río en su creciente; acércase mas y mas, y Eduardo percibe ya

el galope de los caballos, el grito de los guerreros y varios tiros de pistola. La señora se levanta,—un doméstico entra precipitadamente yerto de terror. Mas ¡para qué proseguir esta descripción lamentable!

Como la vida en el mundo ideal era cada día mas deleitosa para nuestro héroe, su interrupcion le desagradaba proporcionalmente. El extenso terreno que rodeaba la quinta, y por exceder mucho las dimensiones de un parque, se llamaba usualmente la caeeria de Waverley, había sido ántes bosque, y todavía, aunque abierto por grandes claros en que retozaban los gamos, conservaba su carácter primitivo y agreste. Atravesabanlo anchas calles, medio cubiertas de matorrales en algunos puntos, donde las bellezas del tiempo anterior acostumbraban colocarse para ver al ciervo perseguido por perros, y aun dirigirle algun tiro de ballesta. Aun era tradicion que la reina Isabel habia traspasado con sus flechas á siete gamos en un parage distinguido por un monumento gótico, cubierto ya de musgo por el tiempo. Este era el asilo favorito de Eduardo Waverley. Otras veces, con su escopeta y perro, que le disculpaban con otros, y un libro en la faltriquera, con que tal vez queria alucinarsé á sí mismo, echaba á andar por una de aquellas largas calles, que despues de una cuesta suave de cuatro millas, se convertia en vereda estrecha y áspera que atravesaba el terreno pedregoso y boscoso llamado Mirkwood Dingle, y terminaba súbitamente en un lago pequeño sombrío y profundo, que por igual motivo se llamaba Mirkwood-Mere. Allí había existido antiguamente una torre solitaria, nombra-

da la Fuerza de Waverley, porque muchas veces habia sido refugio de la familia en momentos de riesgo. En las guerras de York y Lancaster, los últimos partidarios de la *Rosa roja*, osaron sostenerse allí, e hicieron una guerra molesta y depredatoria á sus enemigos, hasta que el célebre Ricardo de Gloucester redujo su fortaleza. En el mismo asilo se mantuvo mucho tiempo un trozo de realistas, mandado por Nigel Waverley, hermano mayor de aquel Guillermo cuyo infausto destino conmemoraba la tia Raquel. Entre tales escenas gustaba Eduardo de abandonarse á sus cavilaciones, y como un niño entre sus juguetes bien escogidos y arreglados, sacaba de las espléndidas imágenes que atesoraba su fantasía mil visiones tan brillantes y fugitivas como las del cielo vespertino. En el capítulo siguiente se verán los efectos que produjo esta manía en su temperamento y carácter.

CAPITULO V.

Elección de carrera.

La minuciosidad con que he descrito las ocupaciones de Waverley, y el giro que necesariamente dieron á su imaginación, harán esperar al lector una imitación de Cervantes en la novela que sigue. Mas en tal suposición hace un agravio á mi prudencia: no trato de seguir las huellas de aquel autor inimitable, describiendo un trastorno tal de juicio que haga equivocar los objetos sensibles, sino la otra aberración mas común de quien percibiéndolos en su realidad, les

presta una tinta del tono y colorido novelesco dominante en su propia fantasía. Tan lejos estaba Eduardo Waverley de esperar una simpatía general con sus afectos, ó de creer que el mundo presente podía realizarle las visiones á que se entregaba con deleite, que temia sobre todo la revelacion de sus quimeras. Ni tenia ni apetecia confidentes á quienes comunicarias; y conocia tan bien su ridiculez, que si le hubieran puesto á elegir entre cualquier castigo que no fuese la infamia, y la necesidad de dar razon del mundo ideal en que pasaba la mejor parte de sus dias, creo que no habria vacilado para elegir el primer extremo. Este secreto fué aun mas importante, cuando su progreso en la vida le hizo sentir el desarrollo de las pasiones. Figuras femeniles revestidas con exquisita gracia y belleza, empezaron á mezclarse en sus aventuras mentales, y no tardó en buscar objetos de comparacion entre las mugeres reales y las creaciones de su fantasía. La lista de las bellezas que desplegaban sus gracias y adornos senanariamente en la parroquia de Waverley, no era selecta ni numerosa. La mas pasadera de todas era Miss Sissly, ó segun ella queria que la llamasen, Miss Cecilia Stubbs, hija del escudero Stubbs de la Granja. Ignoro si fué por accidente casual, frase que en labios femeniles suele tambien significar *malicia y cálculo*, ó por conformidad de inclinaciones, que Miss Cecilia se encontró mas de una vez con Eduardo en sus paseos favoritos por la caceria de Waverley. Aun carecia del valor necesario para llegarse á ella en tales

ocasiones; pero el encuentro no dejó de producir algun resultado. Un amante novelesco es un raro idólatra, que á veces atiende poco á la materia de que forma el objeto de su adoracion; por lo ménos, le es fácil imitar al judío y al Dervis en cierto cuento oriental, y vestirle ricamente de su imaginacion con sobrenatural hermosura y todas las propiedades de la riqueza intelectual. Mas ántes que las gracias de Miss Cecilia Stubbs la elevasen á diosa positiva, ó la pusiesen por lo ménos al nivel de la santa de su nombre, tuvo Mrs. Raquel Waverley algunos avisos, que la determinaron á impedir la apoteosis próxima. Aun las mugeres mas sencillas y confiadas tienen (Dios las bendiga!) un instinto agudísimo de percepcion en tales materias, que suele extenderse á observar inclinaciones que jamas existieron, pero que nunca deja de penetrar las que caen bajo sus observaciones. Mrs. Raquel se aplicó pues con gran prudencia, no á combatir el riesgo inmediato, sino á eludirlo, y sugirió á su hermano la necesidad de que el heredero de su casa viese algo mas del mundo que lo que podia lograr residiendo constantemente en Waverley-Honour. Sir Everardo reprobó al principio un plan que debia quitarle la sociedad de su caro sobrino. Confesaba que Eduardo era algo maniático por los libros; pero siempre habia oido que la juventud era el tiempo de aprender, y sin duda cuando calmará la sed de saber que el muchacho manifestaba, y tuviera la cabeza bien provista de instruccion, se daria á la caza y á los negocios del condado. Aun añadía

que él muchas veces habia sentido no haberse dado al estudio por algun tiempo cuando era joven; pues no por eso hubiera cazado con menos habilidad, y habria podido hacer retumbar el techo de S. Estevan con largos discursos de que estaban preñados los zelosos Noes, que siendo miembro de la cámara durante la administracion de Godolfin, oponia á todas las proposiciones emanadas del gobierno.

Sin embargo, la ansiedad de la tia Raquel la prestó habilidad para ganar el punto en cuestion. Alegó que todos los representantes de la casa de Waverley habian viajado en paises extranjeros, ó servido á su pátria en el ejército ántes de fijarse por vida en Waverley-Honour, y para probar su aserto apelaba al árbol genealógico, autoridad que jamas osó contradecir Sir Everardo. Finalmente, se propuso á Ricardo Waverley que su hijo saliese á viajar bajo la direccion de su maestro Mr. Pembroke, y con una asignacion correspondiente á la liberalidad de su tio. Ricardo no tuvo que oponer á la propuesta; pero habiéndola mencionado casualmente en la mesa del ministro, este grande hombre tomó un aspecto grave, cuya razon le explicó luego en secreto. Observó que el infausto giro de las opiniones políticas de Sir Everardo, haria muy mal visto que un jóven de tantas esperanzas viajase por el continente con un pedagogo elegido sin duda por su tio, y sujeto á sus instrucciones. Mr. Waverley podia considerar cual seria la sociedad de Eduardo en Paris y en Roma, expuesto á los continuos lazos que habian de tenderle

el Pretendiente y sus hijos. Añadió poder asegurarle que S. M. apreciaba los méritos de Mr. Ricardo Waverley, por lo que si su hijo adoptaba la carrera militar por algunos años, creía poderle ofrecer una compañía en alguno de los regimientos de dragones recién vueltos de Flandes. Tal indicacion no podia desatenderse con impunidad; y Ricardo Waverley aunque muy temeroso de ofender las preocupaciones de su hermano, creyó indispensable aceptar el empleo que se le ofrecia para su hijo en aquellos términos. La verdad es que confiaba mucho, y con razon, en el afecto de Sir Everardo á su sobrino, que no le permitiria resentirse por ningun paso que este diera, obedeciendo justamente á la autoridad paternal. Dos cartas anunciaron su resolucion al Baronet y á Eduardo. Esta última le comunicaba sencillamente lo ocurrido, y le indicaba los preparativos necesarios para incorporarse al regimiento. La carta de Ricardo para su hermano estaba escrita con mas difusion y rodeos. Convenia con él en los términos mas lisonjeros sobre la conveniencia de que su hijo viese algo mas del mundo, y aun se mostraba humilde en sus expresiones de gratitud por el auxilio que al efecto le habia ofrecido; pero añadia serle muy sensible que por desgracia no pudiera Eduardo cumplir entónces exactamente con el plan que le habia trazado su mejor amigo y bienhechor. Aun él mismo habia pensado con sentimiento en la inactividad del muchacho, cuando tenia una edad en que todos sus mayores servian ya en la carrera de las armas; el mismo

rey se habia dignado preguntar si el jóven Waverley estaba ya en Flandes, pues tenia la edad en que su abuelo habia derramado su sangre por su monarca en la gran guerra civil. A esto se habia unido la oferta de una compañía de dragones. ¿Qué pudo él hacer en tal compromiso? Carecia de tiempo para consultar las inclinaciones de su hermano, aun cuando hubiese podido pensar que él pudiera oponerse á que su sobrino siguiese la carrera gloriosa de sus mayores. Concluia manifestándole que Eduardo era ya (habiendo salvado con mucha agilidad los pasos intermedios de alférez y teniente) el capitán Waverley del regimiento de dragones número *** al cual debia unirse en D.—en Escocia dentro de un mes.

Sir Everardo Waverley recibió esta noticia entre varios sentimientos contrarios. En el periodo de la sucesion Hanoveriana se habia separado del parlamento, y no habia dejado de excitar algunas sospechas su conducta en el año de 1715. Hablóse de reuniones secretas de hombres y caballos formados á la luz de la luna en la cacería de Waverley, y de algunos cajones de carabinas y pistolas que venian de Holanda para el Baronet, y fueron interceptados por la vigilancia de un guarda, á quien luego pagaron su eficacia unos cuantos rústicos, dándole una manteada soberbia en una noche oscura. Aun se dijo que al prender á Sir W.—W.—cabeza del partido tory, se habia encontrado en la faltriquera de su bata una carta de Sir Everardo. Pero no habia hechos positivos en que fundar un procedimiento, y el gobierno, satisfecho

con haber sofocado la insurrección de 1715, no creyó prudente ni oportuno extender su venganza á otros que los que habian tomado las armas. Tampoco los temores de peligro personal de Sir Everardo parecieron corresponder á las habillitas esparcidas en el vecindario. Era público que habia proporcionado dinero á varios Nortumbrianos y Escoceses afligidos, que habiendo sido aprendidos en Preston de Lancashire, estaban presos en Newgate y Marshalsea, y el abogado del Baronet se encargó de la defensa de aquellos infelices cuando fueron juzgados. Suponiase generalmente que si el ministerio hubiera poseido algunas pruebas reales de que Sir Everardo hubiese tenido parte en la rebellion, ó no habria osado él arrostrar así al gobierno existente, ó al ménos no lo hubiera hecho con impunidad. Empero los sentimientos que entonces habian dictado su conducta eran los de un jóven ardiente, en la exaltacion de un periodo agitado. Desde entonces habia decaido gradualmente el jacobitismo de Sir Everardo como un fuego que se extingue por falta de pábulo. Sus principios torys y de aristocracia eclesiástica, se sostenian por algunos ejercicios periódicos en las elecciones y sesiones trimestres; pero respecto del derecho hereditario de sucesion á la corona, habian caido sus opiniones en una especie de vaga esperanza. Sin embargo, le chocaba mucho que su sobrino sirviese en el ejército bajo la dinastía de Brunswick; mucho mas porque aun prescindiendo de sus altas ideas sobre la autoridad paternal, era imposible, por lo ménos imprudentísimo, intervenir para embarazarlo. Esta incomodidad reprimida produjo

muchos *puhs!* y *bahs!* que se atribuyeron á un ataque de gota indicado, hasta que habiendo pedido el digno *Baronet* la guia del ejército, se consoló contando los descendientes de varias familias, modelos de lealtad, *Mordaunts*, *Granvilles* y *Stanleys*, cuyos nombres aparecian en aquel estado militar; y recordando todos sus sentimientos sobre la grandeza de su familia y la gloria guerrera, concluyó, con lógica parecida á la de *Falstaff*, que cuando estaba próxima la guerra, aunque era ignominia pelear por otra cuasa que por una, era ignominia mayor estar con los brazos cruzados que combatir, aunque fuese por la mala causa, por mas que la rebelion la ennegreciera. En cuanto á la tia *Raquel*, veia que sus planes no habian terminado como ella quisiera; mas era de necesidad ceder á las circunstancias, y distrajo su mortificacion ocupándose en disponer el equipage de su sobrino, y consolándose mucho con la esperanza de verle lucir un grande uniforme.

Eduardo Waverley recibió aquella noticia inesperada con sorpresa indefinible y viva; y fué para él, como dice un poema anrigo, fuego en un brezal, que cubre de humo un cerro solitario, y á la vez lo ilumina con fuego sombrío. Su maestro, ó por mejor decir, *Mr. Pembroke*, pues apenas tomaba el primer título, recogió en el aposento de *Eduardo* algunos fragmentos de versos irregulares, que parecian escritos entre los afectos agitadores que produjo en su ánimo la repentina vuelta de aquella página en el libro de su existencia. El doctor, que creia sin exámen en toda poesía compuesta por sus amigos, con tal que estuviere escri-

ta en renglones rectos, con su letra mayúscula al principio de cada uno, comunicó aquel tesoro á la tía Raquel, y esta, bañando sus anteojos con lágrimas, los copió en su libro de memorias, entre varias recetas particulares de cocina y botica, textos favoritos, fragmentos de teólogos aristocráticos, y unas cuantas canciones amorias y jacobéticas, cantadas por ella en su juventud; y se sacaron de aquel depósito, cuando el mismo volumen con otros recuerdos auténticos de la familia de Waverley se entregaron al indigno editor de esta memorable historia. Aunque no agraden mucho al lector, servirán mejor que narracion alguna, para darle á conocer el génio irregular y extraño de nuestro héroe.

Quando la tarde plácida en otoño
 miré bajar á Mirkwood—Mere sombrío,
 al purísimo lago reflejaba
 los rayos de oro y las purpúreas nubes.
 Los árboles y montes inmeiatos
 su cristalino espejo retrataba,
 y la torre y peñasco y flores bellas
 con tal exactitud, que parecia
 yacer callado entre su seno puro
 otro mundo mejor que el que habitamos,
 de afan y penas y dolor seguro.

Mas de lejano monte despedida
 bajó fiera tormenta, despertando
 del terso lago al solitario génio.
 El oyó de los robles el gemido,
 y se vistió su tenebroso manto,
 bien cual guerrero al grito de batalla
 con formidable arnes todo se cubre,

y al acercarse mas el torbellino,
 hizo á sus olas retumbar, cual trueno.
 Brotan las aguas torrenciosa espuma,
 mi bello mundo ideal se descompone,
 y arrastrado por su ímpetu á la playa,
 aquel mágico reino se disipa.

Empero yo, sin alterar mi frente,
 con oculto placer inexplicable
 miré la mutacion desoladora.
 Cuando el airado viento combatia
 con aguas y con árboles, alzado
 sobre la torre solitaria estuve,
 y mi agitado pecho respondia
 al sublime fragor, y en él gozaba,
 y á la vez lamentaba
 que mi dulce ilusion desaparecia.

Así de juventud los vanos sueños
 como trompeta enérgica disipa
 la voz de la verdad. Blandas visiones
 que al inocente pecho deleitaban
 rápidas huyen, cual la escena bella
 del lago cristalino; tan fugaces,
 tan frágiles y puras, como aquella
 que disipó de otoño la borrasca.
 Cierra, imaginacion, los yertos ojos
 á las fulgentes formas que mirabas,
 pues que sueños de amores y hermosura.
 imperiosa llamándome á las armas,
 disipa del honor la mano dura.

Advertirémos en sencilla prosa lo que indican
 estos versos con ménos claridad, y es, que la pasa-
 gera idea de *Mis Cecilia Stubbs* se disipó en el

corazon del capitan Waverley entre la agitacion excitada por su nuevo destino. Ella empero se presentó con pleno esplendor en la iglesia el último domingo que asistió á ella Eduardo, quien á solicitud de su tío y de Mrs. Raquel (y con poco sacrificio suyo, si hemos de ser francos), se presentó aquella vez de grande uniforme.

Para no formar opinion muy alta de otros, es el antidoto mejor tenerla excelente de nosotros mismos. Es cierto que Miss Stubbs habia apurado los recursos con que el arte puede realzar la hermosura; mas ¡ay! el tontillo, los lunares, los rizos y una bata nueva de seda francesa legítima, de nada sirvieron con un jóven oficial de dragones, que por primera vez se ponía su sombrero montado con galon de oro, botas y sable. Ignoro si, como el campeon de una cancion antigua,

Por el honor inflamado
de amor desdenó el imperio,
y beldad alguna pudo
conmover su helado pecho;

ó si las anchas y refulgentes fajas de oro que le cubian el pecho, frustraban la artillería de los ojos de Cecilia, cuyos tiros todos fueron inútiles respecto de Eduardo, aunque no de otra persona. Es una triste verdad que aquí debe despedirse mi historia de la bella Miss Cecilia, que, como otras muchas hijas de Eva, despues que marchó Eduardo, y se le dispararon ciertas visiones ociosas que habia adoptado, se contentó pacíficamente con un *pis-aller*, y á los seis meses dió su mano á Jonas Cut-

berfield, hijo del mayordomo de Sir Everardo, y heredero (no mala esperanza) de la fortuna de un mayordomo; sin meter en cuenta la mucha probabilidad de suceder a su padre en tan provechoso empleo. Todas estas ventajas movieron al escudero Stubbs a rebajar algo en el punto de nobleza, y como la rosada cara y aspecto varonil y robusto del pretendiente tuvieron igual influjo en la niña, presto se concluyó el trato. Nadie mostro mas gozo en tal ocasion que la tia Raquel, quien hasta entonces miraba de mal ojo a la señorita (en cuanto lo permitia su genio bondadoso); pero a la primer presentacion de los nuevos conyuges en la iglesia, honró a la novia con una sonrisa grata y una profunda cortesia, en presencia del cura, del vicario, del sacristan y de toda la congregacion perteneciente a las parroquias unidas de Waverley cum Beverley.

Por lo pasado, presente y futuro imploro la indulgencia de los lectores que solo quieren divertirse con las novelas, por tener que aburrirlos con embrollos politicos faltos ya de interes, con Whigs y Torys, Hanoverianos y Jacobitas. A la verdad, me es imposible prometerles que mi historia sea inteligible, por no decir probable, sin tales aditamentos. Mi plan exige que se expliquen los motivos de su accion; y estos motivos proceden necesariamente de los afectos, preocupaciones y partidos que existian en el periodo a que me refiero. No sonvido á mis bellas lectoras, cuyo impaciente sexo las da mayor derecho á quejarse de tales molestias, con un carro volador tirado por hipogrifos, ó impellido por encantamiento, sino con una humilde si-

Ha de posta, arrastrada sobre cuatro ruedas por el camino real y ordinario. Los que no quieran tal carruaje, pueden dejarlo en la primer parada, y aguardar para su viaje el tapete del príncipe Hussein, ó la garita volante de Malek el Tejedor. Los que gusten seguir conmigo, se verán alguna vez expuestos al fastidio inseparable de malos caminos, cuevas pendientes, lodazales y otros obstáculos terrestres; pero con caballos regulares y un cochero bien criado, (como dicen los avisos de diligencias), me obligo á llegar, cuanto ántes pueda á un pais mas pintoresco y romántico, si mis pasajeros se dignan tener alguna paciencia conmigo en mis primeras jornadas.

CAPITULO VI.

Despedida de Wuverley.

En la noche de aquel domingo memorable entro Sir Everardo á la biblioteca, y poco faltó para que en ella sorprendiese á nuestro jóven héroe en el acto de probar la guarnicion de su sable con la espada antigua de Sir Hildebrando, que en guisa de trofeo hereditario estaba colgada sobre la chimenea, bajo un retrato ecuestre del caballero cuyas facciones estaban casi cubiertas por la profusion de cabello rizado que bajaba de su frente, y su bacéfalo desaparecia bajo el voluminoso manto de la órden del Baño, que decoraba al noble gineete. Sir Everardo entró, y despues de echar una mirada al cuadro y otra á su sobrino, empezó una breve arenga, que presto declinó en la sencillez general de su estilo ordinario, agitado en aquella

ocasion por afectos nada comunes. „Sobrino, dijo, y luego como si corrigiera la frase, „Caro Eduardo, continuó, la voluntad de Dios y la de tu padre, á quien despues de Dios debes obedecer, quiere que te separes de nosotros, para seguir la carrera de las armas en que tantos abuelos tuyos se han distinguido. He dictado las disposiciones oportunas para que te presentes en campaña como su digno descendiente, y como heredero probable de la casa de Waverley; y en el campo de batalla no olvide vd., señor mio, el nombre que tiene. Pero Eduardo, querido mio, recuerda tambien que eres el último de esta familia, y que en tí se cifra su postrera esperanza de continuacion. Por lo mismo, siempre que tu deber y el honor te lo permitan, evita los riesgos....quiero decir, los riesgos innecesarios, y no te juntes con calaveras, tahures y whigs, que temo abunden mucho en la carrera que hoy empiezas. Me han dicho que tu coronel es un excelente sujeto para ser presbiteriano; pero ten presente lo que debes á Dios, á la iglesia de Inglaterra y á....(este hueco deberia llenarse conforme al ritual con la palabra *rey*; mas como desgraciadamente esta voz tenia entónces doble y ambiguo sentido, pues podia aplicarse al *rey de facto* ó al *de jure*, el caballero lo llenó de otro modo) la iglesia de Inglaterra, y todas las autoridades constituidas.”—Luego, no confiando en su talento oratorio para proseguir, llevó á Eduardo á sus caballerizas para que viera los caballos destinados á su campaña. Dos eran negros (por ser el color del regimiento), soberbios ambos; los otros tres eran jacos fuertes y vivos, destinados para el camino ó para los des

criados que debían acompañarle, habiéndosele prevenido que en caso de necesidad tomase otro mozo en Escocia. „Marchas con breve comitiva, dijo el Baronet, si se compara con la de Sir Hildebrando, que reunió á la puerta de la quinta sus caballos que los de todo tu regimiento. Hubiera querido que te acompañasen desde aquí los veinte mozos de mis tierras que han sentado plaza en tu compañía. Esto por lo ménos habria sido algo; pero me dicen que tu marcha con ellos se haria reparable en estos días, que ven introducir mil modas nuevas é insensatas para quebrantar la natural dependencia de los campesinos respecto de sus señores.” Sir Everardo habia hecho todo lo posible para neutralizar aquella funesta inclinacion de los tiempos; pues habia bruñido la cadena del afecto entre los reclutas y su joven capitán, no solo dándoles una comida copiosa de carne y cerveza superior, sino con donativos pecunarios individuales, mas propios para fomentar la alegría de la marcha que su órden y disciplina. Despues que Sir Everardo pasó revista á la caballeria, volvió con su sobrino á la biblioteca, donde le entregó una carta primorosamente cerrada, rodeada, segun la antigua fórmula, con una pequeña tira de seda, y sellada con uns exacta impresion del escudo de armas de Waverley. El sobrescrito se dirigia en gran formalidad: „A Cosmo Cosmo Bradwardine, Escudero de Bradwardine, en su quinta principal de Tully-Veolan, en Perthshire, Britania Septentrional.—Será entregada la presente—por mano del capitán Eduardo Waverley, sobrino de Sir Everardo Waverley de Waverley—Honour.

Baronet." El caballero á quien se dirigia esta enorme salutacion, y de quien nos ocuparemos en lo sucesivo, habia tomado las armas en favor de la desterrada familia de Stuart en el año de 1715, y cayó prisionero en Preston de Lancashire. Era hombre de antiguo linage y fortuna algo atrasada; literato escocés, es decir, que su erudicion era mas difusa que exacta, y él tenia mas de lector que de gramático. Decian que habia dado un ejemplo singular de su zelo afecto á las letras clásicas. Cuando lo llevaban de Preston á Londres, logró fugarse; pero despues lo encontraron dando vueltas por aquellas inmediaciones, y volvieron á prenderlo. Sus compañeros y aun los individuos que le custodiaban, sorprendidos por su infatuacion, no pudieron ménos de preguntarle por qué, viéndose ya libre, no se habia puesto cuanto antes en lugar de salvamento; á lo que respondió, que de eso trataba; pero que antes habia vuelto á buscar un Tito Livio que se le habia olvidado con la prisa de la fuga. La simplicidad que indicaba esta anécdota afectó al letrado, que segun insinuamos antes; dirigió á expensas de Sir Everardo la defensa de algunos de aquellos infelices. Era ademas sincero admirador del antiguo Patavino, y aunque probablemente su zelo no habria llegado jamas á tan ridículo extremo, ni aun para recoger la edicion de Swyenheim y Pannartz, (que se supone la primera de este autor), no por eso dejó de apreciar la devocion del Britano Septentrional, por lo que se esforzó á tachar las pruebas ó disminuir su mérito, ó descubrir faltas de formalidades, &c., de modo que por fin obtuvo la absolucion y libertad de Coene Comyne

Bradwardine, haciéndolo, escapar de las consecuencias molestísimas que podía tener un alegato ante nuestro soberano rey y señor en Westminster. El Baron de Bradwardine, porque así le llamaban generalmente en Escocia (aunque sus amigos íntimos acostumbraban decirle Tully-Veolan, por el lugar de su residencia, ó mas familiarmente, Tully), no bien estuvo *rectus in curia*, cuando marchó por la porta a ofrecer sus respetos y gratitud en Waverley-Honour. Una pasión congenial á la caza, y una general coincidencia en opiniones políticas, cimentaron su amistad con Sir Everardo, sin embargo de la diferencia que se notaba en otros puntos entre sus respectivos hábitos y ocupaciones; y despues que pasó algunas semanas en Waverley-Honour, se despidió con muchas expresiones de afecto, instando empeñosamente al Baronet para que le pagase aquella visita, y participase en la diversion de cazar gallinas silvestres para la estacion inmediata en sus brezales de Perthshire. Poco despues remitió de Escocia Mr. Bradwardine una cantidad de dinero, en pago de las costas causadas en la alta corte real de Westminster, que aunque no muy considerable cuando se redujo á la denominacion inglesa, en su forma original de libras, chelines y peniques de Escocia, tuvo tan formidable efecto en la máquina de Duncan Macwheshele, factor confidente del baron, su bailio y ministro de hacienda, que le causó un cólico de cinco dias, originado, segun él dijo, sola y enteramente por el dolor de haber sido instrumento infeliz de que tan enorme suma de dinero saliese de su pais nativo para caer en manos de los falsos ingleses. Pero

el patriotismo es el mas sospechoso de los sentimientos, por lo mismo que es el mas hermoso; y muchos que conocian al Bailio Macwheebie, inferian que sus protestas de aficcion no eran absolutamente desinteresadas, y que el dinero pagado á los *pillos* de Westminster, no le habria dolido tanto á no tener que salir de la casa de Bradwardine, cuyos fondos consideraba él como suyos. Sin embargo, el Bailio protestó constantemente su absoluto desinteres.

No por mí, por Escocia lo sientol

El baron se alegró al considerar que su digno amigo, Sir Everardo Waverley de Waverley-Honour, estaba pagado del suplemento pecuniario que habia hecho á la casa de Bradwardine. El crédito de su familia, y aun el de todo el reino de Escocia, se interesaba, segun él decia, en que tales desembolsos fuesen reembolsados, y cualquier dilacion podia producir un deshonor nacional. Sir Everardo, acostumbrado á disponer con indiferencia de cantidades mucho mayores, recibió el envio de 297 libras, 13 chelines y 6 peniques, sin pasarle por las mentes que tal pago fuera asunto que interesaba á una nacion entera; y aun hubiera olvidado enteramente aquella circunstancia, si el Bailio Macwheebie le hubiese ocurrido el vivir su cólico, interceptando la remision del subsidio. Continuaron anualmente entre Waverley-Honour y Tully-Vecofan remesas de una breve carta y uno ó dos cestos ó barriles, siendo las exportaciones inglesas de quesos enormes y cerveza de primera, faisanes y car-

ne de venado; los retornos escoceses consistían en gallinas silvestres, liebres blancas, salmón en escabeche y el aguardiente aromático llamado *usquebaugh*. Todos estos regalos se recibían y consideraban como prendas de constante amistad y afecto entre aquellas dos importantes casas. De tales antecedentes era fácil inferir que el heredero presunto de Waverley-Honour, al pasar á Escocia, no podía ménos de llevar credenciales para el baron de Bradwardine.

Explicado y arreglado este asunto, se presentó Mr. Pembroke suplicando se le permitiera despedirse á solas de su caro alumno. El buen maestro exhortó á Eduardo á conservar una vida y costumbres inmaculadas, á sostenerse en los principios de la religion cristiana, y á huir el trato de los impíos é incrédulos, que tanto abundaban entre los militares; pero estos saludables consejos se mezclaban con sus preocupaciones políticas. El cielo, continuaba, habia tenido á bien poner á Escocia (sin duda por los pecados de sus mayores en 1642) en un estado mas deplorable y tenebroso todavía que á la infeliz Inglaterra. En esta, por lo ménos, aunque el candelero de la iglesia anglicana estaba en cierto modo fuera de su lugar, aun esparcía una vacilante luz; existía una gerarquía, aunque cismática y degradada de los principios sostenidos por aquellos grandes padres de la iglesia, Sancroft y sus hermanos; existía una liturgia, aunque lastimosamente pervertida en algunas de sus peticiones principales. Pero en Escocia reinaba una oscuridad completa, y con excepcion de un

resto doliente, disperso y perseguido, estaban abandonados los púlpitos á presbiterianos, y aun él temia que á toda clase de sectarios. Era, pues, un deber suyo fortificar á su caro alumno, á fin de que resistiese las impías y perniciosas doctrinas políticas y eclesiásticas que á veces llegarían involuntariamente á escandalizar sus oídos. Con esto sacó dos paquetes cerrados inmensos, cada uno de los cuales parecia contener una resma cabal manuscrita, de letra muy pequeña. Aquellas obras habian ocupado la vida entera del buen clérigo, y jamas se perdieron mas absurdamente el celo y el trabajo. Una vez fué á Londres con intencion de darlas á loz por medio de un librero que traficaba en tales efectos, y al cual le dijeron que se dirigiese con una frase particular y cierta seña, que, segun parece, servian de santo en aquel tiempo á los jacobitas iniciados. Al punto que Mr. Pembroke pronunció el *Shibboleth* con su gesto correspondiente, el biblioplista le saludó con el título de doctor, á pesar de su modesta resistencia, y llevandolo á su trastienda, despues de haber registrado todos los escondrijos posibles é imposibles, comenzó en estos términos: „Eh doctot!—Bien—no hay cuidado! Aquí no hoy agujeros ni para un raton Hanoveriano. Y ¿qué?—Eh! ¿Hay buenas noticias de nuestros amigos mas allá del charco? ¿Cómo está el digno rey de Francia? O acaso viene V. directamente de Roma? Siempre al fin ha de salirse Roma con la suya, y la iglesia encenderá su luz en la lámpara antigua.—Y bien!—Qué! ¿desconfiado? Así, así me gusta: ser prudente; pero

no hay cuidado por ahora." No sin dificultad logró Mr. Pembroke detener un torrente de preguntas acompañadas con gestos, señas y guiñadas; y habiendo convencido al librero de que le hacia mas honor del que merecia, suponiéndolo emisario de la familia real desterrada, le explicó el asunto que traia. Entónces el hombre de libros procedió con aspecto mas grave á examinar los manuscritos. El primero se intitulaba „Disidencia de los disidentes, ó la comprension confundida, en que se demuestra la imposibilidad de transacion alguna entre la iglesia y los puritanos, presbiterianos ó sectarios de cualquier clase: ilustrada con las Escrituras, los padres de la iglesia y los teólogos controversistas mas prudentes. El librero vaciló desde luego en hacerse cargo de esta obra. „Bien discurrída, dijo, y erudita sin duda; pero ya su tiempo ha pasado. Impresa en carácter de entredos, sacaria ochocientas páginas, y no se costearia. Dispénsame V., pues. Yo amo y honro á la iglesia verdadera con toda mi alma, y si fuera un sermón sobre el martirio, ó algun folleto de doce peniques, algo aventuraria por el honor del hábito.—Pero veamos el otro. „El derecho hereditario vindicado.”—Oh! esto sí quiere decir algo.—Hem—hem—tantas páginas, tanto de papel, composicion, tiro.—Sí.—En verdad, doctor, que baria bien en quitarle algo del griego y del latin: pesa, doctor, pesa como un diablo (con perdon de vd.) y si le echara vd. algunos granitos mas de pimienta.—Yo jamas he perjudicado á mis autores. He publicado obras de Drake y de Charlwood Lawton

y del pobre Amhurst.—Ahl Caleb! Caleb! Oh! era una vergüenza dejar morir de hambre al pobre Caleb, cuando vemos tantos escuderos y curas que revientan de gordos. Yo le convidaba á comer una vez cada semana; pero, por Dios, ¿qué importa una vez á la semana, cuando no sabe uno donde irá los otros seis dias?—Bien, bien; enseñaré el manuscrito á Tomasillo Alibi, mi procurador.—Debo aguantarme á barlovento. . . . la plebe anduvo muy descortes ahora pocos dias en el patio del palacio viejo. . . . todos Whigs y cabezas-redondas, todos Guillermistas y ratones de Hanover?”

Al dia siguiente volvió Mr. Pembroke á casa del librero, y halló que el fallo de Tomas Alibi le prohibia hacerse cargo de la obra. „No es decir que yo no esté pronto para ir á—(¿que iba yo á decir?) á las plantaciones con gusto en obsequio de la iglesia.—Pero, doctor amado, tengo mujer y familia: sin embargo, para que veas mi celo, recomendaré ese remiendo á mi vecino Trimmel, que es soltaron, y quiere dejar el comercio, por lo que no le será gravoso un viaje por mar al occidente.” Mas tambien Mr. Trimmel estuvo reacio y Mr. Pembroke, acaso por fortuna tuya, tuvo que volverse á Waverley-Honour, trayendo empaquetados con toda seguridad en la malota sus tratados en vindicacion de los verdaderos principios fundamentales de la iglesia y del estado.

Como el cobarde egoismo de los libreros privó por entónces al público de los bienes que debian producir las tareas literarias de Mr. Pembroke, este resolvió sacar dos copias de aquellos tremendos manuscritos; para el uso de su discípulo Eduardiq.

Conocía muy bien que en clase de maestro se había manejado con negligencia, y la conciencia le recordaba por haber accedido al encargo que le hizo Mr. Ricardo Waverley para que no inspirase á Eduardo opiniones inconsistentes con la situación que entonces tenían la iglesia y el estado. „Mas ahora, decía entre sí, que ya no está á mi cargo, puedo sin quebrantar mi palabra, dar medios á ese jóven para que juzgue por sí mismo, y solo debo temer sus quejas por haberle ocultado tanto tiempo la luz que debe producir á su mente esa lectura.” Mientras él se abandonaba á las cavilaciones de autor y político, su caro prosélito, hallando poco atractivos los títulos de aquellos fámagos, y desanimado por su volumen y la pequeñez de la letra, los consignó tranquilamente á un rincón de su baul de camina.

La despedida de la tia Raquel fué breve y afectuosa. Solo encargó á su querido Eduardo (acabado porque lo juzgaba algo susceptible) que se precaviese contra los prestigios de las hermosuras de Escocia. Convenia en que en la parte septentrional de la isla existian algunas familias antiguas; pero todas Whigs y presbiterianas, exceptuando las Montañesas; de las cuales debia decir que no se podia esperar gran figura entre las señoras, cuando el traje comun de los caballeros, segun le habian asegurado, era por lo ménos rarísimo, y nada decoroso. Concluyó su despedida con una bendición afectuosa y tierna; y dió al jóven oficial, como prenda de su cariño, un anillo de diamantes valioso (que entonces solian usar los caballeros), y un bolsillo de monedas de oro, que tambien eran

mas comunes ahora sesenta años que en nuestros dias.

CAPITULO VII.

Un canton de caballería en Escocia.

A la mañana siguiente, entre varios afectos, el mas poderoso de los cuales era una solemne conviccion de que ya en mucha parte quedaba entregado á su direccion y arbitrio, salió de la quinta Eduardo Waverley entre las bendiciones y lágrimas de todos los criados antiguos y habitantes del pueblo inmediato, mezcladas con algunas peticiones de sargentías, escuadras, &c., hechas por los que protestaban que jamas habrian creído ver salir de soldados á Jacob, á Gil y á Jonatas si no hubiesen tenido que acompañar á su mereced, cumpliendo con sus obligaciones. Zafóse Eduardo de los suplicantes, con ménos promesas de las que debian esperarse por parte de un jóven inexperto y sin mundo. Despues de haber pasado algunos dias en Lóndres, siguió su viaje á caballo, como generalmente se viajaba entónces, para Edimburgo, y de allí á—puerto de mar en la costa oriental de Angushire, donde entónces estaba acuartelado su regimiento.

Entró en un mundo nuevo, en que al principio todo le agradó por su novedad. El coronel G—, comandante del regimiento, era un objeto de estudio para un jóven novelesco y á la vez investigador. En su persona era alto, gallardo y activo, aunque ya hombre de alguna edad. En sus primeros años habia sido lo que por via de palativo no

llama un jóven muy alegre, y se contaban cosas extrañísimas sobre su conversión repentina de un estado de indiferencia, si no de incredulidad, al tono grave, religioso y aun entusiasta que se le notaba posteriormente. Susurrábase que aquel cambio asombroso procedía de una comunicacion sobrenatural, perceptible aun á los sentidos; y aunque algunos le llamaban entusiasta, nadie sospechaba que fuese hipócrita. Esta circunstancia singular y mística dió al coronel G— un interes peculiar y solemne á los ojos del jóven soldado. Es fácil suponer que los oficiales del regimiento mandado por una persona tan respetable, formaban una sociedad mas arreglada y séria que la comun en las reuniones militares, y que Waverley evitó así algunas tentaciones á que se habria expuesto en otras circunstancias.

Entretanto continuaba su educacion militar. Aunque ya era buen ginete, le iniciaron en las artes del picadero, que perfeccionadas, casi realizan la fábula del Centauro, pues la direccion del caballo aparece mas bien hija de la voluntad del ginete, que de ningun movimiento aparente y externo. Tambien recibió lecciones de táctica; pero debo confesar que en esta parte, luego que pasó el primer ardor, sus progresos no fueron los que él queria y esperaba. Los deberes de un oficial, que tan impotentes aparecen en su desempeño por el aparato que los acompaña, forman en sí un estudio árido y abstracto, que depende principalmente de combinaciones aritméticas, las que para ponerse en práctica exigen mucha atencion y una cabeza fria y pensadora. Nuestro héroe padecia distrac-

ciones frecuentes, y las equivocaciones que de ellas procedían, excitaban la risa de los demás, y aun le atraieron algunas reprimendas. Esta circunstancia produjo en su ánimo una triste convicción de inferioridad en las cualidades mas necesarias y apreciables para su nueva profesion. Preguntábase en vano á sí mismo por qué sus ojos no graduaban los espacios y distancias tambien como los de sus compañeros; por qué su cabeza no podia en ocasiones desembrollar los varios movimientos parciales necesarios para cierta evolucion, y por qué su memoria, tan viva en otros casos, rehusaba retener las voces técnicas y puntos minuciosos de la etiqueta y disciplina militar. Waverley era naturalmente modesto, y así no cayó en la equivocacion de figurarse nacido para general, porque no era buen subalterno. La verdad del caso era que el método vago y fútil con que se habia dado á la lectura, unido á un carácter abstraído y visionario, habian dado á su ánimo cierta inquietud y vacilacion continua, que es la mas contraria á estudios que requieren constante afán y atencion profunda. Entretanto no sabia que hacerse para pasar el tiempo. La gente decente de las inmediaciones era desafecta al gobierno, y manifestaba poca hospitalidad á sus huéspedes militares, y el vecindario de la poblacion, ocupado principalmente en el comercio, no presentaba personas cuya sociedad pudiera ser grata á Waverley. La entrada del verano y la curiosidad de ver de Escocia algo mas que lo posible en un paseo de pocas horas, lo determinaron á pedir licencia por algunas semanas. Resolvió visitar primero al antiguo amigo y correspon-

sal de su tío, reservándose extender ó abreviar su visita, según las circunstancias. Viajaba por supuesto á caballo, y con un solo criado, y pasó la primer noche en una posada miserable, cuya huéspeda no tenía medias ni zapatos, y su marido, que se decía caballero, trató á Waverley con grosería, porque no le llamó á participar de su cena. Al día siguiente atravesó nuestro héroe un país llano y abierto, y fué gradualmente acercándose á las montañas de Perthshire, que al principio solo parecían un contorno azulado en el horizonte; pero luego fueron desarrollando sus masas gigantescas, que parecían desafiar á las llanuras que tenían debajo. Junto al pié de aquella barrera estupenda, aunque todavía en la tierra baja, vivía Cosme Comyne Bradwardine de Bradwardine; y si la canosa ancianidad merece algun crédito, allí habían vivido sus antepasados con toda su estirpe, desde los días del buen rey Duncan hasta aquella fecha.

CAPITULO VIII.

Una quinta Escocesa ahora sesenta años.

Era ya cerca de medio día, cuando el capitán Waverley entró en la mesquina aldea, ó por mejor decir, ranchería de Tully-Veolan, junto á la cual estaba situada la quinta del propietario. Las casas parecían miserables en extremo, sobre todo á ojos acostumbrados al risuño aseo de las habitaciones inglesas de campo. Sin atención alguna á la regularidad, yacian dispersas á un lado y otro

de una especie de calle desempedrada, en que algunos chiquillos, casi en un estado primitivo de desnudez, yacian revoloteándose, como si esperasen á ser aplastados por las herraduras del primer caballo que pasara. Es verdad que cuando ya parecia inevitable tal consumacion, ocurría alguna abuela vigilante, que con su gorro, huso y rueca, se precipitaba, cual Sibila frenética, fuera de una de aquellas miserables jaulas, saltaba al medio del camino, y arrebatando al que le interesaba de aquellos asoleados haraganes, lo saludaba con un sólido trompon, y la llevaba para su calabozo, mientras el britonzuelo de cabeza blanca acompañaba con penetrantes chillidos el regaño grunidor de la irritada matrona. Tambien tenian su lugar en aquel concierto los incessantes clamores de veinte ó mas gozques inútiles y vagamundos, que seguian á los caballos gruñendo, ladrando, ahullando y mordiendo; incomodidad tan ordinaria por aquel tiempo en Escocia, que un viajero frances, deseoso como otros viajeros de hallar un motivo racional y útil para cuanto voia, contó, entre las cosas memorables de Caledonia, que el estado mantenía en cada pueblo remudas de gozques, llamados *collies*, cuya obligacion era arrearlos caballos de posta (demasiado hambrientos y flocos para moverse sin tal estímulo) hasta la aldea mas inmediata, sin que los abandonase tan molesto convoy mientras no llegaban al término de su jornada.

Segun avanzaba Waverley, solia presentarse algun anciano, tan encorvado por el trabajo como por la edad, agnublados los ojos con legañas y humo, que salia tropezando á la puerta de su choza,

á mirar el traje del forastero, y la figura y movimientos de sus caballos, y luego se juntaba con sus vecinos en un pequeño grupo formado junto al banco del herrador, para discutir las probabilidades de su procedencia y destino. Tres ó cuatro aldeanitas, que volvian de la fuente con sus cántaros en las cabezas, formaban objetos mas agradables, y con sus cortos y sencillos tunicos, pañuelos pequeños, brazos, piernas y piés desnudos, cabezas descubiertas y cabello suelto, querian parecerse á las figuras de un paisaje italiano. Un aficionado al género pintoresco no tendria que tachar á la elegancia de su traje ni á la simetría de su figura; aunque, para decir verdad, un mero ingles partidario de lo *comfortable*, voz peculiar á su lengua nativa, podria apetecer que la ropa no fuera tan escasa, que los piés y piernas estuviesen mas protegidas contra las inclemencias del tiempo, la cabeza y pecho mas cubiertas del sol, ó tal vez habria creído que toda la persona y traje sacarian gran provecho con una aplicacion abundante de agua limpia, y un *quantum sufficit* de jabon. Toda la escena era triste, pues indicaba á primera vista por lo ménos una estancacion de industria, cuando no de entendimiento. Aun la curiosidad, que es la pasion mas activa de los ociosos, parecia bastante débil en la aldea de Tully-Veolan: solamente los perros ya mencionados manifestaban alguna parte de su actividad, pues la de los aldeanos era pasiva. Miraban atónitos al jóven y gallardo capitan y á su criado, pero sin ninguno de los movimientos vivos y miradas ansiosas que indican el deseo con que solicitan diversiones exteriores las

personas sujetas á una vida monótona y tranquila. Sin embargo, la fisonomía de aquella gente, cuando se examinaba con atención, estaba lejos de expresar la indiferencia de la estupidez: sus facciones eran ásperas, pero inteligentes, graves, y formaban el completo reverso de las estúpidas; y entre las jóvenes podía el artista haber elegido mas de un modelo que en facciones y aire se pareciese á Minerva. También los niños aunque tostados por el sol, cuya fuerza emblanquecía sus cabellos, mostraban viveza y animación en sus miradas y acciones. En general, parecía que la pobreza y la indolencia, su compañera ordinaria, se habían combinado para deprimir el genio natural ó instrucción adquirida de un pueblo robusto, pensador é inteligente.

Algunos de estos pensamientos ocurrieron á Waverley, mientras su caballo seguía lentamente las calles ásperas y pedregosas de Tully-Veolan, sin que interrumpieran sus meditaciones mas que las cabriolas de su bestia en los reiterados asaltos de los cosacos perrunos, mencionados ántes. La aldea tenía de largo mas de media milla, pues las chozas estaban separadas irregularmente unas de otras por jardines ó corrales (como los llamaban los habitantes) de diversos tamaños, en los cuales, (porque esto era sesenta años ha) se desconocía la papa, tan universal ahora, y estaban habilitados con plantas gigantes de berza, rodeadas por bosquecillos de ortigas, y de trecho en trecho aparecía alguna gran cicuta, ó el cardo nacional, cubriendo una parte del mezquino cercado. El terreno desigual en que estaba situada la aldea, jamas se había nivelado, de modo que las cercas presentaban in-

elevaciones de diferentes grados, que en unas partes se elevaban como terrados, y en otras se hundían como hoyos. Las paredes de piedra suelta que cercaban ó parecían cercar (pues tenían brechas espaciosas) aquellos jardines colgados de Tully-Veolan, intersectaban un callejón estrecho, que conducía á un campo común, en que el trabajo unido de los aldeanos cultivaba algunos cuadros y filas de centeno, avena, cebada y guisantes, cada cual de tan poca extensión, que á corta distancia parecían el cartón de muestras de un sastré. Rara vez aparecían tras de las chozas algunas miserables zahurdas, formadas con tierra, piedras sueltas y césped, donde acaso guarecían los ricos alguna vaca hambrienta, ó caballo matado. Pero casi todas las casucas estaban defendidas por el frente con un gran montón de céspedes secos, á un lado de la puerta, al paso que el muladar doméstico se alzaba con noble emulación al otro lado.

Como un tiro de ballesta mas allá de la aldea estaban los cercados que se denominaban altivamente parques de Tully-Veolan, y eran unos campos cuadrados, rodeados y divididos por tapias de cinco piés de altura. En el centro de la cerca exterior estaba la primera puerta de la calle de árboles, abierta bajo un arco almenado por su parte superior, y adornado por dos grandes masas de piedra enteriza, mutiladas por el tiempo y la inclemencia, que, si debe creerse la tradición de la aldea, habían representado en otro tiempo, ó debían representar, dos osos *rampantes*, apoyos de la familia Bradwardine. La calle de árboles era recta y de mediana longitud, formada por dobles filas de

nogales antiquísimos, interpolados con sicómoros, los cuales súbían á tan grande altura y ostentaban tan lozana vegetacion, que sus ramos formaban una bóveda completa de verdura sobre el ancho camino que pasaba debajo. Mas allá de aquellas venerables filas de árboles, y paralelas con ellas, se extendían dos paredes, al parecer de igual antigüedad, cubiertas de yedra, madre selva, y otras plantas parásitas. La calle parecía muy poco frecuentada, sobre todo por pasajeros de á pié; por lo que siendo muy ancha y gozando perenne sombra, la cubría una yerba de riquísima verdura, ménos en donde una vereda estrecha, formada por las huellas de los pasajeros, señalaba naturalmente el camino de la puerta inferior á la superior. Esta nueva entrada se abría como la primera en una pared adornada con algunas esculturas toscas y almenada por arriba, y por sobre ella se divisaban entré los árboles de la calle los elevados techos de la quinta, cuyos ángulos estaban decorados con pequeñas torres. Hallábase abierta una hoja de la puerta interior, y como el sol brillaba sin obstáculo en el patio que la seguía, aquella abertura dejaba pasar una larga línea de luz á la sombría calle de árboles. Resultaba uno de aquellos efectos que gustan de representar los pintores, y se combinaba perfectamente con el dudoso esplendor que penetraba por los ramos del arco sombrío que cubría, cual bóveda, la verde calle.

La soledad y calma de toda la escena parecían casi monásticas; y Waverley, que habia dejado su caballo al mozo en la primera puerta, caminaba lentamente por la calle de árboles, disfrutando su

grata y fresca sombra, y tan complacido con las dulces ideas de seclusion y reposo inspiradas por aquel lugar apacible, que olvidó la miseria y porquería de la aldea inmediata. El paso al patio empedrado correspondía al resto de la escena. En un lado del cuadro estaba la casa, compuesta de dos ó tres edificios altos estrechos y de techos pendientes, que se alzaban unos sobre otros, en ángulos rectos. Habíase construido en una época en que ya no se necesitaban castillos, y los arquitectos escoceses aun no sabían calcular y distribuir cómodamente una casa. Las ventanas eran innumerables, aunque pequeñísimas; el techo tenía una especie de proyecciones muy raras, llamadas *bartizanes*, y en cada uno de sus frecuentes ángulos ostentaba una torrecilla, mas parecida á un bote de simienta que á una vigia gótica. Empero la fachada estaba léjos de indicar la ausencia de todo peligro. Veíanse troneras para fusilería, y las ventanas bajas tenían rejas de fierro, probablemente para repeler la invasion de alguna cuadrilla errante de gitanos, ó resistir las depredatorias visitas de los ladrones guarecidos en las montañas inmediatas. Los establos y otras piezas ocupaban otro frente del cuadro. Los primeros eran bóvedas bajas, con breves hendeduras en lugar de ventanas, parecidas, segun observó el mozo de Eduardo, „mas bien á una cárcel para salteadores y asesinos, y otros de su rales, que á morada para un ganado cristiano.” Sobre aquellos establos, parecidos á calabozos, había trojes y otras piezas, á las que se subia por escaleras exteriores de piedra sólida. Completaban el cuadro dos paredes

almenadas, una de las cuales hacia frente á la calle de árboles, y otra separaba el patio del jardín. Aun tenia otros adornos aquel recinto. En uno de sus ángulos yacia un palomar en forma de barril, de gran bulto y redondez, parecido en su figura y proporciones al curioso edificio llamado el horno de Arturo, que habria vuelto locos á todos los anticuarios ingleses, si su digno propietario no lo hubiera echado al suelo para reparar con sus materiales una presa vecina. Este palomar, ó *columbarium*, como lo llamaba su dueño, era un recurso no despreciable para un caballero escocés de aquel tiempo, cuyas mezquinas rentas se suplían con las contribuciones recogidas en las sementeras por aquella raza forrageadora, que á su turno estaba sujeta á una pesada conscripcion para el servicio de la mesa.

En otro ángulo del patio habia una fuente, en que un oso gigantesco de piedra dominaba sobre un vasto receptáculo, tambien de piedra, en el cual descargaba su boca un chorro de agua. No debe olvidarse que osos de todas clases, grandes y chicos, medios ó completos, estaban esculpidos sobre las ventanas, en los ángulos, al extremo de las canales ó al pie de las torrecillas, y que el antiguo mote de la familia, *Beware the Bear*, aparecia grabado bajo cada una de aquellas figuras hiperbóreas. El patio era espacioso, estaba bien empedrado y perfectamente limpio, por lo que era probable que detras de los establos habia otra puerta para sacar la paja. Todo aquello parecia solitario, y habria estado en silencio profundo, á no ser por el ruido continuo de la fuente; y to-

da la escena sostenia la solemne ilusion monástica, conjurada por la imaginacion de Waverley. Permitásenos concluir aquí este capítulo de tranquilidad y calma.

CAPITULO IX.

Continúa tratándose de la quinta y sus inmediaciones.

Despues que Waverley hubo satisfecho su curiosidad, contemplando aquel espectáculo por algunos minutos, sacudió el aldabon macizo de la puerta, que tenia la fecha de 1594. Pero nadie respondió, aunque el estruendo resonó por varios cuartos, y lo repitió el eco de las paredes en el patio, haciendo salir espantadas á las palomas de la venerable rotunda que ocupaban, y alarmando otra vez aun á los gozquez de la aldea, que se habian retirado á dormir sobre sus respectivos mulladares. Aburrido Waverley con el alboroto que habia excitado y las inútiles respuestas que recibia, comenzó á figurarse que estaba en el castillo de *Orgoglio*, que cuando entró en su recinto el victorioso principe Arturo,

En alta voz llamó por todas partes,
sin que á sus gritos nadie respondiera,
ni el solemne silencio interrumpiera.

Esperanzado casi de ver salir á algun anciano con una barba larga, semejante á la nieve en blanca, á quien pudiese preguntar sobre aquella mansion desierta, se dirigió nuestro héroe á una puer-

tecilla de roble, bien guarnecida con claves de hierro, que aparecía en el patio junto al ángulo que forinaba la vivienda. A pesar de su aspecto fortificado, cerrábala solo un picaporte, y abierta le dió entrada al jardín, que presentaba una vista muy agradable. El costado meridional de la casa, cubierto con árboles frutales, y con muchas plantas siemprevivas en sus paredes, extendía su frente irregular y venerable en línea paralela con un terrado enlosado en parte, en parte cubierto de arena, y en otra sembrado de flores y otros arbustos escogidos. De esta elevacion se bajaba por tres escaleras colocadas en su centro y extremitades, á lo que podia llamarse el verdadero jardín, y estaba cerrada por su línea exterior con una balaustrada de piedra adornada en ciertos intervalos con grandes figuras grotescas de animales sentados sobre su trasera, entre los cuales aparecía con frecuencia el oso favorito. En medio del terrado, y frente á una puerta pequeña abierta en la casa sobre la escalera central, un animal enorme de la misma especie sostenía en su cabeza y garras un reloj de sol de vasta circunferencia, cubierto con mas diagramas que los que podían decifrar los conocimientos matemáticos de Eduardo.

El jardín, que parecia cuidado con mucho esmero, y abundaba en árboles frutales, presentaba una profusion de flores y plantas siemprevivas, dispuestas en figuras grotescas. Estaba dividido en cuadros, que bajaban paralelos desde la pared accidental hasta un arroyo considerable, que aparecía tranquilo y sereno por todo el es-

pacio en que servia de limite el jardin; pero junto á su extremidad saltaba con estruendo por sobre un fuerte dique, del cual procedia su tranquilidad anterior, formando allí una cascada sobre la cual aparecia un cenador octángulo, que tenia en la cúspide un oso dorado, que sirviese de veleta. Desde allí recobraba el arroyo su rapidez y violencia naturales, y se ocultaba á la vista, precipitandose por una barranca boscosa y profunda, en cuyo borde se alzaba una torre solida, aunque ruinosa, que habia sido antigua mansion de los barones de Bradwardine. El parque fronterizo al jardin tenia un pradito llamado *haugh*, que formaba un lavadero pequeño, rodeado de verdura, cuya márgen ulterior estaba cubierta de árboles antiguos.

Toda la escena, aunque bien agradable, no igualaba á los jardines mágicos de Alcina; si bien no la faltaban las *due donzellete garrule* de aquel paraiso encantado, pues en el pradito mencionado ántes aparecian dos muchachas descalzas de pie y pierna, que paradas en dos espaciosas cubas, desempeñaban con sus piés las funciones de una lavadera de patente. Mas no se aguardaron, como las doncellas de Armida, para saludar al huésped con ecos armonioso, sino azoradas con la aparicion del gallardo forastero en la orilla opuesta, dejaron caer las faldas sobre sus piernas, que su ocupacion las hacia descubrir tal vez demasiado, y con una aguda exclamacion de ¡Ay señor! pronunciada con un acento dudoso entre modestia y coquetería, huyeron como corzas por diferentes direcciones.

Casi desesperaba ya Waverley de conseguir entrada en aquella mansion solitaria, y al parecer desierta, cuando vió venir á un hombre por una de las calles del jardin, donde aun permanecia parado. Creyendo Eduardo que fuese el jardinero ó algun sirviente de la casa, se adelantó hácia él; mas al acercársele y aun ántes de que pudiese percibir sus facciones, le admiró la extravagancia de su trage y gesticulaciones. A veces levantaba las manos enclavijadas sobre su cabeza como un fakir de la India en actitud penitencial; luego sacudia los brazos perpendicularmente á un lado y otro, cual si fuesen péndulas; y en seguida los cruzaba repetida y velozmente sobre su pecho, como hacen los cocheros de alquiler para suplir su ejercicio ordinario de sacudir chirriónazos cuando no hallan carga en un dia frio y sereno. Su modo de andar era tan raro como sus movimientos, porque á veces saltaba con gran perseverancia solo sobre el pié derecho, luego encogiendo este, saltaba por el mismo estilo sobre el izquierdo, y juntando luego ambos piés, venia brincando á pié juntillas. Tambien su vestido era anticuado y extravagante. Consistia en una especie de chupa musga con puños colorados y mangas rasgadas, que dejaban percibir debajo una camisa tambien colorada: las otras partes del trage correspondian en color, no debiendo olvidarse un par de medias coloradas que traía, ni un gorto colorado sobre el cual ondeaba altivamente una pluma de pavo. No parecia haber visto á Eduardo, quien teniéndolo ya mas cerca, percibió en su fisonomia la confirmacion de lo que sus ade-

manes y gestos indicaban. Ni la estupidez ni la locura parecían ser las que daban tan extraña é irregular expresión á un rostro que era naturalmente agradable, sino una combinación de ambas, en que la simplicidad del fatuo se mezclaba con la extravagancia de una imaginación trastornada por cierta manía. Cantaba con gran fervor, y no sin gusto, unos versos de una letrilla escocesa antigua:

Falso amor! ¿asi me burlas
del verano entre las flores?
Yo te haré que me la pagues
del invierno en los rigores.

A ménos que tú, amor mio,
á mí tornes otra vez;
como tú juegas con otras,
con otros me sonreiré.

Al llegar aquí levantó los ojos, que ántes habia tenido fijos en los piés, para observar si acompañaban bien su tonada, y viendo á Waverley, se quitó al punto su gorra, con muchos ademanes grotescos de sorpresa, respeto y saluciones. Eduardo, aunque con poca esperanza de obtener una respuesta racional, le preguntó si Mr. Bradwardine estaba en casa, ó dónde podría ver á alguno de sus criados. Aquel ente singular le respondió luego, y como la hechicera de Thalaba, „aun eran tanto sus palabras,”

El caballero por el monte vaga,
y allí su cuervo cazador resuena;

miéntras la dama en el tranquilo prado
teje de flores su guirnalda bella.

Cubre de musgo Elena
del cenador el piso,
para que entre Guillermo
sin resbalar en él, ni hacer ruido.

Esto nada significaba; y habiendo repetido Eduardo sus preguntas, recibió una respuesta rápida, cuya presurosa pronunciación y peculiar dialecto, solo le permitieron entender la palabra „mayordomo. Entonces Waverley solicitó ver á este personaje, y aquel ente misterioso le respondió con una señal de inteligencia, indicándole que debía seguirle, y dando media vuelta, echó á andar bailando y haciendo cabriolas por la calle de árboles. „Extraño guía llevo, dijo entre sí Eduardo, y bastante parecido á un bufon de Shakspeare. No ando muy prudente al entregarme á su dirección; pero hombres mas sabios que yo se han dejado gobernar por necios.” En esto llegaron al término de la calle, y torciendo hácia un cuadro pequeño de flores, abrigado del oriente y norte por una cerca espesa de abetos, donde estaba trabajando un anciano en pechos de camisa, cuyo aspecto hacia vacilar entre las ideas de criado mayor y jardinero: su nariz roja y camisa enrizada parecian pertenecer á la primera profesion, al paso que su semblante robusto y asoleado y su mandil verde parecian indicar

De Adán la semejanza, destinado
de su jardín al plácido cultivo.

El mayordomo, porque tal era, é indisputablemente el tercer ministro de estado en la baronía, (y aun superior al bailío Macwheeble en su departamento de la cocina y bodega) soltó su azadon, se puso apresuradamente su casaca, y dirigiendo una mirada colérica al guia de Eduardo, probablemente por haber introducido á un extraño mientras él se ocupaba en su laborioso, ó como tal vez pensaba, degradante oficio, preguntó á nuestro héroe qué mandaba. Instruido de que deseaba ofrecer sus respetos al amo, de que se llamaba Waverley, *et cetera*, tomó la fisonomia del viejo una expresion de importancia respetuosa. „Podia asegurar sobre su conciencia, dijo, que su merced tendria extraordinaria satisfaccion al verlo. ¿Gustaria Mr. Waverley de tomar algun refresco despues de su jornada? Su merced estaba en aquellas inmediaciones, se habia llevado los dos jardineros (con énfasis en *dos*) y por esto él estaba divirtiéndose en componer los canteros de flores de Miss Rosa, á fin de estar cerca para recibir en caso necesario las órdenes de su merced: añadió que gustaba mucho del jardin, pero tenia poco lugar para tales pasatiempos.”—„No puede cultivarlo en mas de dos dias á la semana, como quiera que ses, dijo el conductor fantástico de Eduardo. Una mirada torva del mayordomo castigó la audacia del intruso, y llamándole Davie Geilatty, le mandó en tono que no admitia discusion, „fuese á buscar á su amo, y le dijese que un caballero del Sur habia llegado á la quinta.”—„Podrá este pobre entregar una carta? preguntó Eduardo.—„Con toda fidelidad,

señor, siendo persona que respete. No me fiaria de él para un recado largo de palabra, aunque tiene mas de bellaco que de tonto."

Waverley entregó sus credenciales á Davie Gellatly, que pareció confirmar la última observacion del mayordomo, haciéndole una mueca al tiempo que miraba para otra parte, en que se parecia á las caras grotescas que suelen traer las pipas de tabaco alemanas, y despidiéndose luego de Waverley con una cortesía ridícula, partió danzando á cumplir su encargo. „Señor, es un inocente, dijo el mayordomo; en casi todas las poblaciones de por acá hay uno de estos; pero el nuestro está de puertas adentro. Antes desempeñaba regularmente su tarea; pero favoreció á Miss Rossa cuando la embistió el nuevo toro ingles del Laird de Killancursit, y desde entónces le llamamos Davie Hace-poco; á la verdad, pudiéramos llamarlo Davie Hace-nada, pues desde que se puso esa ropa tan rara para dar gusto á su merced y á mi señorita, (pues los grandes tienen sus caprichos), no hace mas que danzar arriba y abajo por la villa, sin desempeñar una sola tarea, á no ser la de componer la cana de pescar del amo, ó de ponerle las moscas, ó tal vez sacar por extraordinario algun plato de truchas. Pero aquí viene Miss Rossa, que me arriesgo á decir que ha de tener especial gusto al ver á un miembro de de la casa de Waverley en la quinta de su padre en Tully-veolan."

Mas el indigno historiador de Rosa Bradwardine la respeta mucho para introducirle al fin de un capítulo.

Entre tanto advertirémos que Waverley aprendió dos cosas en este coloquio; que en Escocia llamaban *villa* á una sola casa, y calificaban á un futeo de *inocente*.

CAPITULO X.

Rosa B. adwardine y su padre.

Miss Bradwardine solo tenia diez y siete años; sin embargo en las últimas carreras de caballos de la villa de—habiéndose propuesto un brindis por su salud, entre un círculo de hermosuras, el Lair de Bumperquaigh, director permanente de brindis en el club de Bautherwhilleyr, no solo dijo *otro!* con un vaso de Burdeos que contenia un cuartillo, sino que ántes de verter la libacion denominó „Rosa de Tully-Veolan” á la divinidad á quien se dedicaba; por cuyo plausible motivo dieron tres aplausos todos los miembros sentados de aquella respetable sociedad, cuyas gargantas habia dejado el vino capaces de semejante esfuerzo. Aun me han asegerado que los socios dormidos unieron sus ronquidos al aplauso, y que aunque la fuerza de las copas y la flaqueza de los cerebros habian echado al suelo á dos ó tres, aun estos caidos como estaban de su excelso lugar, y revolcándose.... No extenderé mas la parodia—exhaláron ciertos sonidos inarticulados, para indicar su adhesion á la propuesta. Solo un mérito reconocido pudo arrancar aplausos tan unánimes, y Rosa Bradwardine no so-

lamente los merecía, sino también el aprecio de personas mucho más racionales que los miembros del Club de Bautherwhillery. Era sin duda una muchacha muy linda, cuya hermosura pertenecía al género escoces, es decir, que tenía un pelo abundante del color del oro, y una tez que igualaba en blancura á la nieve de sus montañas nativas. Con todo, su fisonomía no era sentimental ni melancólica; sus facciones respiraban la misma grata vivacidad que formaba su carácter; su tez, aunque no rosada, era tan pura que parecía transparente, y el menor motivo hacía precipitar toda su sangre á su rostro y cuello. Su tallo era muy elegante, aunque su estatura era ménos que mediana, y sus movimientos parecían ligeros, graciosos y fáciles. Hallábase en otra parte del jardín, de la que vino á recibir al capitán Waverley, con un modo que vacilaba entre vergüenza y cortesía.

Después las primeras saluciones, hizo entender á Eduardo que su padre no estaba lejos, y con embarazada cortesía se ofreció á llevarlo á su presencia; pero en aquel momento apareció el Barón de Bradwardine en persona, que llamado por Davis Gellatly, y „lleno de pensamientos hospitalarios, venia salvando la distancia con pasos tan largos y veloces, que hizo recordar á Waverley las botas de siete leguas en cierta fábula. Era un hombre alto, delgado, de forma atlética, viejo ya y canoso, mas con todos sus músculos endurecidos y tirantes como cuerdas de látigo, por el ejercicio constante que hacía. Su traje era sencillo, y más frances que inglés, pe-

ro sus facciones ásperas y la rigidez perpendicular de su talle le hacian parecer en cierto modo un oficial de guardias suizas, que habia residido algun tiempo en Paris, y tomado el traje, aunque no los modales y gracia de sus habitantes. Lo cierto es que su conversacion y costumbres eran tan singulares como su aspecto.

Por su natural inclinacion al estudio, ó tal vez por la costumbre muy general en Escocia de hacer cursar leyes á los nobles jóvenes, le habian hecho estudiar para abogado. Pero las opiniones politicas de su familia frustraron la esperanza de que progresara en esta profesion, y Mr. Bradwardine viajó por algunos años, é hizo cinco campañas al servicio extranjero. Despues de su embrollo con la ley de alta traicion en 1715, habia estado viviendo retirado, tratando casi exclusivamente con los vecinos que tenian principios análogos á los suyos. La pedanteria del estudiante, entretrejida en el baron con el orgullo militar del soldado, hacian recordar á un moderno los dias del servicio voluntario zeloso, en que la ropilla del abogado cubria muchas veces un uniforme brillante. A esto deben añadirse las preocupaciones aristocráticas y opiniones jacobitas, muy fomentadas con los hábitos de una autoridad solitaria, que aunque solo se ejercia en los límites de sus tierras medio cultivadas, era en ellos indisputable é indisputada. Pues, como él decia, las tierras de Bradwardine, Tully-Veolan y otras fueron erigidas en baronia libre por una carta de David I, *cum liberali potest. habendi curias et justicias, cum fossa et furca*, (es DECIE, calabozo

y borca,) *et saka et soka, et thol et theum, et in-fang-thief et outfang-thief, sive laan-laband. sive hak-burand.*" Pocos ó ninguno podían explicar la significacion peculiar de todas aquellas palabras cabalística; pero en general implicaban que el baron de Bradwardine podía prender, juzgar y ejecutar libremente á sus vasallos é inquilinos. Sin embargo, el que entonces poseia tal autoridad era como Jacobo I, y gustaba mas de hablar sobre sus prerogativas que de ejercerlas; y exceptuando la prision que hizo de dos ladrones de caza en el calabozo de la torre antigua de Tully-Veolan, donde los espantaron los duendes, y por poco se los cenan los ratones, y el haber puesto á una pobre vieja en los *jougs*, ó picota escocesa, por haber dicho que „en la quinta del Barón habia otras mas fatuos que Davie Gellatly; no sé que se le acusara de abusar de sus altas facultades. Con todo, el orgullo de poseerlas aumentaba la gravedad é importancia de sus modales y tono.

Cuando dirigió las primeras palabras á Waverley, parecia que su cordial satisfaccion al ver al sobrino de su amigo, habia descompuesto algo la dignidad rígida y grave del Barón de Bradwardine, pues el llanto humedeció sus ojos, cuando despues de apretarle afectuosamente la mano, segun la costumbre inglesa, lo abrazó *á la mode française*, y lo besó en ambos carrillos, al paso que la fuerza de su apretón, y la cantidad de tabaco escoces que comunicó á su huésped en aquella *accolada*, llamaron á los ojos de Eduardo cierta humedad de distinto origen. „Por el honor

de un caballero, dijo, que me remeza veros aquí, Mr. Waverley! Un digno pimpollo del tronco antiguo de Waverley-Honour,—*spes altera*, como dice Maron; y teneis el mirar del antiguo linage-capitan Waverley; todavia no tan magestuoso como mi amigo viejo Sir Everardo, *mais cela viendra avec le tems*, como mi camarada holandés el Baron de Kikkibroeck decía *de la sagesse de Madame son épouse*.—De modo que ya os habeis puesto la cucarda? Bueno, bueno; aunque podría desear que su color fuera diferente, y lo mismo eren de Sir Everardo. Pero dejemos esto aparte. Yo soy viejo ya, y los tiempos han cambiado.—Y ¿cómo está el digno caballero Baronet, y la hermosa Mrs. Raquel?—Ah! os reis, joven; pero ella era la hermosa Mrs. Raquel en el año del Señor 1716; mas el tiempo huye, *et singula prouadantur anni*: en esto no cabe duda.—Repito que os doy la mas cordial bienvenida á mi pobre casa de Tully Veolant—Anda, Rosa, y dí á Alejandro Saunderson que busque el *chateau margous* viejo que despachó de Burdeos á Dundee en el año 1713.

Rosa partió con paso bastante mesurado hasta que torció el primer ángulo de la arboleda, y entonces echó á correr con la rapidéz de una silfida, á fin de ganar tiempo, despues de cumplir las órdenes paternas, en que arreglar su trage, y desplegar todas sus cortas galas, ocupacion para la cual dejaba ya poco espacio la hora próxima de comer. „Nosotros, continuaba entre tanto el Baron, no podemos rivalizar el lujo de la mesa inglesa, capitan Waverley, ni ofrecerles las *epula lautiores*

de Waverley-Honour.—Digo *epulæ* mas bien que *prandium*, porque esta última expresion es comun; *Epulæ ad senatum, prandium vero ad populum attinet*, dice Suetonio Tranquilo. Mas confio en que mi Burdeos merecerá vuestra aprobacion; *c'est des deux oreilles*, como acostumbraba decir el capitán Vinsauf; *Vinum primæ notæ*, lo llamaba el rector de San-Andrés. Y vuelvo á repetir, capitán Waverley, que me alegro muchísimo de que esteis aquí para beber lo mejor que proporcione mi bodega." Este discurso, con las respuestas interjeccionales necesarias, duró desde la calle de árboles en que se encontraron, hasta la puerta de la quinta, donde cuatro ó cinco sirvientes, con libreas anticuadas, capitaneados por Alejandro Saunderson, el mayordomo, que ya no conservaba señales de la tierra del jardín, los recibieron en toda forma. El Baron con mucha ceremonia, y aun mas cordialidad, sin detener á su huésped en ninguna de las varias piezas que atravesaron, le condujo á una gran sala de comer, entablada con roble oscuro, en torno de la cual se veian colgados los retratos de sus antecesores, y en medio una mesa puesta para seis personas, junto á la cual estaba un aparador anticuado, en que resplandecia toda la plata labrada antigua y maciza de la familia Bradwardine. Oyóse una campana á la entrada de la gran calle de árboles; porque un viejo que desempeñaba las funciones de portero en los dias de gala, se habia alarmado con la llegada de Waverley, y colocándose en su puesto, anunciaba desde allí la presencia de nuevos huéspedes.

Estos, segun aseguró el Baron á su jóven ami-

go, eran personas muy estimables. „Uno es el jóven Laird de Balmawhapple, que se apellida Falconer, de la casa de Glenfarquhar, muy dado á la caza—*gaudet equis et canibus*—pero caballero muy discreto y apreciable. Otro es el Laird de Killancureit, que ha dedicado sus ratos ociosos á la agricultura, y se jacta de poseer un toro de mérito sin igual, traído del condado de Devon (la *Damnonia* de los Romanos, si damos fe á Roberto de Cirencester). Ya podeis inferir por tales inclinaciones que su extraccion es ordinaria. *Servabit odorem testa diu*; y creo, acá *inter nos*, que su abuelo venia del lado malo de la frontera, un tal Bullsegg, que vino aquí de mayordomo, baillío, guarda-bosque ú otra cosa semejante del último Girnigo de Killancureit, á quien mató una atrofia. Despues que murió su amo—dificilmente creereis tal escándalo—este Bullsegg, que era bien apersonado, se casó con la señora viuda, que era jóven y carinosa, y se apoderó de la herencia, que recayó en aquella desventurada muger por una disposicion de su marido; en contravencion directa de una reservacion tácita, y con perjuicio de la propia carne y sangre del donante, en la persona de su séptimo primo y heredero natural, Girnigo de Tipperhewit cuya familia se arruinó en el pleito consiguiente, de manera que su actual representante sirve hoy de soldado en los guardas de las montañas. Pero este caballero que digo, Mr. Bullsegg de Killancureit, el actual poseedor, tiene buena sangre en las venas por su madre y abuela, que ambas eran de la familia de Pickletillim, y está bienquisto y considerado, y sabe darse el lugar

que corresponde. Y no permita Dios, capitán Waverley, que nosotros los de linaje irreprochable lo miremos con desprecio, cuando puede muy bien suceder que su progenie, en la octava, novena ó décima generación, alterne en cierto modo con las familias nobles antiguas del país. Antigüedad y nobleza, señor mío, deben ser las últimas palabras que pronunciamos los de inmaculada estirpe, *vix ea nostra voco*, según dice Nason. Tendremos aquí además á un clérigo de la verdadera aunque afligida iglesia de Escocia. Fué confesor en su causa después del año 1715, en que la plebe amotinada echó abajo su capilla, le destrozó el sobrepelliz, y saqueó su casa, llevándole cuatro cucharas de plata, y entrometiéndose en su despensa, y con dos barriles, uno de cerveza común y otro de doble, sin contar tres botellas de aguardiente. Mi bailío y agente, Mr. Duncan Macwheeble será el cuarto de nuestros comensales. Por la incertidumbre de la ortografía antigua se disputa si pertenece al *clan* (ó tribu) de Wheedle, ó al de Quibble; pero ambos han producido personas eminentes en jurisprudencia.”

Describiólos por nombres y personas:
entraren, y sirvióse la comida.

CAPITULO XI.

El banquete.

La comida fué abundante y buena, según las ideas escocesas de aquel periodo, y los convidados la hicieron plena justicia. El Barón comió como un soldado hambriento, el laird de Balmawhapple

como un cazador, Bullsegg de Killancureit como un rústico, Waverley como caminante, y el Bailío Macwheeble como los cuatro juntos, aunque, ó bien por respeto, ó á fin de conservar en su persona la declinacion correspondiente cuando se hallaba en presencia de su patron, estuvo sentado en el borde de su silla, colocada á tres piés de la mesa, y realizaba una comunicacion con su plato inclinando su persona hácia él, en términos que formaba una línea oblicua desde su rabadilla, de modo que la persona sentada en frente de él, solo podia ver la cumbre de su peluca.

Aquella rara posicion podia ser incómoda para otro; pero una larga costumbre la habia hecho perfectamente usual á nuestro digno bailío, ya estuviera sentado ó en pié.

En dicha postura sin duda resultaba una proyeccion singular de su persona hácia los que anduviesen por detras; pero como estos eran siempre inferiores suyos, pues Mr. Macwheeble era muy escrupuloso en ceder el lugar á otros, le importaban muy poco las inferencias que sacaran de aquella circunstancia. Por lo mismo, cuando atrevesaba el patio andando á guisa de ánade para entrar en la quinta ó salir de ella, se parecia en cierto modo á un perro de cocina cuando lo hacen andar en dos piés.

El clérigo no juramentado era un anciano interesante y pensativo, con el aspecto de un mártir de su conciencia. Era un caballero por su nacimiento y educacion, y deudo lejano del Barón; uno de aquellos que habian abandonado su beneficio sin que se lo quitaran: por lo que el Bailío, cuando

el Baron estaba léjos, solia burlarse de Mr. Rubrick, echándole en cara sus escrúpulos. Debe confesarse á la verdad que Macwheeble, aunque en su corazon era partidario acérrimo de la familia desterrada, habia contemporizado con todas las variaciones políticas de aquel tiempo; por lo que Davie Gellatly lo pintaba como un buen hombre, de conciencia pacífica y sosegada, *que jamas le habia hecho daño alguno.*

Cuando se quitó la comida, brindó el Baron á la salud del rey, dejando políticamente á la conciencia de cada uno de sus huéspedes beber al soberano *de facto* ó *de jure*, segun le dictaran sus opiniones políticas. Hizose general la conversacion, y poco despues se retiró Miss Bradwardine, que habia hecho los honores de la mesa con natural gracia y sencillez, siguiéndola el clérigo con breve intervalo. El vino, que justificaba plenamente los encomios del amo de casa, corria libremente entre los convidados restantes, aunque Waverley obtuvo con alguna dificultad el privilegio de no beber en todos los brándis. Al fin, cuando ya iba haciéndose tarde, hizo el Baron una seña á Mr. Saunders Saunderson, ó *Alexander ab Alexandro*, como él lo llamaba chistosamente, quien salió haciendo un gesto de inteligencia, y volvió poco despues con una sonrisa misteriosa y solemne en su grave aspecto, y puso ante su señor un cofrecito de roble, reforzado con abrazaderas curiosas de bronce. El Baron sacó una llavecita, abrió el cofre, alzó la tapa, y puso de manifiesto un vaso de orope singular y antigua figura, que representaba un *oto*

rampante, al que su dueño miraba con ojos en cuya expresión se confundían la reverencia, el placer y el orgullo, recordando irresistiblemente á Waverley el Tomas, Otter de Ben Jonson, con su Toro, Caballo y Perro, como llamaba aquel tuante á sus tres copas de mas importancia. Pero Mr. Bradwardine, volviéndose á él lleno de satisfaccion, le pidió que examinase aquella reliquia curiosa de los tiempos antiguos. „Representa, dijo, la escogida cimera de nuestra familia, un oso *rampante* como veis; porque los blasonistas inteligentes ponen siempre á los animales en su postura mas noble, como á un caballo *saltando*, á un galgo *corriendo*, y á un animal feroz *in actu ferociori*, como es consiguiente, es decir, en una postura voraz, destrozadora y devorante. Sabed, señor mio, que tenemos esta honrosísima distincion por el *wapen-brief* ó concesion de armas hecha por federico Barbaroja, emperador de Alemania, á mi predecesor Godmundo Bradwardine, y es la cimera de un gigante danés á quien mató en la liza en la Tierra Santa, por una cuestion sobre la castidad de la esposa ó hija del emperador, que en esta parte no anda la tradicion muy exacta; y asi como dice Virgilio:

Mutemus clypeos, Danaumque insignia nobis
aptemus.

Respecto de la copa, capitan Waverley, se trabajó por mandato de San Duthae, Abad de Aberbrothock, para otro baron de la casa de Bradwardine, que habia defendido valerosamente el patrimonio de aquel monasterio contra ciertos no-

bles rapaces. Propiamente se llama el oso bendito de Bradwardine, (aunque el anciano Dr. Doublet le decia jocosamente *Ursa major*,) y en los tiempos del catolicismo le suponian ciertas propiedades sobrenaturales y místicas. Y aunque yo no doy crédito á tales *anilia*, si estoy seguro de que siempre se ha estimado como una solemne copa mayor y prenda hereditaria en nuestra casa; solo se usa en dias de gran fiesta, y tengo por tal el que ve llegar á mi techo al heredero de Sir Everardo; en cuya virtud dedico este trago á la salud y prosperidad de la antigua y honorabilísima casa de Waverley." Durante su prolija oracion, habia vaciado cuidadosamente una botella de vino cubierta de telarañas en el vaso venerable, que contenia casi una azumbre inglesa; y la concluir, entregó la botella al mayordomo para que la tuviera cuidadosamente en el mismo ángulo con el horizonte, y él apuró devotamente lo contenido en el oso bendito de Bradwardine.

Eduardo vió con horror y asombro que el animal iba dando vuelta, y pensó con grave angustia en el mote propio *Beware the bear*; (cuidado con el oso;) pero como ninguno de los huéspedes formaba escrúpulo en hacerle honor tan extraordinario, previó claramente que su negativa sola debia ser muy mal recibida. Resignose, pues, á sufrir este último acto de tiranía, resuelto á levantarse luego de la mesa, si le era posible, y fiado en la fuerza de su constitucion, devoró la sustancia del oso bendito, sin que tal exceso le hiciera el daño que esperaba. Los otros comensales, que habian empleado el tiempo con mas

actividad, empezaron á manifestar síntomas positivos de alteracion. „El buen vino hizo su buen oficio;” la etiqueta y el orgullo empezaron á ceder al influjo de aquella constelacion benigna, y los titulos formales con que hasta entónces se habian dirigido la palabra los tres dignatarios, se abreviaron familiarmente, quedando reducidos á Tully, Bally y Killie. Despues de algunos otros brándis, los dos últimos, despues de haberse secretado, pidieron permiso (con gran gozo de Eduardo) para tomar la copa de gracias. Despachóse esta diligencia despues de alguna dilacion, y creyó Waverley que las orgias de Baco habian concluido por aquella noche. Jamas incurrió en yerro mas craso. Como los huéspedes habian dejado sus caballos en el mezquino meson de la aldea, el cortesano baron no podia ménos de acompañarlos hasta allá, y Waverley los siguió por igual motivo, y para gozar despues de aquella frasca el aire fresco de la noche. Mas llegados que fuéron á casa de Lucia Macleary, los lairds de Balmawhapple y Killancureit declararon su resolucion de manifestar su reconocimiento á la hospitalidad de Tully-veolan, partiendo con su hospedador y el huésped de este, capitán Waverley, lo que técnicamente llamaban *dock and dorroch*, ó la copa de estribo, en honor y obsequio del generoso Baron de Bradwardine.

Debemos advertir aquí que el Bailío, sabiendo por experiencia que aquella frasca, sostenida hasta entónces á costa de su patron, podia terminar en parte á la suya, habia montado su esparranada jaca retinta, y entre alegría de corazón

y miedo de que le hicieran pagar alguna parte de la cuenta, la hizo tomar un trote, (pues galope era imposible,) y ya estaba fuera del pueblo. Los demas entraron en el mesoncito, llevándose á Eduardo como victima sumisa; porque el Baron le dijo al oido que su negativa á tal propuesta se miraria como grave ofensa contra las *leges convivales*, ó reglamentos de toda reunion de amigos para beber. La viuda Macleary parecia haber esperado aquella visita, que era la consumacion ordinaria de tales francachelas, no solo en Tully-Veolan, sino en las mas casas de otros caballeros de Escocia en aquel tiempo. Por lo mismo, los huéspedes descargaban allí el peso de su gratitud á quien los habia convidado, fomentaban el giro de la casa, honraban el asilo de sus caballos, y se indemnizaban de las restricciones que les habia impuesto la hospitalidad particular, pasando lo que llama Falstaff „la dulzura de la noche” en la licencia general de una taberna.

En consecuencia, y en espera de tales y tan distinguidos huéspedes, habia barrido Lucía Macleary su casa, que no habia disfrutado igual beneficio de quince dias á aquella parte, templado su chimenea al calor que la estacion requeria en aquella húmeda choza aun en la canícula; plantó su mesa recién fregada, acuñándole el pié cojo con un pedazo de césped, acomodó cuatro ó cinco banquillos de tosca y voluminosa figura, segun lo permitian las desigualdades del piso, y habiéndose puesto su ropa limpia y capa colorada, aguardó que llegasen los señores, esperando considerable provecho de su visita. Cuando esto

vieron sentados bajo las ahumadas vigas del único apo-yento que tenía Lucía Macleary, entapizadas profusamente con telarañas, la huéspedea, que ya habia tomado órdenes del Laird de Balmawhapple, se presentó con una gran caldera de peltre, que contenia por lo ménos tres azumbres inglesas, se denominaba familiarmente *la gallina*, y segun decia la huéspedea, hervia con excelente clarete sacado en aquel momento de la barrica.

Pronto se hizo evidente que la gallina iba á recoger las migajas de juicio que no habia devorado el oso; pero la confusion que empezó á reinar, favoreció la resolucion tomada por Eduardo de sacar el cuerpo á las copas que circulaban alegremente. Los otros comenzaron á hablar de prisa y todos á un tiempo, desempeñando cada uno su parte de la conversacion, sin el menor respeto á su vecino. El Baron de Bradwardine entonaba en frances *chansons-à-boire*, y las interpolaba con trozos latinos; Killancureit hablaba en una clave inalterable y fastidioso de barbechos, siembras, escardas, vencejos, gorgojos, y de una ley pendiente sobre caminos reales; al paso que Balmawhapple con un tono mas alto que los otros dos, ensalzaba su caballo, sus halcones y un galgo llamado Whistler. En medio de aquel alboroto imploró silencio el Baron repetidas veces; y cuando por fin el instinto de la cortesía se lo hizo obtener un instante, se apresuró á pedir á sus amigos que prestasen atencion „á una arieta militar de que era muy opasionado el mariscal duque de Berwick;” y luego, imitando cuanto podia el tono y aire de un *mosquetero* frances, empezó así:

Mon cœur volage, dit-elle,
 N'est pas pour vous, garçon;
 Est pour un homme de guerre,
 Qui à barbe au menton.
 Lon, Lon, Laridon.

Qui port chapeau à plume,
 Soulier à rouge talon,
 Qui joue de la flûte,
 Aussi du violon.
 Lon, Lon, Laridon.

Balmawhapple no pudo aguantar mas, sino que reventó en lo que él llamaba una cancion excelente, por Gibby Gaethroughwi't, gaitero de Cupar. El Baron, cuya voz se perdía entre los alaridos estrepitosos de Balmawhapple, desistió de la competencia, pero siguió tarareando, Lon, Lon, Laridon, y mirando con soberano menosprecio al rival que le habia quitado la atencion de la concurrencia, mientras Balmawhapple continuaba con inalterable fuerza su bestial canticio. Despues de una vana tentativa para recordar la segunda copla, volvió á entonar la primera, y en prosecucion de su triunfo, declaró que „habia en ella mas gracia y sentido que en todas las *lanlaranes* de Francia y de Fifeshire entero.” El Baron solo contestó con un enorme polvo y una mirada expresiva de infinito menosprecio. Pero los nobles aliados oso y gallina habian emancipado al jóven laird de la reverencia habitual con que en sano juicio miraba á Bradwardine. Declaró, pues, que el vino era aguachirle, y pidió aguardiente con grandes vociferaciones. Se lo trajeron; y el demonio de la

política empezó á resentirse de la armonía producida por aquel concierto holandés; al ver que no habia un tono colérico en aquella rara mescolanza de sonidos. Inspirado por su mortífero influjo el Laird de Balmawhapple, superior va á las guinadas y señas con que el Baron de Bradwardine, por consideracion á Eduardo, le habia impedido hasta entónces que entrara en discusiones políticas, brindó con los pulmones de un Estentor „por el caballerito vestido de terciopelo negro que hizo tal servicio en 1702, y porque el caballo blanco se desnucase en un seto de su propia hechura.”

Eduardo en aquel momento no tenia la cabeza bastante despejada para recordar que la caída que produjo la muerte del rey Guillermo se atribuia á que su caballo habia tropezado en un montoncillo de tierra; mas sin embargo, se sintió inclinado á ofenderse por un brindis, que segun la expresion siniestra de los ojos de Balmawhapple, parecia tener una referencia injuriosa al gobierno en cuyo servicio estaba. Mas ántes que pudiese intervenir, tomó la demanda el Baron de Bradwardine. „Señor mio, dijo al brindador, coalesquiera que sean mis sentimientos, *tanquam privatus*, en tales materias, no puedo sufrir mansamente que digais cosas ofensivas al honrado carácter de un caballero huésped mio. Si no respetais las leyes de la urbanidad, ¿cómo no teneis consideracion al *sacramentum militare* con que todo oficial se liga á las banderas en que se alista? Ved en Tito Livio lo que dice de los soldados romanos que tenían la desgracia de *exuere sacramentum*, de abjurar su juramento:

pero vos, caballero, ignorais tanto la historia antigua como la cortesía moderna.”

„No tanto como decís, respondió rugiendo Balmawhapple. Bien alcanzó que habláis de la *Liga y Pacto Solemne*; pero si todos los whigs del infier no hubieran tomado el”

Aquí el Baron y Waverley hablaron á un tiempo, y el primero gritó: „Silencio, señor mio; no solo manifestais vuestra crasa ignorancia, sino infamais á vuestra patria ante un forastero y un ingles!” Al mismo tiempo Waverley pedia al Baron le permitiese responder á un ultraje que parecia dirigido á él personalmente. Pero la cólera, el vino y el menosprecio habian hecho al Baron superior á todas las consideraciones sublunares.

„Estaos quieto, capitán Waverley: en otra parte sereis acaso *sui juris*, es decir, que estaréis emancipado, y tendréis derecho á pensar y enojaros por vos mismo; pero en mi territorio, en esta pobre baronía de Bradwardine, y bajo este techo, que es *quasi* mio, pues lo posee por reolocacion tácita un inquilino sujeto á mi voluntad, estoy para vos *in loco parentis*, y es obligacion mia cuidar de que no os suceda alguna desgracia. Y en cuanto á vos, Mr. Falconer de Balmawhapple, os prevengo que no quiero veros cometer mas aberraciones del camino de la buena crianza.”

„Y yo os digo, Mr. Cosme Comyne Bradwardine de Bradwardine y Tully-Veolan, contestó el cazador con grandísimo desden, que tengo de matar como pato á quien desaire mi brindis, ya sea un ingles desorejado, ya cualquier bribon que abandone á sus amigos para adular á los ratones de

Hanover." En un instante se blandieron ambas espadas, y uno al otro se tiraron varias estocadas furiosas. Balmawhapple era joven, robusto y ágil; pero el Baron, infinitamente superior á él en la esgrima, le hubiera hecho cosquillas muy desagradables, á no estar bajo la influencia de *Ursa major*.

Eduardo se arrojó á separar los combatientes, pero tropezó en el tendido cuerpo del Laird de Killancureit, que le interceptó el camino. Nunca pudo saberse con seguridad cómo vino á encontrarse Killancureit en aquella postura, en un momento tan interesante. Algunos creyeron que trataba de esconderse bajo la mesa, y él decia que se habia caido al querer levantar un banco para descrismar con él á Balmawhapple, é impedir así una desgracia. Mas sea de esto lo que fuere, lo cierto es que hubiera ocurrido derramamiento de sangre, á no presentarse una interposicion mas eficaz que la suya ó la de Waverley. Pero el ruido de las espadas, nada extraordinario en casa de Lucía Macleary, atrajo á esta amazona, que estaba sentada tranquilamente fuera de la choza, con los ojos fijos en un libro vulgar, mientras sus ideas se hallaban ocupadas en sumar la cuenta de los bebedores. Arrojóse atrevidamente entre ellos, preguntándoles con ingrata voz, „¿por qué se mataban allí sus mercedes para desacreditar la casa de una viuda honrada, cuando habia tanta tierra libre en que podian hacerse pedazos?" y secundó tan jasto reclamo arrojando su capa con mucha destreza entre las armas de los combatientes. Entónces ocurrieron los criados, que por fortuna se hallaban tolerablemente frescos, y separaron á los airados

campeones, ayudados por Eduardo y Killancureit. Este se llevó á Balmawhapple maldiciendo, jurando y protestando venganza contra todo whig, presbiteriano y fanático de Inglaterra y Escocia, desde Juan O'Groat hasta el fin del mundo, y difícilmente lograron subirlo en su caballo. Nuestro héroe, ayudado por Saunders Saunderson, escoltó al Baron de B-adwardine hasta su casa; pero no pudo lograr que se acostara hasta que no le encajó una larga y erudita disculpa sobre los acontecimientos de aquella noche, en la cual, sin embargo, no había una palabra inteligible, excepto algunas indicaciones sobre los Centauros y Lapitas.

CAPITULO XII.

Arrepentimiento y reconciliacion.

Waverley no estaba acostumbrado al uso del vino, sino con mucha templanza. Oyó, pues, en un sueño profundo, y no despertó hasta el día siguiente muy tarde, en que recordó con sentimiento las escenas de la noche última. Había recibido una afrenta personal, siendo caballero, soldado y Waverley. Es verdad que su autor cuando se la hizo, carecía aun de la módica porción de juicio que le había dado la naturaleza, y que para tomar venganza de tal insulto, tendría que infringir las leyes divinas y humanas: en tal caso podía quitar la vida á un jóven que acaso cumplía los deberes sociales, y hacer miserable á su familia, ó perder él su propia existencia; alternativa poco grata

aun á los mas valientes, cuando se discute friamente y á solas.

Todas estas consideraciones angustiaban su ánimo; pero la primera idea le volvía con irresistible fuerza. Había recibido un insulto personal, era de la casa de Waverley, y llevaba el uniforme del ejército. No le quedaba, pues, alternativa; y bajó á la sala del desayuno, resuelto á despedirse de la familia, y escribir á uno de sus camaradas de regimiento que viniera á verlo en una posada, punto medio entre Tully-veolan y la poblacion en que se hallaba acantonado su cuerpo, á fin de que llevase al Laird de Balmawhapple el recado político que parecían exigir las circunstancias. Encontró á Miss Bradwardine presidiendo al té y al café con la mesa llena de pan caliente de harina y cebada en forma de tórtas, molletes, roscas y otras variedades, de huevos, piernas de venado, carnero y vaca, salmon ahumado, mermelada y todos los demás primores que indujeron aun al áspero Johnson á ensalzar el lujo de un almuerzo escoces sobre el de todos los otros países. Un plato de carne guisada con avena, flanqueado por un jarro de plata que contenía una mezcla de crema y suero por partes iguales, formaba la racion del amo de casa, y parecia estarlo aguardando; pero Rosa dijo que su padre habia salido temprano, despues de encargarse que no turbaran el sueño de su huésped.

Sentoso Waverley casi mudo y con un aire de distraccion que no debía dar á Miss Bradwardine opinion muy favorable de sus talentos. Respondió á la ventura dos ó tres observaciones que ella se aventuró á hacerle sobre puntos muy comunes; de

modo que sintiendo repélidos sus esfuerzos para darle conversacion, y admirándose interiormente de que bajo una casaca encarnada no habiera mejor educacion, lo abandonó á su diversion mental de maldecir la *Ursa mdyor*, constelacion favorita del Dr. Doublet, como causa de todo el mal ocurrido y que debia seguirse probablemente. Pero saltó de la silla y se encendió todo, cuando al volver los ojos á la ventana, vió venir al Baron y al jóven Balmawhapple asidos del brazo; y al parecer empeñados en una conversacion de mucha importancia: — ¿Durmio aqui anoche Mr. Falconer? Rosa, no muy satisfecha con la precipitacion de la primer pregunta que le dirigia el jóven forastero, le respondió secamente: No; y ambos guardaron otra vez profundo silencio.

A poco se presentó Mr. Sanderson, suplicando al capitan Waverley de parte de su amo pasase á hablar con él en otro aposento. Siguióle Eduardo, palpitándole el corazón con mas prisa, no por miedo sino por ansiedad é incertidumbre. Encontró á los dos caballeros juntos y en pié; un aire de complaciente dignidad animaba la fisonomia del Baron, al paso que el ceño y la vergüenza, ó ambos afectos unidos, parecian denunciar el atrevido rostro de Balmawhapple. El primero onredó su brazo con el del otro, y aparentando así venir con él, cuando en realidad lo conducia, se adelantó á recibir á Waverley, y parándose en mitad del aposento, le dirigió con grave aparato la siguiente oracion. Capitan Waverley: Mr. Falconer de Balmawhapple, mi jóven y estimado amigo, se vale de mi edad y experiencia por considerarme veradero en

las dependencias y puntillos del duelo, ó monomachia, para que sea su interlocutor, y os manifieste el sentimiento con que recuerda ciertos pasages de la charla que tuvimos anoche, que no pudieron dejar de seros altamente desagradables, cuando por ahora servis al gobierno que hoy existe. Os ruega pues, que sepulteis en olvido la memoria de tales solecismos contra las leyes de la cortesía, pues su mejor razon los desapru-ba, y acepteis la mano que os ofrece en amistad; debiendo yo aseguraros que solo el convencimiento *d'etre dans son tort*, (como me dijo en ocasion semejante un valeroso caballero frances, Monsieur Le Breuilleur,) y su opinion de vuestro peculiar mérito, pueden arrancarle tales satisfacciones; pues él y toda su familia son y han sido de inmemorial tiempo, *mavortia pectora*, como dice Buchanan, gente audaz y belicosa."

Al punto Eduardo aceptó con natural cortesía la mano que le tendia Balmawhapple, ó por mejor decir el Baron, en su clase de mediador, y expresó „serle imposible recordar lo que un caballero expresaba que habria querido no decir, „añadiendo que „él imputaba gustoso lo ocurrido á la exuberante jovialidad del banquete."

„Perfectamente dicho, repuso el Baron; pues no hay duda en que si un hombre está *ebrius*, ó borracho, incidente que en ocasiones solemnes ó festivas suele ocurrir á un sujeto de honor, y si el mismo caballero estando luego fresco y en juicio retracta las contumelias que pronunció cuando se hallaba chispo, debe creerse que *vinum locutus est*, y tales palabras dejan de ser suyas. Sin

embargo, tal disculpa no puede referirse á un *ebriosus* ó bebedor consuetudinario; porque si este tal quiere estar ébrio la mayor parte de su vida, no tiene derecho á que se le dispense de las obligaciones que dicta el código de la buena crianza, sino debe aprender á manejarse pacífica y decorosamente cuando está bajo el influjo del estímulo vinoso. Y ahora vamos á almorzar, y no pensemos ya en tan desagradable asunto.”

Sea cual fuere la consecuencia que se deduzca de tal circunstancia, debo confesar que Eduardo, despues de una explicacion tan satisfactoria, hizo mucho mas honor á los primores del almuerzo preparado por Miss Bradwardine, que lo que ántes de ella prometia. Al contrario, Balmawhapple parecia embarazado y abatido, y Waverley observó entónces que traia el brazo atado con un pañuelo, lo que parecia explicar el modo raro y embarazado con que le habia ofrecido la mano poco ántes. A una pregunta que Miss Bradwardine le hizo, respondió entre dientes que su caballo se habia caido, y deseoso al parecer de evitar tal conversacion y la presencia de los demas, se levantó apénas terminó el almuerzo, saludó á la concurrencia, y rehusándose al convite que le hizo el Baron para que se quedase á comer, montó á caballo, y se volvió á su casa.

Entónces dijo Waverley que pensaba salir de Tully-Weolan inmediatamente despues de comer, para poder llegar al punto en que habia resuelto dormir aquella noche; pero la ingenua y profunda mortificacion con que el buen anciano escuchó tal proyecto, no le dejó valor para llevarlo

adelante. Apenas logró que Waverley conviniese en alargar su visita por algunos días, cuando se ocupó en desvanecer los motivos que le suponía para tan pronta marcha. „Mucho sentiria, capitán Waverley, le dijo, que me creyeseis partidario de la embriaguez por práctica ó precepto, aunque acaso en la frasca de anoche algunos de nuestros amigos, si no estaban del todo *ebrii* ó borrachos, se hallaban cuando ménos *ebrioli*, como decian los antiguos á los achispados, ó que, segun la frase nativa y metafórica de Inglaterra, están entre dos aguas. No es decir que yo insinué tal cosa por vos, capitán Waverley, cuando como jóven prudente os abstuvisteis de potaciones excesivas; ni tampoco por mí, que habiendo asistido á las mesas de muchos generales y mariscales ilustres en sus francachelas solemnes, siempre he sabido beber con discrecion; y en toda la noche, como sin duda lo observasteis, no traspasé los límites de una jovialidad moderada.

Imposible fué negar asenso á una proposicion enunciada con tono tan decisivo por el que sin duda era el juez mas competente de su verdad, aunque si Eduardo hubiera formado juicio por sus propios recuerdos, habria fallado que el Barón no solo estaba *ebriolus*, sino casi casi *ebrius*; ó en buen castellano, era incomparablemente el que mas borracho estaba de la concurrencia, exceptuando tal vez á su antagonista, el Lair de Balmawhapple. Sin embargo, el Barón despues de recibir por su sobriedad el cumplimiento que esperaba, ó por mejor decir exigia, continuó diciendo: „No, señor, aunque tengo una constitucion

fuerte, aborrezco la embriaguez, y detesto á los que tragan *gula causa*, para el deleite de su gargüero. Con todo, creo dura la ley de Pitaco de Mitilene, que imponia doble pena á un crimen cometido bajo la influencia del *Liber Pater*, y no me adhiero á la invectiva de Plinio el menor en el libro catorce de su „*Historia Naturalis*.” No, señor; yo sé hacer las distinciones y diferencias debidas, y apruebo el vino en cuanto alegra el semblante, ó como dice Flaco, *recepto amico*.”

Así terminó la disculpa que el Barón de Bradwardine creyó necesario dar sobre la superabundancia de su hospitalidad; y puede creerse fácilmente que no le interrumpió Waverley con su disenso, ni con expresion alguna de incredulidad.

Convidó luego á su huésped para un paseo matutino á caballo, y mandó que Davie Gellatly se le uniese en cierto punto con los perros Ban y Buscar. „Porque mientras llega el tiempo de la volatería, quisiera proporcionaros alguna diversion; y podemos, si Dios quiere, encontrar algun corzo. El corzo, capitan Waverley, se puede cazar en cualquier tiempo, pues así como nunca está sumamente gordo, tampoco está nunca insertible, aunque es verdad que su carne jamas iguala á la del ciervo. Pero servirá de que veais como corren mis canes; y por lo mismo nos acompañarán con Davie Gellatly.”

Waverley manifestó admirarse de que su amigo Davie fuese capaz de tal comision; pero el Barón le dió á entender que aquel pobre simple ni era *fatuus*, ni *naturaliter idiota*, segun expresan los reglamentos legales, sino un bellaco alocado que

cumplía muy bien cualquier comision análoga á su genio, y hacia de su locura una excepcion para excusarse de otras. „Nos ha ganado la voluntad, añadió el Barón, salvando á Rosa de un grave riesgo, con bastante peligro suyo; por lo que el tunante debe comer nuestro pan y beber de nuestra copa, sin hacer mas de lo que pueda ó quiera; que todo viene á ser lo mismo en su caso, si son bien fundadas las sospechas de Saunderson y del Bailio.”

Entónces Miss Bradwardine contó á Waverley que aquel pobre simple era apasionadísimo á la música, la cual le afectaba profundamente cuando era grave y melancólica, al paso que las tonadas vivas y alegres lo arrebatában en extravagante júbilo. En este punto disfrutaba una memoria prodigiosa, atestada con una miscelanea confusa de coplas y fragmentos de canciones, que á veces aplicaba con extraordinaria destreza como quejas, explicaciones ó sátiras. Davie queria mucho á los pocos que le mostraban afecto; resentia cualquier agravio que le hicieran, y lo vengaba cuando tenia oportunidad. Las gentes vulgares, que muchas veces se juzgan entre sí con dureza, y hacen lo mismo con sus superiores, aunque mostraban gran compasion al pobre inocente, mientras anduvo por el pueblo cubierto de andrajos, luego que lo vieron vestido con decencia, atendido y aun tratado como una especie de favorito en la quinta, recordaron todas las muestras de agudeza ó ingenio que había dado en sus respuestas y acciones, y estaban archivadas en sus ansles, en cuya vista fundaron caritativamente una hipótesis de que

Davie Gellatly no tenia de loco sino lo necesario para evitar una tarea constante y dura. Tal opinion no estaba mejor fundada que la de los negros, que por las perjudiciales travesuras de los monos infieren que saben hablar, y no lo hacen para que no los apliquen al trabajo. Davie Gellatly era en realidad el simple alocado que parecia, y era incapaz de ninguna ocupacion constante y fuerte. Tenia precisamente la solidez necesaria para no caer en absoluta demencia; la agudeza bastante para evitar la imputacion de idiota; alguna destreza en los ejercicios de la caza (en que hemos visto distinguirse á fatuos mayores que él); gran bondad y humanidad en el trato de los animales que se le encomendaban, afectos tiernos, memoria prodigiosa y oido músico.

En esto se oyeron en el patio las pisadas de los caballos y la voz de Davie que cantaba unas coplas á los dos galgos del Baron. Waverley preguntó á Miss Bradwardine si aquellos versos eran de algun poeta escocés antiguo. „Creo que no, respondió ella. „Este pobrecillo tuvo un hermano, y el cielo, como si quisiera compensar á la familia las imperfecciones de Davie, le dió talentos que se reputaban extraordinarios en la aldea. Un tio suyo protegió su educacion, destinándolo á la iglesia de Escocia; pero no lo admitieron entre sus ministros, porque salia de nuestra casa, volvió del colegio desesperanzado y abatido, y poco despues cayó en una confusion que le llevó al sepulcro. Mi padre lo mantuvo hasta su muerte, que ocurrió ántes que cumpliera diez y nueve años. Tocaba perfectamente la flauta, y le

suponian con disposiciones para la poesía. Era cariñoso y compasivo con su hermano, que lo seguía como sombra, y creemos que de él tomó David muchos fragmentos de canciones y tonadas. Pero si le preguntamos de dónde sacó algún fragmento como ese que está cantando ahora ó responde con grandes carcajadas de risa, ó se deshace en lágrimas; pero nunca ha dado una explicación satisfactoria, ni se le ha oído mencionar el nombre de su hermano despues de su muerte.

„Seguramente, dijo Eduardo, interesado ya con aquella narracion casi novelesca, pudiera saberse mas, si se averiguara con mayor empeño.”

„Puede ser, contestó Rosa; pero mi padre ha prohibido que le molesten sobre este asunto.”

Para entónces, ya el Baron, auxiliado por Mr. Svundersson, se habia puesto un par de botas enormes, calzando á nuestro héroe á acompañado, bajó con ruidosos pasos la espaciosa escalera, golpeando el pavimento con el cabo de su látigo, y cantando con el aire de un cazador de Luis XIV:

Pour la chasse ordonnée il faut preparer tout,
Ho la hol Vite vite debout.

CAPITULO XIII:

Un día mas racional que el anterior.

El Baron de Bradwardine, montado en un caballo vivo y bien regido; sentado en una silla media brida, con gualdrapa del color de su librea, formaba un representante no malo de la escuela

antigua. Su casaca bordada de color claro, chaleco galoneado magníficamente, y su peluca coronada por un sombrero montado pequeño con galon de oro, completaban sus arreos personales; pero le seguían dos criados bien montados, y armados con pistolas de arzon.

Con tal aparato anduvo por valles y cerros, siendo objeto de admiración para todas las chozas y granjas por cuyas inmediaciones pasaba, hasta que „hundido en un valle herboso,” hallaron a Davie Gellatly en compañía de dos hermosos galgos, y presidiendo a media docena de gozques y otros tantos muchachos descalzos y sin sombrero, que para obtener la especial distinción de asistir a la cacería, no habían dejado de alhagar sus oídos con el grato nombre de *Maister Gellatly*, aunque probablemente todos y cada uno de ellos le habían obsequiado otras ocasiones, llamándole al *sundia Davie*. Empero esta adulación, a los que valen algo es bien común, y no exclusiva en los aldeanos descalzos de Tully-veolan; usabase ahora sesenta años, se usa hoy, y se usará de aquí a setecientos años, si para entónces dura todavía este admirable compuesto de sandez y babuñada, que se llama el mundo.

El oficio de aquellos auxiliares era registrar los matorrales del contorno, y lo hicieron con tan buen éxito, que a la media hora se levantó un corvo, y fué corrido y muerto. El Barón siguió la caza en su caballo tordillo, como el Conde Percy en antaño, y con la mayor magnanimidad quitó el cuero y sacó las entrañas del animal muerto en su cuchillo baronial de monte, la que, según

él decia, llamaban los cazadores franceses *faire la curée*. Despues de esta ceremonia, hizo volver á su huésped á la quinta por otro camino muy agradable, desde el cual se veían diferentes poblaciones y casas, uniendo el Baron á cada una de ellas sus anécdotas históricas y genealógicas, referidas en lenguaje estrafalario por las preocupaciones y pedanteria del autor; pero muchas veces respetables por el buen juicio y sentimientos generosos que manifestaban sus narraciones, y generalmente curiosas y aun importantes por la instruccion que ofrecian.

Lo cierto es que el paseo pareció muy agradable á los dos caballeros, que gustaban de su mútua conversacion, aunque sus caracteres y hábitos de pensar éran opuestos diametralmente en muchos puntos. Ya sabe el lector que Eduardo era ferviente en sus afectos, raro y novelesco en sus ideas y en la eleccion de sus lecturas é inclinado fuertemente á la poesia; Mr. Bradwardine era su reverso en todos estos particulares, y tenia vanidad en pasar la vida con la misma gravedad entonada, inalterable y estoica de sus paseos vespertinos por el terrado de Tully Veolan, en que por horas enteras parecia el modelo exacto de Hardicanute:

Con magestad á Oriente caminaba,
Con igual magestad al Occidente.

En cuanto á literatura, habia leído los poetas clásicos, por supuesto; y el *Epithulium* de Georgius Buchanan, y los salmos de Arthur Johnston;

Delicia Poetarum, las obras de Sir David Lindsay, el Bruce por Barbour, el Wallace de Blind-Harry, y el Pastor amable. Pero aunque sacrificaba esta parte de su tiempo á las musas, debemos advertir en obsequio de la verdad, que él habria preferido leer en sencilla prosa los apotegmas de piedad ó sabiduria, y las narraciones históricas que contenian las obras mencionadas. Aun á veces no podia ménos de expresar su menosprecio al „arte vano y estéril de hacer poemas,” en el cual decia que „en tiempo suyo solo se habia distinguido Allan Ramsay, el Peluquista.”

Mas aunque Edouardo y él diferian en este particular *toto caelo*, como hubiera dicho el Baron, sin embargo, se juntaban en la historia, como territorio neutral, en que cada uno reclamaba sus derechos. El Baron solo se cargaba la memoria con hechos, y retenia fielmente los contornos secos, duros y frios que traza la historia. Eduardo, al contrario, se complacia en llenar y terminar el bosquejo con los colores de una imaginacion ardiente, que prestaba luz y vida á los diferentes autores en el drama de los siglos pasados. Mas á pesar de tener tan diferente gusto, los dos se interesaban y divertian mutuamente. Las municiones minuciosas y memoria férrea de Mr. Bradwardine presentaban á Waverley nuevos objetos en que ocupar con gusto su fantasia, abriéndole una mina intacta de incidentes y caracteres. En recompensa prestaba una atencion inalterable, cualidad grata á todos los narradores, y mas particularmente al Baron, al que alhagaba, fomentando el alto concepto que de sí mismo tenia; y á veces

le hacia tambien comunicaciones que interesaban á Mr. Bradwardine, porque tendian a confirmar e ilustrar sus anécdotas favoritas. Además, Mr. Bradwardine tenia gusto en hablar de su juventud, pasada en campamentos y paises extranjeros, y referia muchos pormenores interesantes de los generales a cuyas órdenes habia servido y de las acciones que habia presenciado.

Ambos amigos volvieron a Tully-Veolan llenos de reciproca satisfaccion: Waverley deseoso de estudiar mejor a un sujeto que le parecia singular e interesante, y cuya memoria era un registro curioso de anécdotas antiguas y modernas; y Bradwardine dispuesto a mirar a Eduardo como un *puer* (o mejor *juvenis*) *bonæ spei et magnæ indolis*, joven libre de la petulante volatibilidad que sufre con impacioncia el trato y consejos de sus mayores, si no los ridiculiza, por lo que precedia grandes cosas de la fortuna que le esperaba, y del aprecio que merecian sus virtudes. No habia ya mas huésped que Mr. Rubrick, cuya instruccion y trato, como estudiante y eclesiastico, hacian grata su sociedad al Baron y a nuestro héroe.

Poco despues de la comida, deseoso en apartar el Baron de acreditar que su templanza no era solo teórica, propuso hacer una visita á la habitation de Ross, o como el decia, *su troisième étage*. Condujo, pues, a Waverley por uno o dos de los corredores largos y confusos con que los arquitectos antiguos querian volver locos a los moradores de las casas que edificaban, en cuyo extremo empezó Mr. Bradwardine á subir de dos en dos escalones una escalera pendiente, oscura

y tortuosa, dejando á Mr. Robrick y Waverley que le siguiesen mas despacio, mientras él se tomaba tiempo de anunciar su aproximacion á su vecina.

Despues que treparon aquel caracol perpendicular, hasta que casi tuvieron desvanecida la cabeza, llegaron á un pequeño pasadizo esterado, que servia de antecámara al *sanctum sanctorum* de Rosa, y por el cual penetraron á su asistencia. Era una pieza reducida, pero alegre, abierta al sur, cubierta con tapices, y adornada con dos retratos, uno de su madre en trago de pastora, y otro del Barón cuando tenia diez años, con su casaca azul, chaleco bordado, sombrero galoneado y un arco en la mano. Eduardo no pudo ménos de sonreirse por el trago y por la extraña semejanza que habia entre el rostro cándido rosado y gracioso del retrato, y la flaqueza, barbas, ojos hundidos y aseoleada tez que habian proporcionado al original los viajes, las fatigas de la guerra y los años. El Barón se rio tambien. „Ciertamente, dijo, ese retrato fué un capricho feísimo de mi buena madre. (hija del Laird de Tullieillum; capitán Waverley, cuya casa os enseñé esta mañana: la quemaron los auxiliares holandeses que trajo el gobierno en 1715); nunca me he puesto á que me retraten sino una vez despues de esa, y fué por las especiales y reiteradas solicitudes del mariscal duque de Berwick.“

El buen caballero no mencionó lo que Mr. Robrick dijo despues á Eduardo, y fué que el duque le hizo aquel honor por haber sido el primero que subió á la brecha en un fuerte de Saboya,

durante la memorable campaña de 1709, y por haberse defendido allí con su media pica unos diez minutos, ántes que vinieran á sostenerlo. Debe decirse en justicia que el Baron, aunque siempre dispuesto á exagerar la dignidad é importancia de su familia, tenia demasiado valor verdadero para recordar los casos en que habia manifestado el mérito de su persona.

Entónces salió Miss Rosa de otra pieza interior á recibir á su padre y á sus amigos. Las ocupaciones en que se habia empleado mostraban desde luego un gusto natural, que solo necesitaba cultivo. Su padre la habia enseñado el italiano y el frances, y algunos de los autores mas populares de estas dos lenguas adornaban su pequeña librería. Tambien la habia querido enseñar música; mas como empezó por las doctrinas mas abstractas de la ciencia, y tal vez él mismo no las entendia bien, se limitaron los progresos de Rosa á poder acompañar su voz con el clave; y aun esto no era muy comun en Escocia por aquel periodo. En compensacion, cantaba con gran gusto y conocimiento, y con un respeto al sentido de las palabras, que podria dar ejemplo á señoras de talento músico muy superior al suyo. Su razon natural la enseñaba que si, como nos asegura una autoridad respetable, la música „se casa con el inmortal verso,” frecuentemente los divorcian los profesores con la mayor ignominia. Acaso esta sensibilidad á la poesia, y la facultad de combinar su expresion con la de las notas musicales, hacia que los no inteligentes en música, y aun muchos de los inteligentes, oyeran su canto con mas

gusto que el que podrian proporcionarles una voz mas bella y una ejecucion mas brillante, sin la misma delicadeza de afectos.

Las ventanas de Rosa daban á una galería, que revelaba otra de sus ocupaciones, pues estaba llena de flores de varias clases, que ella habia tomado bajo su especial proteccion. Una torrecilla saliente daba paso á aquel balcon gótico, desde el cual se gozaba la mas hermosa perspectiva. El jardin con sus elevadas tapias yacia debajo, y parecia reducido á un mero cuadro de arbustos y flores; mientras la vista se extendia mas allá por una barranca boscosa, en que á intervalos era visible el rio, ocultándose á veces entre la arboleda. Llamaban la atencion varias peñas informes ó agudas que salian de la barranca, ó la fijaba la torre noble, aunque ruinosa, que desde allí aparecia en toda su dignidad, dominando al rio desde el promontorio que formaba su base. A la izquierda se veian dos ó tres chozas de la aldea, y las demas quedaban ocultas por la ceja del monte inmediato. La barranca terminaba en una laguna llamada Loch Veolan, en la cual entraba el riachuelo, y entónces reflejaba el brillo del sol en occidente. El campo distante presentaba una superficie abierta y variada, aunque no boscosa, y solo interrumpia la vista una cordillera de montes lejanos y azules, que formaban el límite meridional del valle. En aquel hermoso mirador sirvieron el café por disposicion de Miss Bradwardine.

La vista de la torre antigua introdujo algunas anécdotas de familia y hechos de caballería escocesa que contó el Baron con mucho entusias-

mo. El pico saliente de un despeñadero vecino á ella se llamaba la silla de San Swithin, y era objeto de una superstición peculiar, sobre la que mencionó Mr. Rubrick algunos pormenores curiosos, que recordaron á Waverley un verso que cita Edgar en el *Rey Lear*; y ambos pidieron á Rosa cantase una leyenda en que los había entretejido algun poeta de aldea, que

Cual su familia mísera ignorado,
salvó nombres ajenos del olvido,
y dejó sin cantar el propio suyo.

La dulzura de su voz, y la sencilla gracia de su música dieron á aquellos versos toda la ventaja que pudo apetecer su autor, y que ciertamente necesitaban mucho. Dudo si pueden leerse con paciencia, privados de aquellos auxilios; aunque sospecho que Waverley corrigió algo la siguiente copia; para acomodarse al gusto de los que repugnan la pura antigüedad:

La silla de San Swithin.

En víspera de difuntos,
ántes que os deis al descanso,
cuidad de que vuestro lecho
se bendiga de antemano.
Signadlo con muchas cruces
y repasad el rosario,
rezad la *Salve Regina*,
y decid el Credo santo.
Porque la bruja nocturna
entonces vagá en el campo
envuelta en obscura nube,

ya esté el viento fuerte ó manso,
ó por el aire navega
de triste luna en los rayos.

De San Swithin en la silla
la dama se habia sentado,
y de la noche el rocío
mojábala el peto largo.

Palida estaba su frente;
mas firme y determinado
era el mirar de sus ojos
y el acento de su labio.

Las palabras repetia
de San Swithin denodado,
cuando solo á media noche
el bosque nollaba descalzo,
y á la Bruja vil detuvo,
en su nocturno caballo,
y á descender obligóla,
y á entrar en solemne pacto.

De San Swithin en la silla
el que se hallare sentado
cuando la Bruja nocturna
gira por el aire vano,
si tres preguntas la hiciere,
tendrá respuesta en el acto.

El Baron habia seguido
al rey Roberto su amo
en las batallas y sitios
por tres larguissimos años.
Faltan ya noticias suyas;
y la dama fiel; en vano
pregunta si muere ó vive,
y nadie puede aclararlo.

Vedla! tiembla y se detiene
al pronunciar el encanto.

¿Tal vez del pálido buho
la turba el chillido aciago?

¿O ese fúnebre sonido
entre risa, grito y llanto,
será la voz del demonio,
que infesta el oscuro lago?

Yace del viento el rugido
en silencio sepultado,
y el estruendoso torrente
detuvo su curso ráudo.

La calma fué mas tremenda
que el huracan irritado,
cuando sobre niebla fria
vino el espectro volando!

* * * * *

Siento dejar en suspenso á la concurrencia, y sobre todo al capitan Waverley que atiende con tan laudable gravedad; pero este solo es un fragmento, aunque creo siguen otros versos, en que se dice cómo volvió el Baron de la guerra, y cómo encontraron á la dama „helada en el suelo frio.”

„Esa, dijo Mr. Bradwardine, es una de las ficciones con que se deformó en tiempos de supersticion la historia primera de muchas familias distinguidas; así como la de Roma y otras naciones antiguas tuvo sus prodigios, que podeis leer en las historias viejas, ó en la pequeña obra compilada por Julio Obsequens, y dedicada por el sabio editor Scheffer á su patron Benedicto Skytte, Baron de Dudershoff.”

„Mi padre es demasiado incrédulo respecto de lo maravilloso, capitán Waverley, y una vez se mantuvo firme, cuando un sínodo entero de teólogos presbiterianos echó á correr espantado por una súbita aparición del espíritu maligno.“

Miróla Waverley como si quisiera oír mas.

„¿Conque debo contar mi cuento, como he cantado mi cancion? Pues bien; á ello. Hace tiempo que vivia una vieja llamada Janet Gellatly, de la cual se sospechaba que era bruja, por los infalibles fundamentos de que era muy vieja, muy fea y muy pobre, y tenia dos hijos, uno poeta y otro fatuo, lo que toda la vecindad atribuia á castigo del cielo por sus hechicerias. Tuviéronla presa una semana en el campanario de la iglesia parroquial, la tasaron la comida, y no la dejaron dormir, hasta que ella quedó tan persuadida de que era bruja como sus acusadores; y en tan lúcida y feliz disposicion mental la sacaron á confesar sus hechicerias en presencia de todos los caballeros whigs y ministros de las inmediaciones, que no eran del número de los conjuradores. Mi padre concurrió con el objeto de hacer que se jugara limpio entre los clérigos y la bruja, porque esta habia nacido en sus tierras. Empezó la bruja á confesar que el enemigo se le aparecía y la cortejaba en figura de un gallardo negro, lo que hacia poco honor al gusto de Satanas, para quien viera la vejez y lagañas de la pobre Janet; y mientras el auditorio atendia con asombro, y el notario extendia la confesion con mano trémula, mudó ella el tono bajo y balbuciente con que hablabá en un agudísimo chillido, y exclamó: „Mirad

por vosotros! Mirad por vosotros! Ahí veo al espíritu maligno sentado en medio de vosotros." La sorpresa fue general, y el terror y la fuga fueron sus consecuencias inmediatas. Tuvieronse por dichosos los que se hallaban junto a la puerta, y muchos sombreros, gorilas, vueltas y pelucas naufragaron antes que sus dueños pudieran salir de la iglesia, en la cual dejaron al obstinado preladista que se compusiera de su cuenta y riesgo con la bruja y su feliz amante."

"*Risu solvuntur tabulae*, dijo el Baron; cuando volvieron de su terror pánico, estaban demasiado avergonzados para revivir el proceso de Janet Gallatly."

Esta anecdota produjo una larga discusion de todas las profecias, creencias y supersticiones vulgares. Con tal conversacion, y las leyendas novelescas que introdujo, termino la segunda noche de nuestro heroe en la casa de Tully-Weolan.

CAPITULO XIV.

Descubrimiento.—Domesticase Waverley en Tully-Weolan.

A la mañana siguiente se levantó Eduardo temprano, y dando un paseo al rededor de la casa y sus inmediaciones, se encontro de repente en un patio frente á la casilla de los perros, donde estaba ocupado su amigo Davie en la asistencia de sus cuadrupedos subalternos. Al acercarse Eduardo lo reconoció, y volviendole al punto la espalda, como

si no lo hubiera visto, empezó á cantar unas coplas antiguas del tenor siguiente.

Los jóvenes te amarán
con mas ardor y eficacia;
*¿No escuchas con qué alegría
ese pajarillo canta?*

Pero el amor de los viejos
tiene mas peso y constancia,
*y el tordo su cabecita
oculta bajo del ala.*

La cólera del mancebo
es como en la lumbre paja;
*¿No escuchas con qué alegría
ese pajarillo canta?*

Mas como hierro encendido
es del anciano la saña;
*y el tordo su cabecita
oculta bajo del ala.*

En la mesa por la noche
su pendencia el jóven arma;
*¿No escuchas con que alegría
ese pajarillo canta?*

Pero el anciano desnuda
al amanecer la espada,
*y el tordo su cabecita
oculta bajo del ala.*

Waverley no pudo ménos de observar el énfasis satírico que daba el fatuo á estos versos. Acercósele, pues, y procuró con muchas preguntas averiguar si encerraban algun misterio; pero Davie tenía pocas ganas de explicarse, y suficiente sagacidad para excusar su malicia con su mon-

tecaz. Lo mas que Eduardo pudo sacarle fué que el Laird de Balmawhapple habia vuelto á su casa con las botas llenas de sangre. Poco despues halló en el jardín al mayordomo, quien ya no trató de ocultarle que á veces trabajaba en los cuadros de flores para complacer al Laird y á Miss Rosa. Una serie de preguntas hizo descubrir finalmente á Eduardo con harta sorpresa y rubor que la satisfaccion dada por Balmawhapple habia resultado de un encuentro que tuvo con el Baron, cuando él aun dormia, en que el campeón mas jóven salió desarmado y herido en el brazo derecho.

Mortificadísimo Eduardo con tal descubrimiento, buscó á su amigo y patron, y le reclamó por haberse anticipado á su entrevista con Mr. Falconer; circunstancia que atendida su juventud y la carrera de las armas que seguia, podia ser interpretada muy siniestramente en perjuicio de su honor. El Baron se justificó mas largamente de lo que yo quiero referir. Alegó que la camorra les era comun, y que segun las leyes del honor, no podia Balmawhapple *eviter* darles satisfaccion á los dos, lo que habia hecho en su caso con un combate honroso, y respecto de Eduardo con una *patinade* que hizo innecesario el uso de la espada, y que aceptada ya por él, debia necesariamente *sopiter* aquel asunto. Tal explicacion acalló á Waverley, si no lo satisfizo; pero no pudo menos de manifestar cierto disgusto con el bendito oso que habia dado margen á la quimera, indicando que no era muy propio el venerable epíteto con que lo santificaban. El Baron respondió no

poder negar que „el oso, aunque los blasonistas lo reputaban emblema honorífico, tenia mucho de fiero, bufon é impertinente en su carácter, (como podia verse en los *Hieroglyphica Animalium*, por Archibaldo Simpson, cura de Dalkeith,) y por lo mismo fué tipo de muchas quimeras y disensiones que habian ocurrido en la casa de Bradwardine; entre las cuales, „añadió, podria yo conmemorar la funesta disension que tuve con Sir Hew Halbert, primo tercero mio por parte de madre, que tuvo la indiscrecion de mofar mi apellido, suponiéndolo *quasi Bear-Warden*, (cuidador de osos), chanza groserisima, pues insinuaba que el primer fundador de nuestra casa tenia ocupacion tan baja como la de cuidar bestias feroces, lo que, segun habreis observado, es incumbencia peculiar de los plebeyos mas viles; pudiéndose ademas inferir de ella que nuestro escudo de armas no se habia ganado con hazañas honrosas en la guerra, sino que se nos dió por via de *paronomasia* ó burla de nuestro apellido, lo cual llaman los franceses *armoires parlantes*, los latinós *arma cantantia*, y las autoridades inglesas blason parlante; y es en realidad un embrollo mas propio de gitanos, saltimbanquis y otros bribones parecidos, cuya gerigonza se funda en juegos de palabras, que parte de la noble, honrosa y útil ciencia del blason, que señala armas á los caballeros, como recompensa de acciones altas y generosas, y no para hacer cosquillas al oido con equívocos indecentes, como los que se hallan en los libros de chistes.” Sobre su cuestion con Sir Hew, solo añadió que se habia terminado como correspondía.

He sido tan minucioso al describir los pasatiempos de Tully Veolan, en los primeros dias que pasó allí Eduardo, para que el lector se penetre bien de los caracteres de sus habitantes, y ya no es necesario seguir con la misma exactitud los progresos de su trato con nuestro héroe. Es probable que un jóven acostumbrado á sociedad mas alegre, se habria fastidiado con la conversacion de un heraldista tan obstinado como el Baron; pero Eduardo halló una variedad grata en la de Miss Bradwardine, que recogia con ansia sus observaciones literarias, y mostraba un gusto muy delicado en sus respuestas. La dulzura de su carácter la habia hecho someterse con docilidad y aun complacencia á las lecturas que su padre la habia prescrito, aunque no solo comprendian varios libros pesados en folio de historia, sino ciertos volúmenes gigantescos sobre materias eclesiásticas. Por fortuna, quedó satisfecho con la poca tintura del blason que pudiera adquirir leyendo los dos tomos en folio de Nisbett. Rosa era ciertamente la niña de los ojos de su padre; su constante amabilidad, su atencion á todos los pequeños obsequios que tanto gustan á los que jamas habrian pensado en exigirlos, su belleza, que le recordaba las facciones de su amada esposa, su piedad sincera y la noble generosidad de su carácter, hubieran justificado el afecto del padre mas ciegamente apasionado.

Empero su anhelo en favor de ella parecia no llegar al punto en que, segun la opinion general, se demuestra del modo mas decisivo, y era el de trabajar para establecerla en vida ó con un

buen dote, ó con un matrimonio ventajoso. Una fundacion antigua disponia que las propiedades territoriales del Baron pasaran casi todas, cuando él muriese, á un pariente lejano suyo; y se suponía que Miss Bradwardine no quedaria muy provista de recursos, porque los asuntos pecuniarios del buen caballero habian estado muchos años bajo la exclusiva direccion del Baillo Macwheeble, para que su herencia personal pudiese fundar ningunas esperanzas brillantes. Es verdad que dicho Baillo amaba á su patron y á la hija de este, (aunque á incomparable distancia) despues de sí mismo. Aun creyó posible eludir lo dispuesto en la fundacion á favor de la linea masculina, y obtuvo en el particular (sin honorario, segun decia) la opinion favorable de un jurisconsulto eminente de Escocia, con el cual se aconsejó en este asunto, al consultarla algunos otros. Pero el Baron ni por un instante quiso dar oido á semejante propuesta. Por el contrario, parecia gozar una satisfaccion perversa en jactarse de que la baronia de Bradwardine era un feudo masculino, pues su carta primera se dió en el periodo lejano en que las mugeres se reputaban incapaces de obtener una concesion feudal; porque segun las *Customs de Normandie, C'est l'homme ki se bast et ki conseilie*; ó segun expresan con ménos cortesía otros autores, cuyos bárbaros nombres se deleitaba en citar de principio á fin, porque una muger no podia servir á su superior ó señor feudal en la guerra, por el decoro de su sexo, ni ayudarlo con sus consejos por su limitada inteligencia, ni guardarle sus secretos, por la flaqueza natural de

su carácter. Preguntaba en tono de triunfo, si podría convenir á una muger y á una Bradwardine, que la vieran ocupada *in servitio exuendi, seu detrahendi caligas regis post battaliam?* Esto es, de quitar las botas al rey despues de un combate, que era el servicio feudal que él debia prestar por la baronía de Bradwardine. „No, decia, sin duda, *procul dubio*, han quedado excluidas muchas mugeres de igual mérito que Rosa para dar lugar á mi sucesion, y no permita el cielo que yo contravenga al destino de mis abuelos, ó perjudique á los derechos de mi pariente Malcolmo Bradwardine de Inchgrabbit, ramo honrado de mi familia, á pesar de que yace abatido.”

Cuando el Bailío, como primer ministro, recibió esta comunicacion decisiva de su soberano, no se atrevió á insistir en el asunto, y se limitó á deplorar cuando se ofrecia la obstinacion del laird con Saunderson, ministro del interior, y á formar planes para casar á Rosa con el jóven laird de Balmawhapple, que tenia una buena posesion, solo con moderados gravámenes, y era un caballero jóven intachable, sobrio como un santo, (si guardaban al aguardiente de él, y á él del aguardiente,) y que en una palabra, no tenia mas defecto que el de acompañarse á veces con gente non sancta, como Jink'er el picador, y Gibby Gaethroughwit, el gaitero de Cupar; „de cuyas imperfecciones, Mr. Saunderson, se enmendará, se enmendará,” pronunciaba el Bailío.

„Como la cerveza agria en verano,” añadia Davie Gellatly, que por casualidad estaba mas

cercano al cónclave de lo que ellos se figuraban.

Miss Bradwardine, tal como la hemos descrito, llena de la sencillez y curiosidad propias de una reclusa, aprovechó la oportunidad que presentaba la visita de Eduardo para acrecentar su tesoro literario. Waverley envió por algunos de sus libros, que la abrieron fuentes de goces, de que ántes no tenia idea. Los mejores poetas ingleses de todos géneros, y otras obras de bella literatura formaban parte de aquel precioso cargamento. Por él abandonó su música y aun sus flores, y Saunderson no solo se resentia por ello, sino empezó á rebelarse contra una tarea por la cual apenas se le daban ya las gracias. Estos nuevos placeres fueron aumentándose gradualmente por su comunión con otra persona de gusto análogo al suyo. La complacencia con que Eduardo comentaba, recitaba ó explicaba algunos trozos difíciles, hacia inapreciable su auxilio, y la singular novela de su fantasía deleitaba á una jóven demasiado inexperta para observar sus defectos. En las materias que le interesaban, y cuando tenia libertad para explicarse, poseia Waverley aquella elocuencia natural, y á veces florida, que se supone igualmente poderosa para ganar el corazón de las mugeres, que la figura, moda, fama ó fortuna de sus admiradores. Por lo mismo, aquella constante comunicacion amenazaba la paz de la pobre Rosa con un peligro que se hacia mas inminente, porque su padre estaba demasiado abstraído en sus estudios y planes, y envuelto en su propia dignidad, para pensar en que lo corriera su tri-

ja. En su opinion, las hijas de la casa de Bradwardine, como las de Borbon ó Austria, se hallaban colocadas en una altura superior á las púbes de pasiones que ofuscaban los ánimos de otras mugeres mas ordinarias: se movian en otra esfera, las regian otros afectos, y reconocian reglas diferentes de los caprichos de una inclinacion fantástica y ociosa. En fin, cerró tan reueltamente sus ojos á las consecuencias naturales del trato íntimo de Eduardo con Miss Bradwardine, que toda la vecindad infirió que los tenia abiertos á las ventajas del casamiento de su hija con el opulento jóven ingles, y lo calificaron por ménos tonto de lo que siempre se habia mostrado en materia de intereses.

Con todo, si el Baron hubiera meditado en realidad semejante alianza, la indiferencia de Waverley habria sido un obstáculo insuperable para sus proyectos. Nuestro héroe, cuando adquirió algun conocimiento mas del mundo, habia recordado con gran vergüenza y confusion su leyenda mental de Santa Cecilia, y la mortificacion que tales reflexiones le causaban debia contrapesar, al ménos por algun tiempo, la susceptibilidad natural de su carácter. Además, Rosa Bradwardine, aunque bella y amable como la hemos descrito, no tenia precisamente aquella especie de belleza ó mérito que cautiva la imaginacion novelesca de un jóven. Era demasiado ingenua, confiada y bondadosa; cualidades amables sin duda, pero incombinables con el encanto maravilloso que un jóven de imaginacion gusta de atribuir á la señora de sus afectos. Có-

no era posible inclinarse, temblar y adorar á la tímida niña, que ya suplicaba á Eduardo la tajasen una pluma, ya que la construyese una estancia del Taso, ó le enseñase á deletrear alguna palabra muy larga en la version que hacia de ella? Todos estos incidentes minuciosos tienen su fascinacion en cierto periodo de la vida; pero no cuando la juventud entra en ella, y busca mas bien objetos cuyo afecto la dignifique á sus propios ojos, y no personas que esperen obtener de ella una distincion semejante. Por esto, aunque en una pasion tan caprichosa no pueda haber regla fija, vemos que el amor temprano es ambicioso en la eleccion de su objeto, ó lo que es igual, le elige con circunstancias, que (como en el caso indicado de Santa Cecilia) dejan extenso campo á la belleza ideal, que siempre se disminuye y deteriora con la realidad de un trato familiar é íntimo. Yo conocí á un jóven sensible y de mucho talento que se cayó de la violenta pasion que le habia inspirado una muchacha bonita, cuyos talentos no igualaban á su figura, solo por haber pasado á solas con ella toda una tarde. Ciertamente, si Eduardo hubiera tenido igual ocasion de tratar á Miss Stubbs, habrian sido innecesarias las precauciones de la tia Raquel, y era tan fácil que de ella se enamorase, como de la muchacha lechera. Aunque Miss Bradwardine tenia muy diferente carácter, parece probable que la misma intimidad de su trato le impedia profesarle otro afecto que el de un hermano á una hermana amable y llena de gracias, al paso que la po-

bre Rosa le iba tomando gradualmente y sin conocerlo un afecto mas interesado y vivo.

Olividábame de mencionar que Eduardo habia solicitado y obtenido próroga de su licencia. Pero la carta de su comandante contenia una recomendacion amistosa de que no pasara su tiempo exclusivamente con personas que, aunque estimables por su mérito, no podian suponerse afectas al gobierno, pues se negaban á reconocerlo, prestándole juramento de fidelidad. Además, le insinuaba con mucha delicadeza que aunque algunas conexiones de familia exigiesen que el capitán Waverley tratase con caballeros sospechosos al gobierno, la situacion y deseos de su padre debian impedir que sus atenciones degenerasen en una intimidad exclusiva. Decíale por último, que sus principios políticos se hallaban comprometidos por su trato con personas de la clase indicada, y además podia recibir impresiones erroneas en asuntos religiosos por los clérigos preladistas, que trabajaban tan perversamente en sostener la prerogativa real de intervenir en materias sagradas.

Es probable que esta última insinuacion indujo á Waverley á atribuir las todas á las preocupaciones de su jefe. Recordaba que Mr. Bradwardine habia obrado con la mayor delicadeza, no entrando jamas en discusiones que pudiesen tender ni remotamente á prevenir su ánimo en opiniones politicas, aunque no solo era partidario decidido de la familia expulsada, sino que en varios tiempos se le habian confiado comisiones importantes en servicio suyo. Penetrado, pues,

de que ningun peligro de seduccion amenazaba á su fidelidad, creyó hacer una injusticia al amigo anciano de su tio con salir de una casa donde estaba tan bien hallado y recibido, solo por satisfacer una sospecha injusta de su comandante. Contestóle, pues, en términos muy generales que su lealtad no corria ni aun el peligro mas remoto de contaminarse, y continuó siendo huésped favorecido en la quinta de Tully-Veolan.

CAPITULO XV.

Una irrupcion, y sus consecuencias.

Eduardo habia posado ya seis semanas en Tully Veolan, cuando una mañana al dar su paseo de costumbre ántes del almuerzo, observó en la familia síntomas de perturbacion extraordinaria. Cuatro muchachas lecheras, descalzas de pié y pierna, cada una de las cuales llevaba en la mano una colodra vacia corrian con gestos de loras, profiriendo con exclamaciones ruidosas de sorpresa, dolor y resentimiento. Su aspecto hubiera persuadido á un pagano que veia un destacamento de las famosas Belides, al concluir su penitencia ordinaria. Como nada podia sacarse de aquel azorado coro sino „el Señor nos guie!” y „¡Ah Señor!” eyaculaciones que no daban luz alguna sobre la causa de su afliccion, ocurrió Waverley al patio principal, y vió que el Bailío Macwheeble venia por la calle de árboles al trote de su jaca tordilla con toda la velocidad posible. Parecia venir á un llamado urgente, y le seguian.

unos cuantos rústicos de la aldea, que sin dificultad venían al mismo paso.

El Bailio, demasiado cuidadoso y lleno de su propia importancia para entrar en explicaciones con Eduardo, hizo llamar á Mr. Saunderson, que se presentó con una cara en que se mezclaban la solemnidad y el desaliento, y al punto entraron los dos en conferencia reservada. Veíase también en el grupo á Davie Gellatly, ocioso como Diógenes en Sinope, mientras sus compatriotas se preparaban á sostener un sitio. Excitábase cualquier ocurrencia buena ó mala que producía movimiento, y anduvo brincando, bailando y cantando el estribillo de una canción antigua,

„Ya nuestros bienes volaron,”

hasta que al pasar junto al Bailio recibió una insinuación monitória de su chirrion, que convirtió su canto en lágrimas y lamentos.

De allí pasó Waverley al jardín, y vió al Barón en persona, que media y remedia la longitud del terrado con pasos tremendos y presurosos; la indignación y el orgullo ofendido nublaban su semblante, y todo su aspecto parecía indicar que cualquier pregunta sobre la causa de su agitación le sería desagradable, si no ofensiva. Por lo mismo, Waverley entro sin hablarle á la casa, y encontró en el comedor á su amiga Rosá, que si no manifestaba el sentimiento de su padre, ni la importancia inquieta del Bailio Macwhibble, ni la desesperación de las lecheras, parecía sin embargo agitada y pensativa. Una sola palabra suya explicó todo aquel misterio. „Vuestro almuer-

zo, capitán Waverley, será poco agradable. Una cuadrilla de *catheranes* cayó anoche sobre nosotros y nos ha llevado todas las vacas de leche.

„¿Una cuadrilla de *catheranes*?”

„Sí; ladrones de las montañas vecinas. Estuvimos libres de ellos mientras pagábamos *malla-negra* á Fergus Mac-Ivor Vich Iaa Vohr; pero mi padre juzgó que la continuacion de tal pago era indigna de su clase y nacimiento, y así nos ha ocurrido esta desgracia. No siento, capitán Waverley, el valor del ganado; pero mi padre se halla tan resentido por este insulto, y es tan audaz y exaltado, que temo intento recobrarlo por fuerza; y si en tal empresa no queda lastimado, lastimará algún salvaje de esos, y no volveremos á estar en paz con ellos en toda nuestra vida; y no podemos defendernos como en otro tiempo, habiéndonos quitado el gobierno todas las armas; y mi caro padre es tan arrojado.... ¡Oh! ¿Qué será de nosotros?—Aquí la pobre Rosa no pudo ya reprimirse, y prorumpió en un torrente de lágrimas.

En aquel momento entró el Baron, y la riñó con una aspereza que jamás le había visto Waverley usar con persona alguna. ¡No es una vergüenza, la dijo, que en presencia de un caballero te pongas á llorar por unas vacas de leche, como si fueras hija de un labrador de Cheshire!—Capitán Waverley, debo pedirles que interpreteis favorablemente su afición, que solamente puede ó debe originarse de ver expuestas las posesiones de su padre á *sputzias* y depredaciones

de ladrones ordinarios y *sornars*, porque se nos veda tener una docena de fusiles con que defendernos ó escarmentarlos.”

Entonces entró el Bailío Macwheeble, y confirmó esta parte de la arenga, informando al Barón con melancólico acento, que aunque los aldeanos obedecerian ciertamente las órdenes de Su merced, era inútil su buena disposicion, pues solamente los criados de Su-merced tenian espadas y pistolas, y los ladrones eran doce montañeses completamente armados al estilo de su pais. Despues que dió tan triste noticia, tomó una postura de afliccion silenciosa, moviendo lentamente su cabeza como una péndula que cesa de vibrar, y luego permaneció inmóvil, formando con sus piernas y cuerpo un ángulo mas agudo que el ordinario.”

Entretanto el Barón se paseaba con indignacion silenciosa, hasta que fijó la vista en un retrato viejo, que representaba un caballero armado de piés á cabeza, cuyas facciones ásperas medio salian de un cúmulo de cabellos, que en parte le caian de la cabeza á los hombros, y en parte le bajaban de la barba y labio superior al peto. „Ese caballero, capitán Waverley, era mi abuelo, y con doscientos caballos que levantó en sus propias tierras, desbarató y puso en fuga á quinientos y mas de esos *reivers* montañeses, que siempre han sido *lapis offensionis et petra scandali* para sus vecinos de las llanuras. Derrotólos, repito, cuando tuvieron la temeridad de bajar al saqueo de este pais en tiempo de las disensiones civiles en el año de gracia seiscientos cua-

renta y dos. Y hoy, señor mio, yo, nieto suyo, me veo tratado así por tan indignas manos."

Aquí hubo una pausa pavorosa, despues de la cual, empezaron todos los concurrentes á dar pareceres contradictorios, como siempre sucede en los casos dificiles. Alexander ab Alexandro queria enviar algun agente á transigir con los catharanes, que sin duda volverian su presa, pagándoles un peso por cada vaca. El Bailío opinó que una transacion semejante equivalia á *thief-boot*, ó composicion de felonía; y propuso enviar algun testafierro astuto que fuese á comprar las vacas por lo ménos posible, de modo que el Laird no apareciera en tal asunto. Eduardo opinó que se enviase á pedir á la guarnicion mas inmediata una partida de tropa y un mandamiento judicial; y Rosa insinuó en los términos que la permitia el temor de su padre, que convendria pagar los caidos del tributo á Fergus Mac Ivor Vich Ian Vohr, quien, como todos sabian, haria fácilmente restituir el ganado, si lo propiciaban como correspondia.

El Baron desaprobó todas aquellas propuestas. La idea de una transacion directa ó indirecta le parecia vil é ignominiosa; la de Waverley probaba su ningun conocimiento de la situacion del pais, y de los partidos políticos que lo dividian; y en el estado de sus relaciones con Fergus Mac-Ivor Vich Ian Vohr, no queria el Baron hacerle concesion alguna, „aunque fuese, decia, para lograr la restitucion *in integrum* de cuanto habia robado su clan ó tribu, desde los dias de Malcolm Canmore."

En una palabra, estaba por la guerra, y proponia enviar expresos á Balmawhapple, Killancureit, Tiliellum y otros Lairds que se hallaban expuestos á depredaciones semejantes, invitándolos á unírsele para perseguir á los ladrones, y entonces, decia, „esos *nebulones nequissimi*, como los llama Lesleo, sufrirán la suerte de Caco su predecessor,

Elisos oculos, et siccum sanguine guttur.”

El Bailio, que en manera alguna gustaba de tales opiniones belicosas, sacó un inmenso reloj, parecido en color y casi en tamaño á un calentador de peltre, y observó que ya era mas de medio dia, y que los catheranes iban ya por el paso de Ballybrough poco despues de salido el sol; de modo que ántes que se reuniesen las fuerzas aliadas, ellos y su presa estarian ya fuera del alcance mas activo, y guarecidos en sus imandables desiertos, donde ni era prudente seguirlos, ni posible dar con ellos.

Esta proposicion era innegable. Disolvióse, pues el consejo sin haber tomado resolucion alguna, como ha sucedido á muchos consejos de mayor importancia; y solo se determinó que el Bailio enviara para el uso de la familia del Baron las tres vacas de leche que tenia, é hiciera cerveza floja para sustituir la leche en su casa. Saunderson propuso esta medida, en la que el Bailio convino gustoso, tanto por su deferencia habitual á la familia, como por una íntima conviccion de que tal obsequio le seria pagado con mucha usura, de un modo ú otro.

Retiróse tambien el Baron á dar algunas dis-

posiciones, y Waverley aprovechó la oportunidad que se ofrecía para preguntar si ese Fergus de impronunciable nombre era el principal cogedor de ladrones en aquel distrito?

„Cogedor de ladrones!” respondió Rosa riéndose; es un caballero de mucho honor y consecuencia; el caudillo de una rama independiente de un poderoso clan montañés, y le respetan mucho, tanto por su poder, como por el de sus parientes y aliados.”

„Pues qué tiene que ver con los ladrones? ¿Es magistrado ó juez de paz?”

„Mas bien juez de guerra, si es que los hay, dijo Rosa; porque es vecino muy turbulento para sus *no amigos*, y sostiene una *comitiva* mayor que otros muchos tres veces mas ricos. No puedo explicar bien su conexión con los ladrones; pero sé que el mas atrevido entre ellos jamas robará una res á quien pague *malla-negra* á Vich Ian Vohr.”

¿Y qué es *malla-negra*?”

„Una especie de tributo que los caballeros de las llanuras vecinas á las montañas pagan á algun jefe montañés, para que ni él los perjudique, ni permita que otros lo hagan; y entónces, si ocurre algun robo de ganado no hay mas que avisarle, y lo recobra; ó bien hace arriar las vacas de algun punto lejano donde tenga alguna quimera, y las da á su tributario para indemnizarlo de las reses perdidas.”

„Y qué? ¿admiten en la sociedad y llaman caballero á ese montañés perdona-vidas?”

„Y tanto, que la incomodidad entre mi padre

y Fergus Mac-Ivor empezó en una junta de condado, en que pretendia lugar preferente á todos los caballeros de los llanos que estaban allí, y solo mi padre no quiso consentirla. Entónces echó en cara á mi padre que se habia puesto bajo su bandera, y le pagaba tributo; y mi padre se puso furioso, porque el Bailío Macwheeble, que maneja esos asuntos á su modo, le habia ocultado la tal *malla negra*, poniéndosela en su cuenta por cupo de contribucion. Y se hubieran batido; pero Fergus Mac-Ivor dijo muy cortesmente que jamas levantaria la mano para un viejo tan respetado como mi padre.—¡Cuánto diera yo porque hubieran continuado amigos!”

„Y decid, Miss Bradwardine, ¿babeis visto alguna vez á ese Mac-Ivor, si así se llama?”

„No, ese no es su nombre; y consideraria como una especie de insulto el que lo llamaran *Mas-ter*; pero vos sois inglesa, y no sabeis estas cosas. Los llaneros lo distinguen, como á otros caballeros, por el nombre de su posesion, que es *Glen-naquoich*, los montañeses lo llaman *Vich Ian Vohr*, que significa *Hijo de Juan el Grande*; y nosotros que estamos entre llanos y montañas, lo conocemos por cualquiera de los dos nombres.”

„Temo que mi lengua inglesa jamas podrá reducirse á darle ni uno ni otro.”

„Pero es un sujeto muy fino y gallardo, continuó Rosa, y su hermana Flora es una de las señoritas mas hermosas y prendadas que hay en este pais: se educó en un convento de Francia, y era grande amiga mia antes de esa infausta disputa. Querido capitán Waverley, emplead vuestro

influjo con mi padre para que todo se termine. Estoy segura de que ese es el origen de nuestras incomodidades; porque Tully-Veolan jamas ha sido habitacion segura ó tranquila cuando hemos llevado poca armonía con los montañeses. Tenia yo unos diez años cuando en estas inmediaciones hubo una escaramuza entre veinte de ellos y mi padre y sus criados; tan cerca, que las balas rompieron varios vidrios de las ventanas al Norte. Murieron tres de los montañeses, y los trajeron acá envueltos en sus capas, y los pusieron en el enlosado del salon; á la mañana siguiente vinieron sus mugeres é hijas enclavijando las manos y gritando el *coronach* con muchos alaridos, y se llevaron los cadáveres, precedidos por las gaitas que iban tocando. En seis semanas me fué imposible dormir con sosiego, y cada rato me espantaba, creyendo escuchar aquellos terribles gritos, y ver los cuerpos muertos tirados en la escalera, tiesos y renegridos, en sus barraganes ensangrentados. Pero despues de aquel suceso vino una partida de tropa de Stirling con una órden del justicia ú otro gran personage como él, y se llevó todas nuestras armas; y en tal estado, ¿cómo podremos defendernos si bajan con alguna fuerza?"

Waverley no pudo ménos de conmoverse al oír aquella narracion tan semejante á una de sus visiones favoritas. Aquella niña de diez y siete años escasos, la mas tierna de su sexo, tanto en aspecto como en carácter, habia presenciado con sus propios ojos una escena de las que él acostumbraba conjurar en su fantasia, como solo propia de los tiempos antiguos. Sintió á la vez el impul-

so de la curiosidad y aquella leve sensacion de peligro que solo sirve para realzar su interes. Podia decir con Malvolio: „Ya no soy el juguete de una imaginacion exaltada. Me hallo actualmente en el pais de aventuras militares y novelescas, y solo está por ver la parte que deberé tomar en ellas.”

Todas las circunstancias que acababa de saber le parecian igualmente nuevas y extraordinarias. Le habian hablado muchas ocasiones de los bandidos montañeses, pero no tenia idea del modo sistemático y audaz con que dirigian sus depredaciones, y aun ménos de que estas fuesen disimuladas y aun protegidas por muchos caudillos del pais, que no solo consideraban útiles aquellas *creaghs* ó irrupciones para aguerrir á los individuos de sus clanes, sino tambien para mantener un saludable terror entre sus vecinos de los llanos, y sujetarlos, como hemos visto, á un tributo, so color de protegerlos.

El Bailie Macwheeble, que entró poco despues, se extendió todavia mas sobre el propio asunto. La conversacion de aquel honrado personage estaba completamente formada sobre la práctica de su profesion. Aseguró á nuestro héroe que „desde los tiempos mas remotos que se recordaban, los desalmados ladrones, los tunantes y perdidos de las montañas, habian estado asociados en razon de sus apellidos para cometer diversos robos y excesos contra los hombres de bien de los llanos, y no solo se metian en disponer á su torpe arbitrio de todos sus bienes y efectos, trigo, ganado mayor, caballos, ovejas y propiedades interiores y ex-

teriores, sino que tambien hacian prisioneros, les exigian rescates, ó los comprometian á dar prendas y fianzas de que se restituirían despues al cautiverio; todo lo cual se hallaba directamente prohibido en diversas partes del libro de estatutos, por la resolucion mil quinientas sesenta y siete y otras varias; cuyos estatutos y demas disposiciones posteriores y futuras concordantes con ellos, hollaban y vilipendiaban ignominiosamente los dichos ladrones, tunantes y perdularios, asociados entre sí para los expresados objetos de robo, fuerza, incendio, asesinato, *reptus mulierum*, ó conduccion por fuerza de mugeres, y otros semejantes á los mencionados.

Parecia sueño á Waverley que tales violencias fuesen tan familiares á los ánimos, y que se hablase ordinariamente de ellas como de ocurrencias consiguientes al orden comun de las cosas, y que diariamente se veian en la vecindad inmediata. Parecíale sueño, repito, ver y oír tales escándalos, sin haber atravesado los mares, y cuando aun se hallaba en la isla de la Gran Bretaña, pais muy bien gobernado bajo otros aspectos.

CAPITULO XVI

Preséntase un aliado que no se esperaba.

El Baron volvió á la hora de comer, y habia recobrado en mucha parte su compostura y buen humor. No solo confirmó cuanto Rosa y el Bailie Macwheeble habian dicho á Eduardo, sino síla-

dió muchas anécdotas, hijas de su experiencia personal, y relativas al estado de las montañas y á sus habitantes. Dijo que los gefes eran por lo general caballeros de mucho honor y alta genealogía, cuyas palabras tenían fuerza de ley para todos los de su clan ó tribu. Empero, continuó, „no les corresponde el orgullo con que últimamente han querido hacer superior su prosapia, que en la mayor parte solo se funda en las coplas fútiles é interesadas de sus *Seanmachies*, *Bhairds* ó bardos, á la evidencia de cartas y concesiones antiguas, conferidas por varios monarcas escoceses á los caballeros de los llanos; sin embargo es tal su presuncion y *outracidence*, que reputan inferiores á los que poseen tales títulos, como si tuvieran sus tierras en una piel de oveja.”

Esto explicaba suficientemente el motivo de la quimera del Baron con su aliado montañés. Pero pasó á referir tantos pormenores curiosos relativos á las costumbres, usos y hábitos de aquella raza patriarcal, que interesó altamente la curiosidad de Eduardo, y este preguntó si no habria peligro en dar un paseo por las montañas vecinas, cuya misteriosa barrera le habia excitado aun ántes el deseo de salvarla. El Baron le aseguró que nada era mas fácil, luego que estuviese arreglada aquella diferencia, pues él mismo podia darle cartas para muchos gefes distinguidos, que lo recibirian con la mayor atencion y hospitalidad.

En esto se hallaban, cuando se abrió de repente la puerta, y Saunders Saunderson introdujo en el comedor á un montañés completamente armado y equipado. A no haber sido porque Saunderson

son autorizaba como maestro de ceremonias a aquella aparicion marcial, sin desviarse de su gravedad ordinaria, y porque ni el Baron ni Rosa mostraron emocion alguna, Eduardo la hubiera considerado ciertamente como un acto hostil. Con todo, se conmovió al ver á un montañes con el traje completo de su nacion, cosa que jamas habia visto ántes. El Gael de que se trata era un hombre atezado y robusto, de pequeña estatura, y los anchos pliegues de su capa aumentaban el aspecto de fuerza que presentaba su persona. Su túnica corta dejaba ver unos miembros proporcionados y nerviosos; colgábale delante la bolsa de piel de cabra, flanqueada por una daga y una pistola de acero; su gorra desplegaba una pluma corta, que indicaba su título á ser tratado como *Duinhe-Wassall*, ó caballero de cierta especie; pendíale un sable al lado, colgábale al hombro una rodela, y en una de sus manos traia una escopeta larga española. Con la otra se quitó la gorra, y el Baron que sabia muy bien sus costumbres y el modo propio de hablarles, le dijo inmediatamente sin levantarse, con mucha dignidad, y (según pensó Eduardo) con el tono de un príncipe que recibe á un embajador: „Bien venido, Evan Dhu Mac-combich: ¿qué nuevas hay de Fergus Mac-Ivor Vich Ian Vohr?”

„Fergus Mac-Ivor Vich Ian Vohr, dijo el embajador en buen inglés, os saluda afectuoso, Baron de Bradwardine y Tully-Veolan, y deplora que entre vos y él se haya interpuesto una espesa nube que os ha impedido ver y considerar la amistad y alianzas que han existido entre vuestras dos ca-

sas, y olvida lo pasado; y os ruega que se disipe la nube, y sigan las cosas como estuvieron ántes entre el clan Ivor y la casa de Bradwardine, cuando entre uno y otra mediaba un huevo por piedra de chispa, y un cuchillo de mesa por espada. Y espera digais tambien: que os ha sido sensible la nube; y nadie pregunte de hoy mas si bajó del monte al valle, ó subió del valle al monte; pues la espada hiere siempre á quien golpea con la vaina; y ¡ay de quien pierde á un amigo por la borrascosa nube de una mañana de primavera!”

El Baron de Bradwardine respondió con la dignidad correspondiente, que sabia que el gefe del clan Ivor era bienqueriente del rey; y sentia mucho se hubiera alzado una nube entre él y un caballero de tan sanos principios, „pues cuando están juntándose los hombres; hace es quien carece de amigos.”

Como esto parecia perfectamente satisfactorio, el Baron mandó traer un frasco de aguardiente aromático para solemnizar debidamente la paz concluida entre tan augustas personas, y llenando una copa, bebió á la salud y prosperidad de Mac-Ivor de Glennaquoich; el embajador celta, para corresponder á su cortesía, se echó á pechos un gran vaso del mismo licor generoso, sazonado con sus buenos deseos á la casa de Bradwardine.

Ratificados así los preliminares del tratado general de pacificacion, pasó el enviado á arreglar con Mr. Macwhibble algunos artículos secundarios, para los cuales no se creyó necesario mo-

lestar al Barón. Probablemente se referían á la suspensión del subsidio, y parece que el Bailío halló medios de satisfacer á su estado sin que el año pudiera suponer comprometida su dignidad. Mas no cabe duda en que los dos plenipotenciarios apuraron juntos una botella de aguardiente en solos dos tragos, que en vasijas tan bien curtidas no produjeron mas efecto aparente que si los hubieran echado sobre los dos osos de la arboleda; y en seguida Evan Dhu Maccombich recogió todas las noticias posibles sobre el robo de la noche anterior, declarando que al momento iba á seguir el rastro del ganado, que añadió no estaba muy lejos. „Han quebrado el hueso, dijo, mas todavía no han podido chupar el tuétano.”

Nuestro héroe siguió á Evan Dhu en el curso de sus averiguaciones, admirando la sagacidad que mostraba en sus preguntas, y la precisión con que infería datos fijos de las vagas respuestas que le daban. También Evan Dhu se complacía visiblemente en la atención de Waverley, en el interés que parecía tomar en sus pasos, y en la curiosidad que manifestaba sobre las costumbres y aspecto físico de las Montañas. Sin mucha ceremonia invitó á Eduardo á que le acompañase en un corto paseo de diez ó quince millas por aquel rumbo, y vió el escondrijo á que habían conducido el ganado, añadiendo: „Si es el que yo imagino, jamás habeis visto semejante lugar en vuestra vida, ni lo vereis jamás, si no vais conmigo, ó con otro como yo.”

La idea de visitar la guarida de un Caco mon-

tañes excitó considerablemente la curiosidad de nuestro héroe; mas sin embargo, tuvo la precaucion de preguntar si su guía era digno de confianza. Asegurósele que no le habrian invitado si corriera el menor peligro, y que solo debia temer alguna fatiga; y como Evan le propuso que á la vuelta pasase un dia en casa de su caudillo, donde estaria seguro de hallar buenas comodidades y cordial recibimiento, parecia que su empresa nada tenia de formidable. Es verdad que su anuncio cubrió de palidez á Rosa; pero su padre, á quien agradaba la curiosidad animosa de su jóven amigo, no quiso entibiarla con el temor de peligros que realmente no existian; y atada una maleta con algunos efectos necesarios en los hombros de una especie de guardabosque, salió nuestro héroe con una escopeta en la mano, acompañado por su nuevo amigo Evan Dhu, y seguido por el citado guardabosque y dos montañeses medio salvages, criados de Evan, uno de los cuales llevaba al hombro una hacha al extremo de un palo largo, instrumento llamado hacha de Lochaber, y el otro un esmeril. Evan hizo entender á Eduardo que aquella comitiva marcial no era necesaria como escolta, sino solo, „decia poniéndose erguido y componiéndose la capa con aire de dignidad, para presentarse en Tully-Veolan con decencia, y como correspondia al hermano de leche de Vich Ian Vohr. Si vos, Duinhe-wasall Saxon, (caballero ingles) vierais al caudillo con su cola puesta?”

„¿Con su cola puesta?” repuso Eduardo algo sorprendido.

„Si quiero decir, con su comitiva ordinaria, cuando visita á otros de su rango. Allí vá, continuó parándose y erguiéndose con mas orgullo, mientras contaba con los dedos los varios oficiales que formaban la corte de su caudillo. „allí va su *hanchman* ó asistente; su *bhaird* ó poeta; su *bledier* ú orador, para arengar á los personajes á quienes visita; su *gillie more*, ó porta-armas, que le lleva su espada, rodela y fusil; su *gilly-casflue*, que lo carga en hombros para pasar los arroyos y charcos; su *gilly-comstraine* que le lleva por la brida el caballo en las veredas pendientes y difíciles; su *gillie-trusharnish*, que le lleva su maleta, y el gaitero y su criado, y aeaso una docena mas de mozos, sin ejercicio peculiar, que solo son como guardias que siguen al caudillo, y hacen lo que él les manda.”

„Y vuestro señor mantiene todo el año á tanta gente?”

„¡A tanta gente? y á otros muchísimos, que no tendrian en que caerse muertos si no fuera por el buen granero de Glennaquoich.”

Con estas ponderaciones de la grandeza de su caudillo en paz y guerra, entretuvo Evan Dau el camino, hasta que se acercaron mas á las montañas enormes, que hasta entónces solo habia visto de léjos Eduardo. Caia ya la tarde, cuando entraron en una de las gargantas pavorosas que comunican las regiones alta y baja; el sendero, extremadamente colgado y áspero, serpeaba por una hendedura entre dos peñascos tremendos, siguiendo el paso que parecia haberse abierto en el curso de los siglos un torrente espumoso, que bra-

maba en el fondo del abismo. Algunos rayos del sol, que estaba ya poniéndose, llegaban al agua en su lecho tenebroso, y la hacían ver parcialmente embarazada en su curso por cien peñascos, y quebrantada por cien cataratas ruidosas. La bajada de aquel sendero al torrente era un precipicio formal, en que sobresalían á trechos algunos fragmentos de granito, ó árboles desecados, que habían introducido tortuosamente sus raíces en las hendeduras de la pena. A la mano derecha se alzaban las montañas sobre el sendero con inaccesibilidad casi uniforme; pero el cerro que yacía por la otra parte estaba cubierto de matorrales, entre los que se mezclaban algunos pinos.

„Este, dijo Evan, es el paso de Bally-Brough, que en tiempos anteriores defendieron diez del clan Donnochie contra cien ruines llaneros. Aun se ven las sépulturas de los muertos en aquel llanito, al otro lado del arroyo; si teneis buenos ojos distinguireis los manchones verdes en el brezal. Mirad, allí está un *earn*, que vosotros los del sur llamais águila; en Inglaterra no teneis de estos pájaros. Ahora va á traer su cena de los collados del Laird de Bradwardine, pero voy á enviar tras ella una posta.”

Diciendo esto, disparé su escopeta, mas erró á la soberbia reina de la tribu atada, que sin hacer caso de aquella tentativa hostil, continuó su vuelo magestoso con direccion al mediodia. Mil aves de rapiña, gavilanes, zopilotes y cuervos, alborotados en las guaridas á que se habían acogido para pasar la noche, se levantaron al trueno de la escopeta, y unieron sus discordes y ás-

peros chillidos con los ecos que lo repetian, y con el rumor de las cataratas del monte, Evan, algo desconcertado por haber errado su tiro quando habia querido ostentar su peculiar destreza, ocultó su confusion con silbar un *pibroch* ó tonada montañesa, mientras cargaba de nuevo su arina, y continuó el camino en silencio.

Entraron por una barranca estrecha, entre dos cerros elevadísimos y cubiertos de matorrales. Aun los acompañaba el arroyo, y ellos seguian sus vueltas y revueltas, atravesándolo algunas veces, en cuyos casos brindaba siempre Evan Dhu á Eduardo el auxilio de sus dependientes para que lo pasaran á cuestras; pero nuestro héroe, que era un infante regular, rehusó aquel obsequio, y visiblemente subió en la opinion de su guia con mostrar que no temia mojar-se los piés. Ciertamente deseaba hacer cuanto pudiera sin afectacion para disminuir el concepto que manifestaba Evan tener de la afeminacion de los llaneros, y en particular de los ingleses.

De aquella barranca salieron á un pantano negro de tremenda extension, lleno de hoyos profundos, que atravesaron con gran dificultad y algun peligro por veredas que solo un montañes podia seguir. Aun el camino, ó por mejor decir, la linea de terreno mas sólido que seguian unas veces caminando y vadeando otras, era áspero, quebrado y en muchos parages flojo ó inseguro. A veces era tan moyediza la tierra, que tenían que saltar de un magotito á otro, porque el espacio intermedio era incapaz de sostener el peso de un hombre. Esto era fácil á los montañeses

que llevaban zapatos ligeros propios para el caso, y andaban casi á brincos; pero Eduardo, no acostumbrado á tal ejercicio, empezó á fatigarse mas de lo que esperaba. La media luz del crepúsculo sirvió para guiarlos en aquel pantano peligroso; pero los abandonó casi totalmente al pie de un cerro pendiente y muy pedregoso que debian pasar. Sin embargo, la noche estaba serena; y Waverley, supliendo con energía mental su fatiga física, continuó animosamente su marcha, aunque envidiaba en secreto á sus compañeros montañeses, que sin manifestar síntoma alguno de cansancio, continuaban su rápido paso, ó mas bien trotc, que según él calculó, ya los habia hecho adelantar quince millas en su jornada.

Pasado el cerro, se dirigian á un bosque espeso y oscuro, cuando Evan Dhu tuvo con sus montañeses una breve conferencia, cuyo resultado fué quitar la maleta de Eduardo al guardabosque, tomarla uno de los *gillies*, y despachar al primero con el otro montañes en direccion diversa de la que seguian los tres viajeros restantes. Preguntó Waverley el motivo de aquella separacion, y se le dijo que el llanero debia ir á dormir á un rancho que distaba cosa de tres millas; porque Donald Bàn Lean, la digna persona, en cuyo poder suponian el ganado, no gustaba mucho de que se acercase á su guarida sino algun amigo de confianza. Este motivo parecia racional, y acalló la sospecha que empezaba á sentir Eduardo cuando á tal hora y en tal sitio vió que le quitaban el solo compañero á quien conocia. Muy luego añadió Evan que aun seria mejor que él

se anticipase para avisar á Donald Bean Leon, pues de otro modo podria causarle desagradable sorpresa la llegada de un *sidier roy*; (soldado colorado); y sin esperar respuesta, avivó su trote, y en un instante se perdió de vista.

Quedó, pues, Waverley entregado á sus meditaciones, porque el amigo del hacha apenas hablaba ingles. Iban atravesando un bosque espeso de pinos que parecia interminable, y por lo mismo era indiscernible el sendero entre la obscuridad lóbrega que los rodeaba. Empero el montañes parecia adivinarlo por instinto sin vacilar un momento solo, y Waverley seguia sus huellas lo mas cerca que podia.

Despues de andar considerable espacio en silencio, no pudo ménos ya de preguntarle si aun faltaba mucho para concluir la jornada.

El montañes contestó en una gerigonza ininteligible, que el puerto distaba cuatro millas, pero que talvez Donald enviaria un *curragh*.

Esto nada significaba, pues el *curragh* prometido podia ser un hombre, un caballo ó un carruaje; y no pudo sacar del hachero otra cosa que la repeticion de *Aich aye! ta curragh*.

Poco despues empezó Eduardo á comprenderlo, cuando al salir del bosque se halló en las márgenes de un rio grande ó lago, donde su conductor le insinuó que debían esperar un poco. La luna, que empezaba á levantarse, les mostró confusamente la expansion de agua que tenían delante, y las formas indistintas y gigantescas de las alturas que por todas partes parecian rodearla. El aire fresco y suave de una noche de verano

refrigeró á Waverley, despues de su largo y penoso camino; y los perfumes que sacaba de los abedules bañados por el rocío, tenían exquisita fragancia.

Entregóse pues á considerar su novelesca situacion. Hallábase al márgen de un lago desconocido, guiado por un salvaje, cuya lengua no sabia, al antro de un bandido famoso, otro Robin Hood ó Adam ó Gordon, en el peso de media noche despues de una jornada fatigosa y difícil, separado de su doméstico, abandonado por su guia principal... ¡Cuántas circunstancias propias para excitar una fantasía novelesca, y realzadas por la sensacion solemne de incertidumbre, si no de peligro! La única circunstancia que no armonizaba con las otras era la causa de su viaje, las vacas de leche del Baron!—Pero aquel incidente vergonzoso quedaba en el fondo lejano del cuadro.

Hallábase arrobado en aquellas cavilaciones fantásticas, cuando su compañero le tocó suavemente en el hombro, señalando á la parte opuesta del lago, y repitió la palabra „puerto.” Vióse brillar un pequeño punto de luz en la direccion que él señalaba, y aumentando su tamaño y esplendor gradualmente, parecia moverse como un meteoro en el limite del horizonte. Miétras contemplaba Eduardo aquel meteoro, se oyó que venian remando á lo léjos. Los mesurados golpes vinieron sonando mas y mas cerca, y se oyó un pito agudo por la misma direccion. El amigo del hacha respondió á la señal con otro fuerte chifido, y se acercó un bote manejado por cuatro

montañeses al sitio en que estaba sentado Eduardo. Levantóse á recibirlos con su compañero, dos montañeses forzudos le pusieron en el bote, y apenas hubo tomado asiento, cuando volvieron á ocupar sus lugares. y empezaron á remar velozmente hácia la otra parte del lago.

CAPITULO XVII.

Abrigadero de un ladron montañes.

Reinaba un silencio profundo, que solo interrumpia el murmullo monótono de una cancion gaélica, entonada en una especie de recitado bajo por los remeros, y el mesurado rumor de los remos, que parecia regularse por la cadencia de las notas músicas. La luz, á que ya se iban acercando, tomaba un brillo mas rojo, grande é irregular, y parecia ser una hoguera, aunque no podia asegurarse si estaba en alguna isla ó en la tierra firme. Eduardo la veia con atencion, y le parecia que aquel círculo de fuego salia de la superficie misma del lago, semejante al carro igneo en que el maligno genio de un cuento oriental atravesaba el mar y la tierra. Acercáronse mas, y la luz de la misma hoguera le hizo ver que estaba encendida al pié de una peña enorme; que salia casi perpendicularmente del agua, cuyo frente, que parecia de color rojo oscuro por la reflexion del fuego, formaba un contraste singular y aun pavoroso con las otras orillas del contorno, que á intervalos iluminaba débil y parcialmente la pálida luz de la luna.

Entretanto ya el bote iba llegando á la orilla, y Eduardo pudo ver que aquella grande hoguera, alimentada con ramas de pino por dos figuras que la reflexion roja de la luz hacia parecer demonios, estaba encendida en la boca de una caverna elevada, en la que parecia introducirse una parte del lago; y conjeturó con fundamento que se habia puesto allí para que sirviese de fanal á los remeros en su vuelta. Remaron ellos directamente hácia la entrada de la cueva, y recogiendo luego sus remos, dejaron entrar al bote con el impulso que habia recibido. El esquife pasó la pequena punta ó plataforma de peñascos en que ardía el fuego, y entrando un poco mas se detuvo donde la caverna (pues ya estaba arqueada por la parte superior) subia del agua por cuatro ó cinco lajas tan regulares y cómodas, que podian llamarse escalones naturales. En aquel instante echaron agua sobre la hoguera, que se apagó rechinando, y con ella desapareció la luz que ántes proporcionaba. Cuatro ó cinco brazos robustos alzaron á Waverley del bote, lo pusieron en pié, y casi le llevaron cargado á lo interior de la cueva. Así anduvo en tinieblas algunos pasos, acercándose á un murmullo de voces que parecia salir del centro de las peñas; hasta que al doblar un ángulo agudo, se presentó á sus ojos Donald Bean Lean con todo su establecimiento.

Lo interior de la cueva, que en aquel parage era ya muy alta, estaba iluminado por antorchas de pino, que despedian una luz brillante, y un olor fuerte pero no desagradable. Uníase á ella el rojo esplendor de una gran lumbrada de car-

bon, en torno de la cual estaban sentados cinco ó seis montañeses armados, y otros se veían indistintamente acostados en sus capotes en las sinuosidades mas remotas de la caverna. En un gran hueco de la misma, que el ladron llamaba chistosamente su despensa, estaban colgadas por los piés una oveja y dos vacas recién muertas. El habitante principal de aquella rara mansion, acompañado por Evan Dhu como maestro de ceremonias, se adelantó á recibir á su huésped, al que pareció en modales y aspecto muy diferente de lo que su imaginacion le habia figurado. La profesion que seguia, el desierto en que moraba, y las figuras salvages y guerreras que le obedecian, eran propias para inspirar espanto. Por tales antecedentes se preparó Waverley á ver un hombre duro, gigantesco, feroz, como el que hubiera elegido Salvator Rosa para objeto central de un grupo de bandoleros.

Nada tenia de esto Donald Bean Lean. Era delgado, pequeño, tenia el pelo castaño claro, y facciones mezquinas y pálidas, de las que sacaba el sobrenombre de *Bean* ó blanco; y aunque ágil, activo y bien proporcionado, parecia en globo un ente diminuto é insignificante. Habia servido en alguna clase inferior en el ejército frances, y para recibir á su huésped en toda forma, creyendo hacerle en ello un obsequio, se habia quitado el traje montañés y púestose un uniforme viejo azul con cuello y vueltas encarnadas, y un sombrero con plumas, que léjos de hacerle favor, lo hacian parecer tan estrafalario, que Waverley hubiera cedido á la tentacion de soltar la risa, si está

hubiera sido consistente con la cortesía ó con su propia seguridad. Recibióle Donald con una profusión de política francesa y hospitalidad escocesa, parecia saber perfectamente su nombre y conexiones, y estar instruido particularmente en los principios políticos de su tio. Tributóles grandes elogios, á los que Waverley juzgó prudente responder en términos muy generales.

Habiéndose colocado á regular distancia de la lumbrada de carbon, cuyo calor se hacia insufrible en tiempo de verano, una montañesa rolliza puso ante Waverley, Evan y Donald Bean tres cubetas de palo llenas de *imvigh*, especie de sopa fuerte, hecha con ciertas partes del menudo de las reses. Despues de este refrigerio, que aunque grosero pareció grato por la hambre y fatiga de los comensales, se presentaron con abundancia liberal tajadas de carne asadas en las brasas, y desaparecieron ante Evan Dhu y Donald con una prontitud que parecia mágica, y asombró á Waverley, que no podia conciliar aquella voracidad con lo que habia oido sobre la templanza de los montañeses. Ignoraba que esta abstinencia era forzada en las clases inferiores, y que los sujetos á ella, como algunos animales carnivoros, tenian comunmente la facultad de indemnizarse á gusto cuando se les presentaba ocasion de verificarlo. Coronó el banquete una racion abundante de whiskey. Los montañeses lo bebian puro y en grandes tragos; pero Eduardo medió con agua un poco, y no lo halló tan grato que quisiese repetir la libacion. Su huésped se lamentó mucho de no poder ofrecerle vino. „Si lo hubiera sabi-

do veinte y cuatro horas ántes, se habria hecho de alguno, aunque estuviese á cuarenta millas de distancia. Pero ningun caballero podia hacer mas que ofrecer á otro lo mejor que tenia en su casa, para mostrarle que se reputaba honrado con su visita. Donde faltan matorrales mal puede haber nueces, y cada cual debe acomodarse al estilo de aquellos con quienes vive."

Siguió lamentando con Evan Dhu la muerte de un viejo *Donnacha an Amrigh*, ó Duncan del Goro, grande adivino, que por la segunda vista anunciaba los forasteros de toda clase que debian llegar á su guarida, ya fuesen amigos ó enemigos.

"¿Y su hijo Malcolm no es *taishatr*?" (adivino) preguntó Evan.

"Pero no como su padre, respondió Donald Bean. "El otro dia nos dijo que debia llegar un gran caballero á caballo, y solo vino Shemus Beg, el harpista ciego, con su perro. Otra vez nos anunció una boda, y resultó entierro; y habiéndonos predicho en un *creagh* que traeríamos cien cabezas de ganado mayor, solo pudimos agarrar al gordo bailío de Perth."

De aquí pasó al estado militar y político del país; y Waverley se asombró y aun alarmó al ver que semejante hombre sabia con la mayor exactitud la fuerza de los varios destacamentos y cuerpos situados al norte del Tay. Aun mencionó el número preciso de reclutas que salieron para la compañía de Waverley de las tierras de su tío, y observó que eras *lindos mozos*, no queriendo significar su buena presencia, sino que eran robustos y propios para la guerra. Recordó á Wa.

verley una ó dos circunstancias minuciosas ocurridas en una revista general de su regimiento, con lo cual se convenció de que el bandido la habia presenciado; y habiéndose ya separado Evan Dhu de la conversacion, y envueltose en su capote para dormir, preguntó Donal á Eduardo con modo muy significativo, si tenia algo particular que comunicarle.

Sorprendido y aun azorado Waverley con esta pregunta de tal sujeto, le respondió que solo habia venido á visitarle por la curiosidad de ver su extraordinaria residencia. Miróle Donald á la cara por un momento con atencion, y luego le dijo moviendo la cabeza con tono de importancia: „No hubierais hecho mal en fiaros de mí, pues soy tan digno de confianza como el Baron de Bradwardine ó Vich Ian Vohr. Mas de cualquier modo, bien venido sois á mi casa.”

El lenguaje misterioso de aquel bandolero proscrito causó á Waverley un escalofrío involuntario, que á pesar de sus esfuerzos para reprimirlo, no le permitió pedir el significado de sus insinuaciones. En un rincon de la cueva le habian preparado un lecho de ramas con las flores para arriba, y cubierto en él con los capotes que habia de repuesto, estuvo un rato atisbando los movimientos de los otros habitantes de la caverna. Entraban y salian de dos en dos ó de tres en tres, sin otra ceremonia que dirigir en gaélico algunas palabras al bandido principal, y cuando este se recogió, á un montañes alto, que era teniente suyo, y parecia estar de guardia, mientras él dormia. Los que entraban volvian al parecer de

alguna expedicion, daban cuenta de su éxito, y sin mas preámbulos se dirigian á la despensa, donde cortaban con sus dagas sus correspondientes raciones de las reses colgadas, y procedian á asarlas y comerlas, segun les acomodaba. La distribucion del licor era mas estricta, pues lo daba solamente el mismo Donald, su teniente, ó la montañesa gordiflona que se ha mencionado, y era la única muger que se veia. Con todo, la racion de whiskey habria parecido excesiva á otros que á montañeses, pues como estos viven al aire libre y en un clima humedísimo, pueden tomar grandes dosis de licores fuertes, sin perjudicar á su cabeza ni á su constitucion.

Al cabo empezaron á fluctuar aquellos grupos á los ojos de Waverley, segun los iba cerrando gradualmente el sueño; y no los abrió hasta que el sol matutino reflejaba ya bien alto en el lago exterior, aunque solo penetraba un débil crepúsculo á los senos de Uaimh an Ri, ó caverna del rey, con cuyo altivo nombre se distinguia el antro de Donald Bean Lean.

CAPITULO XVIII.

Waverley continúa su viaje.

Al despertar Eduardo, se sorprendió viéndose solo en la caverna. Levantóse y arregló su vestido lo mejor que pudo, y habiendo mirado en torno de sí con mas cuidado, se convenció de que todo yacia solitario y silencioso. A no ser por los tizones consumidos de la lumbre, que ya solo era

ceniza, los restos del festin, que eran algunos huesos medio quemados ó roídos, y algun tonel vacío, no quedaban huellas algunas de Donald y su gente. Cuando Waverley salió á la boca de la cueva percibió que la punta de la peña en que aun se veían vestigios de la lumbrada encendida como fanal en la noche última, era accesible por una senda estrecha natural ó cortada toscamente en la peña viva, á orillas de la pequeña abra del fago que entraba algunas varas á la caverna, en la cual, como en un dique, estaba aun amarrado el bote que le habia conducido allí la noche anterior. Llegado á la pequeña plataforma saliente en que estuvo la lumbrada, habria creído imposible adelantar mas por tierra, á no reflexionar que los habitantes del antro habian salido por alguna otra parte que por el lago. Hizo pues un examen mas prolijo, observó al fin de la plataforma algunas lascas que sobresalían de la peña, y trepando por ellas, como si fueran escalones, en torno de la mole en que se abria la cueva, logró con alguna dificultad bajar al otro lado, y se halló en las ásperas y acantiladas orillas de un lago montañés, de cuatro millas de largo y milla y media de anchura, cercado por cerros silvestres y brezosos, en cuyos cumbres reposaba todavía la niebla de la mañana.

Volvió los ojos al lugar de que salia, y no pudo ménos de admirar la destreza de quien eligió un asilo tan secreto y seguro. El peñasco en torno del cual habia girado por algunas prominencias casi imperceptibles, en que apenas se podia fijar la planta, parecia desde abajo un precipicio

inaccesible por la margen del lago. La anchura de este no permitia que desde la orilla opuesta se descubriese la estrecha boca del otro, de modo que si no la buscaban por el lago con botes, ó una traicion no descubria su entrada por tierra, podia proporcionar á su guarnicion un asilo secreto y seguro mientras tuviese viveres. Luego que Waverley hubo satisfecho su curiosidad con estos pormenores, buscó en aquellas inmediaciones á Evan y á su satélite, que juzgó fundadamente no debian estar léjos, cualquiera que hubiera sido la direccion de Donald Bean Lean y su comparsa, cuyo género de vida estaba necesariamente sujeto á continuas variaciones de residencia. Como á distancia de media milla divisó á un montañés (sin duda Evan) que pescaba en el lago, acompañado con otro, que por el arma que llevaba al hombro, conoció ser su amigo el hachero.

Mucho mas cerca de la entrada á la cueva oyó los ecos de una alegre cancion gaélica, que le guiaron á un ángulo de la orilla, cubierto con un frondoso abedul, y entapizado con una pequeña playa de arena blanquísima, donde estaba la niña de la caverna, que era la cantora, ocupada en disponer lo mejor que podia un almuerzo de leche, huevos, pan de cebada, manteguilla fresca y miel virgen. La pobre muchacha habia tenido que andar cuatro millas aquella mañana para conseguir los huevos, harina y otros materiales del almuerzo, pues todos eran en aquella altura golosinas que era forzoso pedir ó tomar prestadas á algunos rancheros distantes. Los satélites de Donald

Bean comían casi exclusivamente carne de los animales que arrebaban de los llanos; aun el pan era para ellos una golosina rara, por serles difícil conseguirlo, y todos los demas regalos domésticos como leche, mantequilla, aves, &c., eran desconocidos en aquel campamento de Escitas. Empero, no debe callarse que aunque Adelaida habia ocupado parte de la mañana en solicitar para su huésped los regalos que no proporcionaba la caverna, habia hecho lugar para adornar su persona lo mejor que pudo. Sus galas eran muy sencillas. Un juboncillo encarnado, y un túnico de breves dimensiones formaban todo su traje; pero estaban limpios y la agraciaban. Una tira de escarlata bordada, llamada *snood* la sujetaba el pelo, que caía sobre ella en abundantes rizos de color castaño. Colgábala de un hombro el capote colorado, que formaba parte de su traje, para que no sirviese de obstáculo á la actividad con que estaba ocupada en obsequiar al forastero. Olvidaria yo el adorno mas altivo de Adelaida, si no mencionase unos zarcillos de oro y un rosario del propio metal, traídos de Francia por su padre, (pues era hija de Donald Bean Lean,) quien probablemente los habia cogido en alguna batalla ó saqueo.

Su cuerpo, aunque mas robusto de lo que prometia su edad, era muy bien proporcionado, y su porte respiraba gracia natural y rústica, sin el embarazo comun de los campesinos. La sonrisa, que descubria unos dientes de exquisita blancura, y los ojos risueños con que dirigió á Waverley la salutación que no podia expresar en palabras ingle-

sas, habrían podido interpretarse por un fatuo, ó por un soldado jóven que sin serlo se conociera con buena persona, como expresivos de otro afecto que el de una cortesía hospitalaria. No por esto aseguro que la montanesita hubiera saludado con igual tono á otro caballero de mas edad, por ejemplo al Baron de Bradwardine, ni que en su obsequio se hubiera tomado los afanes que empleaba tan gustosa por servir a Eduardo. Parecia deseosa de verlo tomar la comida que tan cuidadosamente le habia preparado, y á la que añadió unos cuantos racimos de moras que habia cogido en un zarzal inmediato. Cuando tuvo el gusto de verlo ya sentado almorzando, se colocó modestamente en una piedra que distaba algunas varas, y parecia esperar con grata complacencia alguna oportunidad para servirle.

Entre tanto, Evan y su compañero volvian lentamente por la orilla del lago, trayendo el último la caña de pescar y una gran trucha, producto de aquella diversion matutina. Evan con aire de satisfaccion, desembarazo é importancia, se adelantó hácia el lugar en que Waverley estaba tan agradablemente ocupado con su almuerzo; despues de las saluciones ordinarias, se quedó mirándolo, y dirigió á Adelaida algunas palabras gaélicas que la hicieron reir, aunque sacaron vivísimos colores á sus mejillas bien endurecidas por el sol y el aire. En seguida expresó la resolucion de que la trucha sirviese para almorzar, sacó lumbre con su pistola, encendió en un guiñar de ojos algunas ramas secas

de abeto, que al punto se redujeron á brasas, en las cuales se asó el pescado en lonjas. Para coronar el banquete, sacó Evan de la bolsa de su chaqueta una gran concha, y de los pliegues de su capa un gran cuerno lleno de whiskey, de que tomó un gran trago, observando que ya habia hecho la mañana con Donald Bean Lean ántes de su partida, y ofreció el mismo licor á Adelaida y Eduardo, que ambos lo rehusaron. Entonces Evan con el aire bondadoso de un superior, alargó la concha á su asistente Dugald Mahony, que sin aguardar segunda invitacion, la apuró con grandísimo deleite. Entonces Evan se preparó á tomar el bote, invitando á Waverley para que le siguiera. Entretanto habia recogido Adelaida en un canastito lo que valia la pena en los restos del almuerzo, embozándose en su capote, se llegó á Eduardo, y agarrándole la mano con la sencillez mas graciosa, le presentó un carrillo para que se lo besase, haciéndole al mismo tiempo una cortesía. Evan, que pasaba por retozon entre el bello sexo de las montañas, se acercó para apropiarse igual favor; pero Adelaida arrebató su canastillo, y huyó por la márgen peñascosa del lago como una corza; volvió luego la cabeza riéndose, y le dijo en gaélico algunas palabras, á las que respondió en el mismo idioma y tono; entonces ella saludó á Eduardo con la mano, volvió á tomar su camino, y presto se ocultó entre los matorrales, aunque todavía siguieron oyendo un rato el eco de la cancion con que divertia su viaje solitario.

Evan y Waverley se volvieron á la caverna, to-

maron el bote, y aprovechando la brisa de la mañana, izaron una especie de vela tosea, mientras Evan se encargó del timon, dirigiendo su rumbo, segun creyó Eduardo, algo mas arriba del punto en que se habia embarcado la noche anterior. Deslizábanse blandamente por el plateado lago, y Evan abrió la conversacion con un panegirico de Adelaida, quien dijo ser una chica de honra y provecho, y ademas la mejor bailadora de todo aquel pais. Eduardo convino con sus elogios en la parte que entendió, aunque no pudo ménos de lamentar que estuviese condenada á una vida tan triste y peligrosa.

„Oh, dijo Evan, en cuanto á eso, no hay en Perthshire cosa que ella quiera y pida á su padre, sin que se la traiga, á ménos que sea muy pesada ó caliente.”

„Pero ser la hija de un ladron cuatrero!”

„Ladron! No, á fé mia. Donald Bean Lean en su vida levantó ménos de una manada.”

„Es decir, que será ladron en grande.”

„No tal: el que hurta una vaca á una pobre viuda, ó un buey á un infeliz ranchero, es ladron; el que alza una manada de un Laird Sassenach es un señor conductor. Y ademas tomar un palo del monte, un salmon del rio, un gamo del collado, ó una vaca de los llanos, son acciones que jamas reputa vergonzosas un montañés.”

„Mas ¿en qué pararia Donald si lo cogieran en una de esas apropiaciones?”

„Toma, moriria por la ley, como ha sucedido á muchos guspos ántes que á él.”

„Moriria por la ley!”

„Si señor; esto es, con la ley ó á causa de la ley; treparia la horca amable de Crieff en que murió su padre y murió su abuelo, y espero le dé Dios vida para lo mismo, si ántes no le pegan un balazo, ó lo tasajeen en algun *creagh*.”

„Y deseais tal muerte á vuestro amigo Evan?”

„¿Y por qué no? ¿Le estaria mejor acabar sobre un haz de paja húmeda en esa cueva, como perro sarnoso?”

„Pero entónces, ¿qué sera de Adelaida?”

„En verdad, si ocurriera tal accidente, como ya su padre no habia de necesitarla, no tendria yo embarazo alguno en casarme con ella.”

„Gallarda resolucion! dijo Eduardo. Pero entre tanto, Evan, decidme ¿qué ha hecho vuestro suegro (que será si tiene la dicha de que lo ahorquen) con el ganado del Baron?”

„Bah! respondió Evan, ya vuestro criado y Allan Kennedy lo iban arreando esta mañana, ántes que el sol apuntase por Ben-Lawers; y á esta hora deben estar en el paso de Bally-Brough, de vuelta para los parques de Tully-Volan, ménos dos, que desgraciadamente estaban ya degollados cuando llegué yo anoche á Uaimh an Ri.”

„¿Y podré saber, Evan, dónde vamos ahora?” preguntó Waverley.

„¿Dónde hemos de ir sino á Glennaquoich, á casa del caudillo? Habiendo estado en su tierra, no podeis dejar de ir á visitarlo, y tal omision podia importar la vida de un cristiano.”

„¿Y está lejos Glennaquoich?”

„Cosa de cinco millas, y Vich Ian Vohr saldrá á recibirnos.”

A la media hora llegaron al extremo superior del lago, saltó Waverley en tierra, y los dos montañeses metieron el bote en un recodo, ocultándolo perfectamente entre las yerbas y juncos de la orilla. Los remos quedaron escondidos en otra parte, probablemente con el objeto de que todo sirviese á Donald Bean Lean cuando aportase por aquel parage.

En seguida tomaron los tres un sendero delicioso formado por una obra entre dos cerros, por la cual bajaba al lago un pequeño arroyo. Mientras adelantaban en su camino, continuó Waverley haciendo preguntas sobre su huésped de la caverna.

„¿Reside siempre Donald en esa cueva?”

„Oh! no: no hay hombre capaz de decir con certidumbre donde se le hallará en cualquier tiempo: en todo este pais no hay guarida ó rincón que él no sepa.”

„¿Y lo abrigan algunos otros, además de vuestro amo?”

„¿Mi amo? Mi amo está en el cielo, respondió Evan con altivez.” Pero cobrando al punto su tono cortes acostumbrado, continuó: Pero hab'ais de mi jefe: este no abriga á Donald Bean Lean ni á otro alguno de su calaña; solo les concede leña y agua, añadió sonriéndose.”

„Creo, Evan, que el favor no es muy grande, pues ambas cosas parecen andar abundantes por aquí.”

„Ah! no me entendeis. Cuando he dicho leña y agua, quise decir el lago y la tierra; é imagino que Donald tendria que renunciar uno y otra

si el Laird saliera en su busca por ese bosque de Kailychat con tres docenas de hombres, y nuestros botes con una ó dos mas bajaran por el lago á Uaimh an Ri, á mis órdenes, ó á las de otro guapeton."

"Y si viniera de los llanos una partida fuerte en su persecucion, ¿no lo defenderia vuestro gefe?"

"Oh! no: no quemaria por él una ceba, si lo vieran á coger con la ley. Pero él en tal caso nos dejaria en paz, y pasando el monte, se mudaria para Letter-Scriven."

"Y si lo persiguieran allá?"

"Creo que se pasaria con su primo á Rannoch."

"Bien; ¿Y si lo siguen á Rannoch?"

"Eso es increíble, dijo Evan; y si he de hablaros la verdad, ningun llanero de toda Escocia se atreverá á seguirle el hulto un tiro de fusil mas acá de Bally-Brough, si no cuenta con el *Sidier Dhu*."

"Y á quien dais ese nombre?"

"¿El *Sidier Dhu*? Los soldados negros, las compañías independientes destinadas á sostener la paz y el orden en las montañas. Vich Ian Vohr mandó una de ellas por espacio de cinco años, y yo fui sargento suyo. Les dicen *Sidier Dhu*, porque usan barraganes, así como llaman á vuestra gente á la del rey Jorge, *Sidier Roy*, ó soldados colorados."

"Pero cuando el rey Jorge os pagaba, sin duda fuisteis soldados suyos."

"Cierto; pero eso preguntado á Vich Ian Vohr, pues nosotros estamos por su rey, y nos impor-

ta un bledo su nombre. Al cabo, no podrá decirse que soinos ya tropa del rey Jorge, cuando hace un año que no probamos su paga."

Este último argumento no tenía respuesta, ni Eduardo intentó dársela: prefirió, pues, seguir la conversacion sobre Donald Bean Lean. „¿Y Donald, preguntó, se limita al ganado, ó tambien *levanta*, como vos decís, algunas otras cosas?"

„En verdad, no es tan delicado, y coge lo que encuentra, aunque prefiera ganados, caballos ó cristianos vivos; porque las ovejas andan muy despacio, y los muebles caseros son bromosos para transportarse, y no es fácil reducirlos á metálico en esta tierra."

„¿Cómo! ¿se lleva hombres y mugeres?"

„A fé que sí. ¿No le oísteis hablar del Bailío de Perth? Quinientos *merks* le costó volverse á ver al sur de Bally-Brough. Otra vez tuvo Donald una ocurrencia rara. Había pendientes unos esponsales entre Ladi Cramfeezzer, viuda rica, y ya no tan jóven como en otro tiempo, y el mancebo Gilliewhackit, que había gastado como un caballero sus bienes muebles y raíces en gallos, toreadas, carreras de caballos, y otras cosas por el mismo estilo. Ahora bien, Donald Bean Lean sabiendo que el novio quería pescar la plata, cargó con el una noche que volvía medio chispo á su casa, y ayudado por sus *gillies*, lo plantó entre las montañas con la prontitud de un relámpago, de modo que vino á despertar en el puerto de Uaimh an Ri. Trabajos, tuvo le anciana para rescatar al novio, pues Donald no quiso bajar un átomo de mil libras...."

„Cáscaras!”

„Hablo de libras escocesas. Pero la señora no las podía reunir, aunque empeñara el túnico, y ocurrió al gobernador de Stirling y al mayor de los soldados negros. El gobernador dijo que eso estaba muy al norte y fuera de su jurisdicción; y el mayor contestó que su gente había ido á esquilarse, y que ántes de venir las tajadas no los haría volver por todos los Cramfeezers de la cristiandad, dejando aquello solo, con gran perjuicio de la tierra. En estas y las otras, cayó Gilliewhackit con viruelas, y en todo Perth y Stirling no había médico alguno que lo asistiera, y no se les pudo tener á mal; porque uno de esos doctores molió á Donald en Paris, y él tenía jurado echar en el lago de cabeza al primero de ellos que agarrase mas acá del Paso. Sin embargo, algunas *caliachs*, esto es, curanderas viejas, relacionadas con Donald, asistieron tambien á Gilliewhackit, que entre el aire libre del puerto y la paja fresca de su cama, se restableció como si lo hubieran tenido encerrado entre vidrieras, en una cama encortinada, y alimentado con vino amarillo y carne de aves. Y dió á Donald tanta molestia, que apénas lo vió sano, lo dejó ir libre, diciendo que se contentaría con lo que gustasen darle por las grandísimas incomodidades que le había causado Gilliewhackit con sus viruelas. Yo no sé á punto fijo cómo se arregló aquel negocio; pero quedaron tan amigos, que convidaron á Donald para que bailase en la boda con su traje montañés, y dicen que ni ántes ni despues le ha sonado tanta plata en la bolsa. Y por último pro-

testó Gilliewhackit que si tenia la fortuna de intervenir en el proceso futuro de Donald, cualesquiera que fuesen las pruebas, lo absolveria de todo, ménos de incendio voluntario, ó muerte sobre seguro."

Con esta charla iba ilustrando Evan la situacion de su pais en aquel tiempo, divirtiendo á Waverley acaso mas que á mis lectores. Al fin, despues de haber caminado por piedras y yerbas, montes y barrancas, empezó Eduardo á creer que ya iban dobladas las cinco millas de Evan, aunque no ignoraba cuan liberalmente se computan las distancias en Escocia. Oyóse un tiro, y se dejó ver un cazador con su perro y criado al otro extremo de la barranca. *Shogh!* dijo Dugald Mahony en su gerigonza, aquel es el caudillo."

„No es tal, dijo Evan imperiosamente. ¿Crees que de ese modo habia de salir al encuentro de un *Sassenach duiñhe-wassal!*" (caballero ingles).

Pero cuando se acercaron algo mas, dijo con tono de mortificacion: „A fe que es él, y no trae puesta su cola. No le acompaña mas criatura viva que Callum Beg."

En efecto, Fergus Mac-Ivor, de quien habria podido decir un frances „*Qu'il connoit bien ses gens!*" no creía darse importancia á los ojos de un ingles jóven y opulento con presentársele inoportunamente seguido por una turba de montañeses holgazanes. Bien sabia que aquella comitiva innecesaria debia parecer á Eduardo ménos respetable que burlesca; y aunque pocos hombres tenian mas apego á las ideas de mando y po-

der feudal, por lo mismo evitaba él la ostentación de su dignidad, reservándola para el tiempo y modo en que produjera un efecto imponente. Si hubiera tratado de recibir á otro caudillo montañés, probablemente habria traído la comitiva que con tanta unción habia descrito Evan; mas para salir al encuentro á Waverley creyó mas conveniente ir con un solo criado, un muchacho montañés muy gallardo, que llevaba la escopeta y sable de su señor, pues rara vez salia desarmado.

Cuando Fergus y Waverley llegaron á saludarse, admiró el último la dignidad y gracia peculiar que respiraban la figura y modales del caudillo. Era alto, bien proporcionado, y le sentaba perfectamente el traje montañés, que usaba en un modo mas sencillo. Llevaba unos calzoncillos estrechos de barragan con listas coloradas y blancas, y en lo demás venia vestido como Evan, aunque no traia mas arma que una daga montada en plata con gusto y riqueza. Su paje, como ya dicho, le llevaba su escopeta y *oléymoire* ó sable, aunque la primera solo parecia destinada á cazar. Su fisonomía era decididamente escocesa; pero estaba tan libre de la dureza y exageracion septentrionales, que en cualquier pais habria parecido muy bella. El aire marcial de su gorra, en que ondeaba como distincion una sola pluma de águila, realzaba el aire varonil de su cabeza, que además adornaban infinitos rizos de pelo mas naturales y graciosos que los que á peso de oro se ponen de venta en las peluquerías de Bond-Street.

Un aire de afabilidad y franqueza aumentaba la impresion favorable que producía una presencia tan noble y gallarda. Con todo, un fisonomista inteligente habria quedado mas contento con su cara en la primera ojeada que en la segunda. Las cejas y labio superior expresaban cierto hábito de autoridad perentoria y superioridad decisiva. Aun su cortesía, aunque franca y libre, parecia dar á entender una conviccion de importancia personal; y eualquier contradiccion encapotaba el mirar del caudillo con un ceño súbito, aunque pasajero, que revelaba un genio arrebataado, orgulloso y vengativo, el cual si bien parecia sujeto á la voluntad de su dueño, no por eso era ménos temible. En una palabra, la fisonomía del gefe montañes podia compararse á un dia risueno de verano, entre cuya grata serenidad conocemos por signos seguros, aunque leves, que ántes de su conclusion puede haber truenos y rayos.

Eduardo empero no tuvo lugar de hacer estas observaciones poco favorables en aquella primera entrevista. Recibióle Fergus como á un amigo del Baron de Bradwardine, con las expresiones mas vivas de afecto y gratitud por su visita; le reconvinó con finura por haber elegido la noche anterior tan áspero albergue, y entró en una grata conversacion sobre el manejo doméstico de Donald Bean Lean, sin hacer alusion alguna á sus hábitos de robar, ó á la ocasion inmediata de la visita de Waverley, puntos que tambien evitó este, á ejemplo del caudillo. Mientras se dirigian en esta conversacion á la casa de Glenna

quovich, los seguian Callun Beg y Dugald Mahony con Evan, que ya se habia replegado atras respetuosamente.

Aprovecharemos esta oportunidad para comunicar al lector algunas noticias sobre el carácter y la historia de Fergus Mac-Ivor que Waverley no supo bien sino cuando hubo estrechado con él una conexon que, casual en su origen, tuvo por mucho tiempo el mayor influjo en su carácter, acciones y esperanzas. Mas como el asunto es importante, formará el principio del capítulo que sigue.

CAPITULO XIX.

El Caudillo y su morada.

El ingenioso licenciado Francisco de Ubeda, al empezar su historia de la pícara Justina Diez, (que entre paréntesis es uno de los libros mas raros en la literatura española,) se queja de habersele enredado un cabello en su pluma, y por tal motivo la dirige con mas elocuencia que razon un sentido apóstrofe, echándole en cara que es de ganso, ave inconstante por su naturaleza, que frecuenta tres elementos diversos, agua, tierra y aire, sin decidirse por ninguno. Empero yo te aseguro, benévolo lector, que en este punto soy diametralmente contrario á Francisco de Ubeda, temiendo por la cualidad mas útil de mi pluma que pasa con facilidad de lo grave á lo jocoso, y de descripciones y diálogos á retratos y narraciones. De manera, que si entre las propiedades de su padre ganso conserva solamente la mutabilidad,

quedaré muy satisfecho, y aún creo que tú, lector benigno, serás de mi dictámen. Pasemos, pues, de la genigonza de los *gillies* montañeses al carácter de su caudillo, cuyo exámen es importante y serio.

El antecesor de Fergus Mac-Ivor, cosa de tres siglos ántes del periodo que nos ocupa, pretendió le reconociese por gefe el clan fuerte y numeroso á que pertenecía, y la mencion de cuyo nombre parece innecesaria. Burladas sus pretensiones por un rival que tenia mas justicia, ó por lo ménos mas fuerza, emigró con sus partidarios hácia el sur, buscando nueva patria, como Eneas. El estado de las montañas de Perthshire favoreció sus intentos. Un gran Baron de aquel pais se habia rebelado contra el rey; *Ian*, que así se llamaba nuestro aventurero, se unió con los comisionados para castigarle, y sirvió tan bien á la corona, que obtuvo una concesion de las tierras en que residió el resto de su vida, y transmitió á sus descendientes. Acompañó al rey de Escocia cuando invadió las fértiles regiones de Inglaterra, y allí empleó sus ratos desocupados con tal actividad en exigir subsidios á los patanes de Northumberland y Durham, que á su vuelta pudo erigir una torre ó fortaleza de piedra, tan admirada por sus adherentes y vecinos, que habiéndole llamado hasta entónces *Ian Mac-Ivor*, ó Juan, hijo de Ivor, lo distinguieron despues en canciones y genealogía con el altivo título de *Ian nan Chait-t-l*, ó Juan de la Torre. Los descendientes de aquel héroe apreciaron tanto su origen, que el gefe reinante usaba siempre el título patroními-

co de *Vich Ian Vohr*, 6 hijo de Juan el Grande: todo el clan se denominó *Sliochd nan Ivor*, la raza de Ivor, para distinguirse del otro que habian dejado.

El padre de Fergus, décimo descendiente de Juan de la Torre por línea recta, se mezcló en la insurreccion de 1715, y tuvo que huir á Francia despues de aquella desgraciada tentativa en favor de los Estuardos. Mas feliz que otros fugitivos, obtuvo empleo en el servicio frances, y se casó con una señora noble de aquel reino, en la cual tuvo dos hijos, Fergus y su hermana Flora. Sus tierras fueron confiscadas y se pusieron en venta; pero las compró por poco dinero á nombre del jóven primogénito, que en consecuencia vino á residir en sus dominios nativos. Pronto se dió á conocer por hombre de rara penetracion, ambicion y aliento, y apénas se impuso en la situacion del pais, tomó gradualmente un tono peculiar y ambiguo que solo pudo adquirirse ahora sesenta años.

Si Fergus Mac-Ivor hubiera vivido sesenta años ántes, en toda probabilidad habria carecido de la finura y conocimiento del mundo que poseia; y á vivir sesenta años despues, no habria tenido su ambicion el páhulo que entónces la fomentaba. En su pequeño círculo era un político tan hábil como el mismo Castraccio Castrucani. Tomó gran empeño en terminar las discordias y discusiones que ocurrían con frecuencia entre otros clanes vecinos del suyo, de modo que vino á ser un árbitro frecuente en sus cuestiones. Robusteció su poder patriarcal por cuantos medios le pro-

porcionaba su fortuna, y aun apuro sus recursos para sostener la tosca y abundante hospitalidad, que era el atributo mas precioso de un caudillo. Por la misma razon cargó sus tierras con un vecindario robusto y propio para la guerra, pero mucho mayor del que podia mantenerse con ellas. Componiase por lo comun de individuos de su clan, á ninguno de los cuales dejaba salir de su territorio, siempre que podia impedirlo. Mantenía tambien aventureros del clan primitivo, que abandonaban á otro gefe mas rico, pero ménos belicoso, para unirse á la fortuna de Fergus Mac-Ivor. Aun otros individuos que no tenían igual derecho, eran admitidos á su servicio, que á la verdad no se rehusaba á cuantos tuvieran buenos brazos, y quisieran tomar el nombre de Mac-Ivor.

Presentósele ocasion para disciplinar sus fuerzas cuando le pusieron á mandar una de las compañías levantadas por el gobierno con el objeto de conservar la paz en las montañas. Desempeñó aquel encargo con gran vigor y energia, y conservó el orden mas completo en el territorio que se le habia encomendado. Hizo que sus vasallos entraran por turno en su compañía, y sirvieran cierto espacio de tiempo, con cuya medida logró dar á todos alguna tintura de la disciplina militar. En sus campañas contra los bandidos se notó que usaba la autoridad mas absoluta, que mientras las leyes no tenían efecto en las montañas, se juzgaba atribucion de los militares que ocurrían á sostener su imperio. Por ejemplo trataba con amplia y sospechosa lenidad á

los ladrones que restituían la presa por intimación suya, y se le sometían personalmente; al paso que perseguía con el mayor rigor, aprendía y sacrificaba á la justicia á cuantos entremetidos osaban despreciar sus amonestaciones y decretos. Por otra parte, si algunos ministros de justicia, partidas militares ú otras fuerzas presumían perseguir ladrones ó vagamundos en sus territorios, y sin pedirle consentimiento y favor, jamás dejaban de recibir algun golpe ó susto; en cuyos casos Fergus Mac-Ivor era el primero que lamentaba su desgracia, y despues de reprenderles su arrojo con dulzura, afectaba deplorar con sentimiento profundo la situacion poco segura de la tierra. Pero estas lamentaciones no impedían que se sospechase de él, y el gobierno recibió tales avisos, que exoneró á nuestro caudillo del mando militar que le habia confiado.

Cualquiera que fuese el sentimiento que esto le causó, tuvo arte para disimularlo perfectamente; pero muy pronto empezaron á sentir aquellos contornos los malos efectos de su destitucion. Donald Bean Lean y otros de su calaña, que ántes confinaban sus depredaciones á otros distritos, parecieron haberse ya establecido en aquella infeliz frontera, y sus atentados hallaban poca oposicion, porque los vecinos de los llanos eran casi todos jacobitas, y por lo mismo se les habia desarmado. Así muchos de ellos tuvieron que celebrar con Fergus Mac-Ivor contratos de *malla-negra*, que no solamente le constituían protector de ellos, dándole gran influjo, sino le proporcionaban recursos para sostener su hospitalidad feu-

dal, que sin esto se habia disminuido esencialmente por la falta del sueldo militar que ántes percibia.

En tola esta conducta, no solo aspiraba Fergus á ser el héroe de su vecindario, y á regir despóticamente su pequeña tribu. Habíase consagrado desde la niñez á la causa de la familia real expulsa, y persuadíase no solo de que su restauracion en el trono británico estaba próxima, sino tambien de que sus partidarios debian adquirir honores y riquezas. Con esta mira trabajaba en reconciliar y unir á los montañeses, y en aumentar su fuerza lo mas posible, á fin de estar pronto á la primera oportunidad favorable de insurreccion que se presentase. Con igual objeto se concilió el favor de los caballeros de los llanos inmediatos que sabia eran afectos á la buena causa; y por la misma razon, habiéndose peleado inadvertidamente con el Baron de Bradwardine, que con todas sus rarezas, era muy respetado en aquel pais, aprovechó la incursion de Donald Bean Lean para reconciliarse con él en los términos que ya mencionamos. Aun algunos supusieron que mandó sugerir á Donald aquella empresa; para abrir camino á una reconciliacion, que siendo así, costó al Baron dos buenas vacas de leche. La casa de Stuart recompensaba tan noble celo con una parte considerable de su confianza; algunas remesas de lises, abundancia de buenas palabras, y un pergamino autorizado con un sello enorme de cera, que parecia ser una patente de conde, concedida nada ménos que por Jacobo III, rey de Inglaterra, y octavo rey de

Escocia, á su muy fiel, digno y caro servidor Fergus Mac Ivor de Glennaquoich, en el condado de Perth, y reino de Escocia.

Deslumbrado Fergus con el fantástico brillo de aquella corona futura de conde, se implicó hasta el último en todas las correspondencias y tramas de aquel periodo lamentable; y como otros agentes igualmente activos, reconcilió su conciencia á dar en el servicio de su partido ciertos pasos, que le habrían vedado su honor y altivez, si no hubiera tenido mas objeto que promover sus intereses personales. Habiendo ya bosquejado aquel carácter audaz, ardiente, ambicioso y á la vez artero y político, volverémos á tomar el hilo interrumpido de nuestra historia.

Llegaron el caudillo y su huésped á la casa de Glennaquoich, que era la mansion de Ian nan Chaistel, torre alta, cuadrada y de lúgubre aspecto, á la que se agregaba una casa de alto, construida por el abuelo de Fergus, cuando volvió de la expedicion memorable que aun recuerdan los condados occidentales con el nombre de la Hueste Montañesa. Es probable que este Vich Ian Vohr fué tan feliz en aquella cruzada contra los *Whigs* de Ayrshire, como lo habia sido su predecesor en Northumberland; y por eso dió á su posteridad un edificio rival del anterior, monumento de su magnificencia.

La casa estaba sobre una eminencia, en medio de un pequeño valle, y en torno suyo no se observaban las comodidades y aun ménos los adornos que rodean comunmente la habitacion de un caballero. Un corral ó dos, divididos por cercas

de piedra suelta, eran las únicas partes en que el terreno estaba cercado: en lo demás las fajas angostas de tierra llana que se veían á la orilla del arroyo, presentaban una siembra mezquina de cebada, sujeta á constantes depredaciones de las jacas y reyes que pacían en los cerros inmediatos. Estas de cuando en cuando hacían en el terreno arable sus incursiones, y las repelían los disonantes y agudísimos clamores de media docena de zagales montañeses, que corrían como locos azuzando cada cual á un perro muerto de hambre para defender la sementera. A poca distancia se distinguía en el barranco un menguado bosquecillo de abedules; los cerros eran altos y brezosos, pero sin variedad alguna, de modo que toda la perspectiva parecía silvestre y desolada, más bien que imponente y solitaria. Mas tal como era, ningún verdadero descendiente de Iannan Chaistel habría trocado aquella posesion por Ston ni por Blenheim.

Sin embargo, ante la puerta se veía un cuadro que acaso habría dado más gusto al primer dueño de Blenheim que la más hermosa de las perspectivas en aquella posesion que le asignó la gratitud de sus conciudadanos. Formábanlo unos cien montañeses completamente vestidos y armados: al verlos su caudillo dijo á Waverley que „había mandado salir aquellos pocos individuos de su clan, para ver si estaban en disposicion de proteger aquel territorio, é impedir accidentes como el que había sufrido el Baron de Bradwardine; según los informes que tenía, y le habían sido muy sensibles.” Añadió que tal vez el capitán

Waverley gustaría de verlos hacer parte del ejercicio, ántes que marchasen.

Convino Eduardo, y aquellos hombres ejecutaron con agilidad y precisión algunos de los movimientos militares ordinarios. Luego tiraron al blanco, y mostraron extraordinaria destreza en el uso del fusil y la pistola. Apuntaban parados, sentados, inclinados ó tendidos en el suelo, segun se les mandaba, y siempre daban en el blanco. Apareáronse luego para el ejercicio del sable, y habiendo manifestado individualmente su destreza, se unieron en dos cuerpos, y formaron una especie de escaramuza, en que ejecutaban el ataque, la reunion, la fuga, el alcance y todas las circunstancias y fases comunes de un combate reñido, al son de la gran gaita guerrera.

Hizo el gefe una señal, y terminó la escaramuza. Entónces compitieron en correr, luchar, saltar, tirar la barra y otros ejercicios en que aquella milicia feudal mostraba increíble agilidad y fuerza; y llenaron el objeto de su caudillo, que era dar á Waverley alto concepto de su mérito como soldados, y del poder de quien los mandaba con un gesto.

„¿Y cuántos de estos guapos mozos tienen la fortuna de llamarse caudillo? preguntó Waverley.

„En una causa justa, y mandados por un gefe á quien amen, jamas han salido al campo los hijos de Ivor con ménos de quinientos claymores (sables.) Pero ya sabeis, capitán Waverley, que el desarme general les impide hallarse listos hoy como en otro tiempo; yo solo tengo armados en mi clan los muy necesarios para defender

mis bienes y los de mis amigos, cuando la tierra se ve infestada por gente como vuestro huésped de anoche; y el gobierno que nos quita otros medios de defensa, tiene que tolerarnos cuando nos protegemos por nuestra cuenta.”

„Pero con una fuerza como la que teneis, pronto pudierais destruir ó sujetar cuadrillas de tunantes, como la de Donald Bean Lean.”

„Sin duda; y mi recompensa seria una órden para que entregase al general Blakeney en Stirling los pocos sables que nos han dejado: creo que tal conducta no seria muy politica.—Pero venid, capitán; las gaitas nos avisan que la comida está pronta. Permitidme el honor de introducir os á mi rústica morada.”

CAPITULO XX.

Un banquete montañés.

Antes que entrase Waverley á la sala del festín, le ofrecieron el refrigerio patriarcal de un baño de piés, que le fué muy grato por el calor del día, y los zarzales que habia pasado. Es verdad que en esta ocasion no se vió tan bien servido como los viajeros heroicos de la Odisea, pues la ablucion fué desempeñada no por una hermosa doncella, sino por una montañesa vieja y ahumada, que al parecer no se juzgó muy honrada con aquel ministerio, sino murmuraba entre dientes. „Los rebuños de nuestros padres no pastaban tan inmediatos, que deba yo haceros este servicio.” Sin embargo, un corto regalo reconcilió á la an-

ciána camaréra con la supuesta dégradacion, y al levantarse Eduardo le dió su bendicion con el proverbio gaélico: „Llénese la mano abierta mas que las otras.”

El salon en que estaba preparado el banquete ocupaba todo el primer piso de la ereccion original de Ian nan Chaistel, y por toda su extension corria una gran mesa de roble. El aparato gastronómico era sencillo y aun tosco, y los convidados numerosísimos. En la cabecera de la mesa se colocó el caudillo con Eduardo, y dos ó tres montañeses de clanes vecinos que habian venido á visitarle: seguian los mayores de su propia tribu, que ocupaban partes de sus tierras como hipotecarios ó arrendatarios; tras ellos, sus hijos, sobrinos y hermanos de leche; seguian por su órden los criados del caudillo, y á lo último los censuatrios que cultivaban directamente la tierra. Despues de tan larga perspectiva, aun percibia Eduardo en el prado sobre el que se abrían dos anchas puertas, una multitud de montañeses de clase inferior, que sin embargo se consideraban huéspedes, y participaban de la presencia del jefe hospitalario y de la profusion del día. A mayor distancia se veia fluctuar un variable grupo de mugeres, muchachos andrajosos de ambos sexos, mendigos ancianos y jóvenes, galgos grandes, otros perros de caza y gozques inferiores, que todos tomaban algun interes mas ó ménos inmediato en la principal accion del drama.

Aunque esta hospitalidad era abundante en apariéncia, no la faltaba cierta economia. Ha-

biase puesto algun cuidado en preparar los platos de pescado, montería, &c. que estaban por la parte superior de la mesa, y mas á la vista del forastero ingles. Mas abajo se alzaban trozos inmensos de carnero y vaca, que á no ser por la falta de carne de cerdo, aborrecida en las montañas, hubieran figurado bien la ruda festividad del banquete dado por los pretendientes de Penélope. Pero el plato central era un cordero de año, asado entero. Estaba parado, con un manojo de perejil en la boca, probablemente para satisfacer el orgullo del cocinero, que preciaba mas la profusion que la elegancia en la mesa de su señor. Los montañeses atacaron ferozmente con sus dagas ó cuchillos los costados del pobre animal, de modo que no tardó en ofrecer un espectáculo triste y ruinoso. Los víveres del departamento que seguia eran de clase todavía mas inferior, aunque bien abundantes. Los hijos de Ivor que comian al aire libre, se regalaban con caldo, cebollas, queso y las reliquias del banquete.

El licor estaba distribuido en la misma proporcion, y por reglas semejantes. Botellas de vino tinto superior y champaña circulaban entre los vecinos inmediatos del jefe; whiskey puro ó agnado, y cerveza fuerte refrescaban á los convidados inferiores. Todos los concurrentes sabian que su gusto debia regularse por el lugar que ocupaban en la mesa; y así los ancianos de la tribu decian que el vino era bebida muy fria para sus estómagos, y aparentaban pedir por eleccion el licor que se les asignaba por economia.

Los gaiteros, que eran tres, berreaban, durante la comida, una tremenda sonata guerrera, y los ecos del techo embovedado, y los acentos ásperos de la lengua céltica producían tal Babel de sonidos, que Waverley temió que sus oídos quedasen afectados para siempre. Mac-Ivor quiso disculpar la confusión producida por aquella concurrencia tan numerosa, alegando que su situación le imponía como deber una hospitalidad sin límites. „Estos parientes robustos y holgazanes que tengo, dijo, creen que debo mi hacienda á su auxilio, y por eso estoy en obligación de buscarles carne y cerveza, mientras los muy tunantes no hacen más que ejercitar el sable, ó vagar por los cerros, cazando, pescando, bebiendo y enamorando á las mozas de este contorno. Mas ¿qué puedo hacer yo, capitán Waverley? Todo animal sigue sus inclinaciones y quiere á sus semejantes, ya sea un alcon, ya un montañés.” Eduardo le contestó como él esperaba, cumplimentándole por tener tantos dependientes valerosos y aliciosos á su persona.

„Oh! sí, replicó el caudillo; , si yo quisiera, como mi padre, ponerme en disposición de que me dieran un golpe en la cabeza ó dos en el cuello, creo que los tunos estarían por mí. ¿Pero quién puede pensar en tal cosa hoy, cuando reina la máxima de que vale más una vieja con una tálega en la mano, que tres hombres con sus espadas ceñidas?” Entonces dirigiéndose á la concurrencia, propuso brindar á la salud del capitán Waverley, digno amigo de su noble vecino y aliado el Barón de Bradwardine.”

„Bien venido ses, dijo uno de los mayores, si viene introducido por Cosme Comyne Bradwardine.

„Eso no, dijo otro viejo que al parecer no queria corresponder al brindis; „eso no: mientras haya en el bosque una hoja verde, habrá fraude en un Comyne.”

„No hay mas que honor en el Baron de Bradwardine, replicó otro anciano; y el huésped que nos envia debe ser bien recibido, aunque traiga sangre en sus manos, a ménos que sea sangre de la raza de Ivor.”

El viejo, cuya copa estaba llena todavía, le dijo: „Pues bastante sangre de la raza de Ivor ha tenido las manos de Bradwardine.

„Ah Ballenkeiroch! repuso el primero, recordais el fogonazo de la carabina en las inmediaciones de Tully-Veolan, y olvidais el brillo de la espada que peleó por la causa en Preston.”

„Y con razon, respondió Ballenkeiroch; „el fogonazo de la carabina me costó un hijo gallardo, y el brillo de la espada sirvió poquisimo al rey Jacobo.”

Entónces el caudillo explicó á Waverley con dos palabras en frances, que el Baron habia muerto al hijo de aquel anciano en una escaramuza junto á Tully-Veolan, siete años ántes; y en seguida se apresuró á disipar la prevencion de Ballenkeiroch, advirtiéndole que Waverley era un ingles, y no estaba unido por afinidad ni parentesco á la familia de Bradwardine; con lo que el anciano levantó su copa, que ántes no habia querido probar, y bebió á su salud con afectuo-

ga cortosía. Correspondido este obsequio, hizo el jefe á los gaiteros seña! para que callasen, y dijo en alta voz: „Amigos míos, ¿dónde se oculta el canto, que no puede hallarle Mac-Murrough?” Este personaje anciano, que era el *bhairdhí* ó poeta de la familia, se puso luego en pié, y empezó á cantar en tono bajo y rápido muchos versos célticos, que recibió el auditorio con aplauso entusiasta. Segun adelantaba en su declaración, parecia crecer su fuego. Al principio tenia fijos en tierra sus ojos; luego los giraba al rededor, como suplicando; otras veces parecia implorar la atención de sus oyentes, é iba dando á su voz tonos vivos y apasionados, que acompañaba con los gestos correspondientes. Eduardo, que lo escuchaba con mucho interés, creyó percibir en su recitado muchos nombres propios, y que lamentaba en él á los muertos, apostrofaba á los ausentes, exhortaba, suplicaba y animaba á los presentes. Aun creyó discernir su propio nombre, y se confirmó en tal conjetura al ver que en aquel momento toda la concurrencia fijó los ojos en él, por un movimiento simultáneo. El ardor del poeta parecia comunicarse al auditorio. Las facciones asoleadas y salvages de los concurrentes fueron tomando una expresión mas animada y fiera; todos se inclinaban hácia el bardo, levantábanse muchos, y exaltados esgrimian sus armas, y otros ponian las manos sobre sus sables. Cuando cesó el canto, hubo una pausa larga, hasta que los inflamados afectos del poeta y de sus oyentes volvieron á tomar gradualmente su curso acostumbrado.

El caudillo, que durante aquella escena parecía observar las emociones de los concurrentes, mas bien que tener parte en su entusiasmo, llenó de vino una pequeña copa de plata que tenía junto á sí, y dándola á un sirviente, "Llévala, dijo, á Mac-Murrough nan Fohá (de los cantos), y cuando haya bebido el jugo, guarde por amor de Vich-Ian Vohr la concha que lo contenia." Mac-Murrough recibió aquel don con gratitud profunda; bebió el vino, y besando la copa, la ocultó con reverencia en la capa que tenía plegada sobre su pecho. En seguida prorumpió en lo que supuso Eduardo justamente ser una efusion extemporánea de gratitud y elogios á su jefe. Recibióse con aplausos, pero no produjo el efecto que su primer poema, aunque era visible la alta aprobación con que miraba el clan la generosidad de su caudillo. Siguiéron con gusto general muchos brindis gaélicos, algunos de los cuales tradujo así Fergus á su huésped:

„Al que no vuelva la espalda á su amigo ni á su enemigo." „Al que jamas abandonó á un compañero " „Al que nunca vendió ni compró la justicia." : „Hospitalidad al desterrado, y quebranta huesos al tirano," „Montañeses, hombre con hombre," con otros muchos sentimientos enérgicos de igual naturaleza,

Eduardo tenía particular empeño en comprender el primer canto, que parecia producir tal efecto en las pasiones de la concurrencia, y comunicó al caudillo su curiosidad. „Como observo, dijo Fergus, que habeis dejado pasar la batalla en los tres últimas vueltas, iba á proponer-

ros que os retiraseis á la mesa de té de mi hermana, la cual puede explicaros mejor que yo lo que deseais. Aunque no puedo restringir la festividad ordinaria de mi clan, no me inclino á excederme en ella, ni ménos, añadió sonriéndose, tengo aquí un oso que devore el juicio de los que pueden usarlo provechosamente.”

Eduardo convino gustoso en la propuesta, y el caudillo dijo algunas palabras á los que le rodeaban, y se levantó de la mesa seguido por Waverley. Cuando cerraban la puerta tras ellos, oyó Eduardo que brindaban á la salud de Vic Ian Vohr, con un vivísimo aplauso, que expresaba la satisfaccion de sus huéspedes, y su devocion profunda al servicio del gefe.

CAPITULO XXI.

La hermana del caudillo.

Las asistencia de Flora Mac-Ivor estaba mueblada con la mayor sencillez, porque en Glennaquoich se ahorraba cualquier otro gasto en lo posible para mantener en su plena dignidad la mesa hospitalaria del caudillo, y sostener y multiplicar el número de sus dependientes y adherentes. Pero esta parsimonia no se extendia al traje de Flora, que era elegante y aun rico, y en su disposicion participaba de las modas parisienses y de la sencillez montanesa, combinadas con exquisito gusto. El arte de los peluqueros no habia desfigurado sus cabellos, que caian sobre su cuello en rizos bellisimos, confinados solo por una dia-

dema estrellada con diamantes. Habia adoptado esta peculiaridad para conformarse á la preocupacion de los montañeses, que no podian ver cubierta la cabeza de una muger ántes de su matrimonio.

Flora Mac-Ivor se parecia mucho á su hermano Fergus; tanto, que podian los dos haber hecho los papeles de Viola y Sebastian con el mismo efecto exquisito que producian en ellos Mrs. Siddons y su hermano. Tenian el mismo perfil regular y antiguo, los mismos ojos pardos, pestañas y cejas, y una tez igualmente pura, con la sola distincion de que la de Fergus estaba mas morena por el ejercicio natural á un hombre, y la de Flora poseia la mas exquisita delicadeza femenil. Pero la regularidad altiva y aun dura de las facciones de Fergus, tenia bellissima suavidad en las de Flora. Sus voces tambien eran parecidas en tono, aunque tenian distinta clave. La de Fergus, sobre todo cuando mandaba á sus subalternos en los ejercicios militares, recordaba á Eduardo la descripcion de Emetrio en uno de sus poetas favoritos.

Su noble voz en torno resonaba,
cual argentado son de la trompeta.

Al contrario, la de Flora era dulce y suave, cosa excelente en una muger: sin embargo, cuando se empeñaba en la discusion de algun punto favorito, que solia seguir con natural elocuencia, unia el tono mas imponente al de la insinuacion mas persuasiva. El impaciente mirar de los brillantes ojos negros que en el caudillo parecia indignarse aun contra obstáculos materiales, to-

maba en su hermana una expresion dulcemente pensativa. Los ojos de Fergus parecian buscar gloria, poder, cuanto pudiera exaltarlo sobre el nivel comun de la humanidad; pero los de su hermana, cual si ella conociera ya la superioridad mental que poseia, parecian ver con mas piedad que envidian los que disputaban por cualesquiera otras distinciones. Sus sentimientos correspondian á la expresion de su semblante. La educacion primera la habia inspirado, lo mismo que al caudillo, el mas decidido afecto á la familia de Stuart desterrada. Creia un deber de su hermano, de su clan y de todo hombre en Inglaterra y Escocia, el contribuir con cualquier peligro personal á la restauracion que aun esperaban los partidarios del caballero de San Jorge. Para este fin estaba resuelta á emprenderlo todo, á sufrirlo todo, á sacrificarlo todo. Pero su lealtad que excedia en fanatismo á la de su hermano, la superaba tambien en pureza. Acostumbrado Fergus á intrigas subalternas, envuelto necesariamente en mil discusiones interesadas y mezquinas, y ambicioso por naturaleza, mezclaba con su fe politica las miras de interes personal y engrandecimiento que eran tan fáciles de combinar con ella; y en el momento en que desenvainara su claymore, seria difícil decidir si llevaba el objeto de hacer rey á Jacobo Stuart, ó conde a Fergus Mac-Ivor. Es verdad que aun á si mismo procuraba ocultarse aquella mezcla de afectos que sin embargo existia en grado eminente.

Pero en el seno de Flora ardía el zelo de la

lealtad puro é incontaminado con ningun sentimiento de egoismo. Habiera creído profanacion igual el cubrir con la máscara de la religion miras ambiciosas é interesadas, que unirlos á opiniones que en su concepto equivalian á patriotismo. Tales ejemplos de devocion no fueron raros entre los partidarios de la desgraciada casa de Stuart, como lo acreditan muchos casos memorables que tendrán presentes mis lectores. Pero el afecto y atencion particular que el caballero de San Jorge y su princesa dispensaron á los padres de Fergus y su hermana, y aun á ellos mismos cuando quedaron huérfanos, remacharon las cadenas de su fidelidad. Fergus cuando murieron sus padres, sirvió algun tiempo como pago de honor á la princesa, que lo trató siempre con la mayor distincion, por su gallardia y viveza de genio. Lo mismo hizo con Flora, á la que tuvo algun tiempo á expensas suyas en un convento de primer órden, pasándola despues á su propia familia, en la cual permaneció casi dos años; y umbos recordaban aquellos favores con la gratitud mas afectuosa y profunda.

Habiendo tocado así los rasgos principales del carácter de Flora, pasaré sobre lo restante con mas ligereza. Su mérito era grande, y habia adquirido los modales elegantes que se debian esperar de una jóven que en su primera juventud habia sido compañera de una princesa; empero no sabia substituir el barniz de la cortesia á la realidad del afecto. Cuando pasó á fijarse en las regiones solitarias de Glennaquoch, vió que sus recursos en las literaturas francesa, inglesa é ita-

liana serian pocos é interrumpidos; y para ocupar sus ratos ociosos se dedicó á la música y tradiciones poéticas de los montañeses, y empezó á tomar un gusto verdadero á tal estudio, cuando su hermano, cuyas percepciones del mérito literario eran mas rudas, solo afectaba tenerlo por ganarse popularidad. El extremado placer que causaban sus preguntas á los montañeses que consultaba en aquellas investigaciones, la confirmó en su propósito de continuarlas.

El amor á su clan, afecto casi hereditario en ella, era, como su lealtad, una pasión mas pura que en su hermano. Era este demasiado político, y miraba demasiado su influjo patriarcal como un medio de engrandecerse, para que lo propongamos por modelo de un caudillo montañés. Flora tenia igual empeño en sostener y extender su poder patriarcal, mas solamente con el generoso deseo de libertar de la pobreza, ó por lo ménos de pobreza y opresion extraña, á los que por su nacimiento debia regir su hermano, segun las nociones de aquel pais y de aquel tiempo. Gastaba los ahorros de una corta pensión que la daba la princesa Sobieski, no en aumentar las comodidades de sus dependientes, pues esta era palabra que ellos no entendian ni parecian quererla entender, sino en aliviar sus absolutas necesidades cuando estaban enfermos ó eran muy ancianos. En cualquier otro periodo mas bien trabajaban ellos en buscar algo que partir con su caudillo, como prueba de su afecto, que esperar de él otro auxilio que el de la tosca hospitalidad de su mesa, y la division y subdivision go-

neral de sus tierras entre todos sus adherentes. Amaban tanto á Flora, que cuando Mac-Murrough compuso unos versos en que enumeraba todas las bellezas principales del distrito, é indicaba la superioridad de ella sobre todas, concluyendo con que „la manzana mas hermosa pendia en el ramo mas alto,” recibió por donativos de los individuos del clan, mas cebada que la necesaria para sembrar su Parnaso montañes, y diez tantos mas.

La sociedad de Mis Mac-Ivor era limitadísima, tanto por su situación como por su carácter. Su amiga mas íntima habia sido Rosa Bradwardine, á la que amaba mucho; y cuando estaban juntas, habrian presentado á un artista dos modelos admirables para la musa jovial y la melancólica. Es verdad que su padre amaba tanto á Rosa, y el círculo de sus deseos era tan limitado, que él estaba pronto á satisfacérselos todos, y casi ninguno excedia los límites de sus facultades. No sucedia lo mismo á Flora. Cuando aun era niña, habia sufrido una completa mutacion de escena, pasando del esplendor y la alegría á soledad absoluta y comparativa pobreza; y las ideas y deseos que fomentaba principalmente, se referian á grandes acontecimientos nacionales, y á mudanzas imposibles de conseguir sin peligros y sangre, y en las que por lo mismo no podia pensarse ligeramente. Por esto eran serios sus modales, aunque contribuia gustosa con sus talentos á la diversion de la sociedad en que solia encontrarse, y tenia excelso lugar en el concepto del anciano Baron, que solia cantar con ella ciertos duos de Lindora y Cloris &c. que se usaban

por los últimos años que reinó Luis el Grande.

Creíase generalmente, aunque ninguno osó indicarlo al Baron de Bradwardine, que las súplicas de Flora habían tenido no poca parte en disipar la ira de Fergus, cuando los dos se disgustaron. Atacóla ella por su franco débil, recordándole primero los años del Baron, y advirtiéndole despues lo que podia sufrir su causa política, y que él perderia el concepto de prudencia que tanto necesita un agente político; si persistia en llevar al extremo aquella cuestion importuna. De otro modo, es probable que hubiese terminado en un duelo, tanto porque el Baron habia derramado sangre del clan algunos años ántes (aunque este asunto se habia compuesto ya), como por su alta reputacion de destreza en la esgrima, que casi tenia Fergus la dignacion de envidiarle. Por igual motivo tomó empeño en su reconciliacion, á la que se prestó el caudillo con mas facilidad porque favorecia algun otro proyecto suyo.

Esta señorita se hallaba presidiendo al imperio femenino de la mesa de té, cuando Fergus la presentó al capitán Waverley, á quien ella recibió con las fórmulas ordinarias que requiere la cortesía.

CAPITULO XXII.

Música montañesa.

Pasadas las primeras soluciones, dijo Fergus á su hermana: „Querida Flora, ántes que vuelva yo á seguir el bárbaro ritual de nuestros mayores, debo decirte que el capitán Waverley

es adorador de la musa céltica, acaso porque no entiende una palabra de su idioma. Le he dicho que tú eres eminente como traductora de la poesía montañesa, y que Mac-Murrough admira tus versiones por igual motivo que admira el capitán Waverley los originales, y es porque no los comprende. ¿No tendrás la complacencia de leer ó recitar á nuestro huésped en inglés la extraordinaria sarta de nombres que ayudó Mac-Murrough en gaélico? Apuesto mi cabeza contra una pluma de pato á que ya la tienes traducida; pues sé que influyes en los consejos del bardo, y sabes ya sus cantos mucho tiempo ántes de que nos los recite en el salón.

„¿Cómo puedes afirmar eso, Fergus? Ya sabes cuán poco pueden interesar esos versos á un extranjero inglés, aun cuando yo fuera capaz de traducirlos como dices.”

„Lo propio que me interesan á mí, señora mía: vuestra composición unida (pues insisto en que has tenido parte en ella), me ha costado hoy la última copa de plata que habia en casa, y supongo ha de costarme algo mas cuando vuelva á tener *cour pléniere*, si la musa desciende sobre Mac-Murrough, porque ya sabes nuestro proverbio: “Cuando la mano del caudillo se encoge, se huela el aliento del bardo.” Eso me importaría poco: hay tres cosas inútiles ya para un montañés moderno, una espada que no debe sacar; un bardo que canta hechos que nadie imita, y una gran bolsa de piel de cabra, sin tener un lais de oro que echar en ella.”

„Muy bien, hermano; puesto que descubres mis

secretos, no debes esperar que yo guarde los tuyos. Sabed, capitán Waverley, que Fergus es demasiado altivo para trocar su sable por un bastón de mariscal; que juzga á Mac Murrrough superior á Homero. y no daría su bolsa de piel de cabra por todos los luises de oro que en ella caben.

„Bien dicho, Flora: golpe á golpe, como dijo Conan al diablo. Sigue, pues, hablando de bardos y poesía, sino de bolsas y claymores, mientras yo vuelvo á hacer los honores finales á los senadores de la raza de Ivor.” Y diciendo esto, salió del cuarto.

Continuó la conversacion entre Flora y Waverley; porque en ella no tomaron parte algunas muchachas bien vestidas, cuyo carácter parecia vacilar entre los de criadas y compañeras. Ambas eran agraciadas, pero solo servian para realzar la gracia y hermosura de su patrona. La conversacion siguió el giro que la habia dado Fergus, y Waverley oyó con igual interes y sorpresa lo que Miss Mac-Ivor le refirió sobre la poesía céltica.

„La principal diversion, dijo ella, de una tertulia montañesa en invierno, consiste en la recitacion de poemas, que contienen hazañas de los héroes, lamentos de enamorados, y las guerras de tribus rivales. Dicen que algunas de estas composiciones son antiquísimas, y si algun dia llegan á traducirse en cualquiera de los idiomas de la Europa civilizada, no pueden ménos de producir una sensacion general y profunda. Otros hay mas modernos, compuestos por los bardos familiares,

á quienes mantienen como poetas é historiadores de sus tribus los gefes de mas poder y nombre. Estos, como es fácil presumir, poseen varios grados de mérito; pero mucha parte de él se evapora en una traducción, ó es incomprendible para los que no simpatizan con los afectos del poeta."

„Y vuestro bardo, cuya efusion pareció producir tal efecto en la concurrencia de hoy, ¿será uno de los poetas mas célebres en las montañas?"

„Me haceis una pregunta difícil. Mac-Murrrough goza mucha reputacion entre sus compatriotas, y no me corresponde disminuirla."

„Pero su canto, Mis Mac-Ivor, parecia electrizar á todos esos guerreros, tanto jóvenes como ancianos."

„Su canto casi está reducido á un catálogo de nombres de los clanes montañoses con sus distintas peculiaridades, y á una exhortacion para que recuerden y emulen las proezas de sus mayores."

„¿Y me habré engañado al conjeturar, (aunque tal presuncion os parezca rara,) que en los versos que recitó se mezclaban algunas alusiones á mi persona?"

„Teneis una observacion viva, capitán Waverley, que en este caso no os ha engañado. Como la lengua gálica es muy vocalica, es muy propia para improvisaciones; y un bardo rura vez deja de aumentar el efecto de un canto premeditado, mezclándole algunas estrofas que le sugieren las circunstancias del momento."

„Dadme mi mejor caballo por saber lo que el

bardo montañés ha dicho de un indigno suriano como yo.”

„Lo sabreis sin que os cueste ni una guedeja de su cria.—Una, *Mavourneen!* (Dijo algunas palabras á una de las muchachas, que al punto hizo una cortesía, y salió del cuarto.) He despachado á una para que pregunte al bardo las expresiones que usó, y tendré el gusto de servirlos como dragoman.

Una volvió á pocos minutos, y repitió á su señora algunas palabras gaélicas. Flora se quedó pensativa un momento, y ruborizándose un poco, dijo á Eduardo: „Me es imposible, capitán Waverley, satisfacer vuestra curiosidad, sin exponerme á parecer presumida. Si me permitis que medite algunos momentos, procuraré ligar el sentido de lo que se me ha dicho á la tosca traducción inglesa que he intentado de una parte del original. Los deberes de la mesa de té parecen concluidos, y como la tarde está deliciosa, Una os enseñará uno de mis asilos favoritos, en que os aguardaré con Catalina.”

Una recibió de Flora sus instrucciones en su lengua nativa, y condujo á Waverley fuera por puerta diferente de la que había pasado al entrar. Oyó de lejos que aun resonaba el salón del caudillo con el rumor de las gaitas y los ardientes aplausos de los huéspedes. Salieron del edificio por una puerta falsa, y anduvieron algun trecho por el pequeño y desolado valle en que se hallaba situado, siguiendo el curso del riachuelo que por él serpenea. Como á un cuarto de milla de la casa se juntaban dos arroyos, formando aquel ria-

chuelo. El mayor de ellos bajaba por el largo y estéril valle, que al parecer se extendía sin alteración alguna de su superficie hasta los cerros que formaban su límite. Pero el otro arroyo que salía de las montañas situadas á la izquierda, parecía brotar de una abertura muy estrecha y profunda entre dos peñascos enormes. Aquellos dos arroyos parecían también diferentes en carácter. El mayor corría sereno, revolviéndose en remolinos profundos ó durmiendo en remansos plácidos y azulados; pero la corriente del menor era furiosa y rápida, y salía de entre los precipicios alborotado y espumoso, como un frenético de su j-u-a.

siguiendo hácia arriba el curso de este último arroyo iba Waverley tras la hermosa doncella montañesa, su silenciosa guía, como un caballero andante. Una vereda estrecha, compuesta en muchos parages para que pasase cómodamente Flora, le condujo á una perspectiva muy diversa de la que dejaba. Al rededor del castillo, todo yacía yerto, estéril y desolado; pero aquella estrecha barranca, situada tan cerca de él, parecía conducir á un suelo encantado. Las peñas tomaban mil figuras peculiares y variadas. En algun lugar se presentaba un precipicio gigantesco, que parecía negar todo paso á los curiosos; y solo cuando llegó Waverley á tocar su base, percibió el súbito giro con que salvaba el sendero aquel obstáculo formidable. En otro punto se hallaban tan cerca los dos lados opuestos de la barranca, que dos pinos tendidos sobre ellos y cubiertos con césped, formaban un puente rústico á la altura de

ciento y cincuenta piés por lo ménos. No tenia antepechos, y su ancho era de una vara escasa.

Miéntas Waverley contemplaba aquel peso peligroso, que atravesaba como una línea negra la pequeña parte del cielo azul que no cubrían las peñas salientes por uno y otro lado, vió con una sensacion de horror que Flora y su doncella aparecian sobre aquella estructura trémula como habitantes de otra region, y al parecer colgadas entre el cielo y la tierra. Paróse ella cuando le vió abajo, y le saludó agitando su pañuelo con un desembarazo noble que lo hizo estremecerse. El vértigo que le causó aquella vista no le permitió corresponder á su salutacion, y respiró con inexplicable alivio cuando la hermosa aparicion pasó de la peligrosa altura que parecia ocupar con tal indiferencia, y desapareció por el otro lado.

Entónces avanzó un poco mas, y pasó bajo el puente que habia contemplado con tal terror. Desde allí subia rápidamente el camino, abandonando la orilla del torrente, y la barranca se abria formando un anfiteatro silvestre, adornado con abedules, encinas, avellanos y tal cual abeto, entre los cuales aun mostraban las peñas sus ásperas y musgosas puntas. Todavía mas arriba se alzaban cumbres y picos, algunos desnudos, otros boscosos y otros cubiertos de flores purpúreas ó erizados con impenetrables rocas. El sendero que por algun espacio se alejaba del torrente, dió una vuelta corta, y puso repentinamente á Waverley ante una cascada primorosa. No era tan notable por su gran elevacion ó por el volúmen de sus aguas, como por otras circuntancias que hacian

delicioso aquel sitio. Tras un salto como de veinte piés, se recogía el torrente en un vasto receptáculo natural completamente lleno de agua tan pura, que donde cesaban los borbollones causados por la caída, podían distinguirse las guijas del fondo, aunque tenía mucha profundidad. Remolinábase el arrollo en torno de aquel receptáculo, del que salía por una rotura del borde, formando segunda cascada, que parecía perderse en un abismo; giraba despues abajo por entre piedras lisas, que habia estado bruñendo por siglos, y murmurando por la barranca, formaba el riachuelo que poco ántes habia orillado Waverley. Las márgenes de aquel bello algibe natural correspondían á él en hermosura solemne y grandiosa. Algunos pedazos de riquísimo césped se veían interrumpidos por peñas enormes, y adornados con árboles y arbustos exquisitos, algunos de los cuales se habian plantado bajo la direccion de Flora, pero con tal tino que aumentaban la gracia del cuadro, sin disminuir su novelesca hermosura.

Allí encontró Waverley á Flora que estaba mirando la cascada, y parecia una de las bellas figuras que adornan los paisajes de Claudio. Dos pasos mas atras estaba Catalina teniendo una pequeña harpa escocesa, cuyo uso habia enseñado á Flora el anciano Rory-Dall, uno de los últimos harpistas de las montañas occidentales. El sol próximo ya al occidente, prestaba riquísimo y variado color á todos los objetos que tenia Waverley en torno suyo, y parecia dar mas que humano brillo á los expresivos ojos negros de Flora, exaltando la cándida pureza de su tez, y realzando

do la dignidad y gracia de su gallarda persona. Eduardo pensó que ni en sus visiones mas exageradas habia imaginado jamas una figura revestida de tan exquisita é interesante belleza. La silvestre hermosura del sitio que se le presentó como por magia, aumentaba la suspension respetuosa y deleite con que se acercó á ella, mirandola como á una de las encantadoras bellisimas creadas por Boyardo ó Ariosto, á cuya señal parecia creado aquel bello paisaje, semejante á un Eden en el desierto.

Flora, como toda hermosura, conocia su poder, y se complacia en sus efectos, que discernia fácilmente en el porte respetuoso y confuso del jóvon soldado. Mas como poseia tambien un juicio excelente, no olvidó el influjo de aquel paisaje novelesco y otras circunstancias accidentales al apreciar los afectos que parecian agitar á Waverley; ó ignorando las peculiaridades fantásticas de su carácter, consideró su homenaje como el tributo pasajero que debia esperar en aquella situacion una muger aun de mérito inferior al suyo. Por lo mismo se dirigió tranquilamente á un parage situado á tal distancia de la cascada, que su ruido acompañase y no interrumpiese los ecos de su voz é instrumento, y sentándose en el fragmento musgoso de un penasco, tomó su harpa de manos de Catalina:

„Capitan Waverley, os he causado la molestia de haceros venir hasta aquí, creyendo que este paisaje podia interesaros; y porque una cancion montañesa aun se resentia mas de mi traduccion imperfecta, si la escuchais en los accidentes que:

le son propios. Para hablaros en el lenguaje poético de mi país, el asiento de la musa céltica es la niebla del collado solitario, y su voz, el eco de un torrente que baja del monte. Sus adoradores deben preferir la roca estéril al valle florido, y la soledad del desierto á la festividad del salón.

Pocos habrían oído á tan hermosa jóven hacer esta declaración con una voz armoniosa y patética, sin exclamar que la musa á quien invocaba no podía tener quien la representase mas dignamente. Pero Waverley, aunque así lo pensó, no tuvo aliento para decirlo. La sensación extraordinaria de novelesca delicia con que oyó las primeras notas del harpa, equivalía casi á un dolor positivo. No hubiera trocado por mundos el asiento que ocupaba junto á Flora; sin embargo, ansiaba casi por estar solo, para descifrar y analizar libremente las emociones complicadas que agitaban su espíritu.

Entretanto, habia trocado Flora la recitación mesurada y monótona del bardo por una sonata montañesa muy animada, que habia sido antiguamente un himno bélico. De algunos sonidos irregulares pasó á un preludio de tono singular y vivo que formaba mágica armonía con la catarata distante y con el blando aliento de la brisa vespertina, que murmuraba entre las movibles hojas de un álamo, cuyas ramas cubrían el asiento de la hechicera poetisa. La siguiente versión dará poquísima idea de los afectos con que oyó Waverley el original, cantado y acompañado de aquel modo.

La niebla obscurece el monte, la noche obscura

rece el valle; pero aun es mas tenebroso el sueño de
 los hijos del Gael. Múndaba un extranjero: hu-
 dióse en la tierra, y dejó helados todos los corazones é
 inútiles todas las manos.

Las dagas y rodelas yacen cubiertas de polvo, y
 solo el orin enrojece ya los claymores: si aparece
 algun fusil en el cerro ó en la barranca, solo es pa-
 ra hacer la guerra al gallo silvestre ó al corzo.

Cuando nuestros bardos celebren las proezas de
 nuestros mayores, sea su galardon un golpe, ó ru-
 bor igrominoso. Rómpanse las cuerdas, y callen
 los acentos que nos recuerden una gloria desva-
 necida!

Mas ya pasaron las horas tenebrosas de la no-
 che y del sueño, y al fin apunta la aurora sobre
 nuestra montañas: su luz ilumina los picos de Glen-
 naludale, y los torrentes de Glenfinnan saltan inun-
 dados en fuego.

¡Oh Moray mignónimo! ¡oh desterrado carísimo!
 Levanta el ESTANDARTE entre el esplendor matuti-
 no! Vuele tendido á los vientos del norte, como el ra-
 yo postrero del sol cuando se aproxima la borrasca!

Hijos de los fuertes! cuando apunte la aurora,
 ¿necesitareis que os despierte el harpa del anciano?
 Jamas tuvieron tal aurora los ojos de vuestros pa-
 dres, sin que todos los nobles caudillos se alzasen
 á vencer ó morir con gloria.

Descendientes de los reyes que dominaban en
 Islay, gefes altivos de los clanes Rivald, Glengar-
 ry y Sleat! Combinuos como tres torres que ba-
 jan de una montaña nevada, y precipitaos con ir-
 resistible union sobre el enemigo!

Hijo verdauero de Sir Evan; Lochiel indómito,

échate al hombro la rodela, y bruñe tu acero formidable! Aspero Keppoch, anima la generosa voz de tu corneta, hasta que la distante Coryn responda á sus ecos.

Hijo firme de Lord Kennet, caudillo excelso de Kintail, haz saltar en la brisa el ciervo que adorna tu estandarte! ¡Ojalá que la estirpe libre y valerosa de Clan Gillean recuerde á Glenlivet, Harlaw y Dundee!

Tribu del anciano Fingon, cuya prole ha dado tales héroes á la tierra y tales mártires al cielo, únete con la raza ilustre de Rorry More, lanza la veloz galera, y esfuerza los remos voladores!

Cuánto gozo tendrá Mac-Shimei cuando su caudillo desplegue la gorra coronada sobre su cabellera enconecida! Cómo clamarán por venganza al arrojar al enemigo las razas del injuriado Alpin y del asesinado Glencoe!

Hijos del moreno Dermidio, que matasteis al javali furioso, cobrad la pura fe de Callain-More! Mac-Neil de las islas, Moy del lago! Despertad al grito de honor, libertad y venganza!

Aquí llegaba Flora, cuando apareció por la barranca un hermoso galgo, y saltando sobre ella interrumpió su canto con importunas caricias. Al sonar un pito distante, dió la vuelta, y desapareció como un dardo por el rumbo que había venido. „Capitan Waverley, dijo Flora, ese es el compañero leal de Fergus, y su señal es el silbido que escuchamos. El solo gusta de poesías jocosas, y viene muy oportunamente á interrumpir mi eterno catálogo de las tribus, llamadas por

uno de vuestros poetas ingleses, bufones, „hueste de calza de mendigos orgullosos, Mac-Leans, Mac-K nziels y Mac-Gregors.”

Manifestóla Waverley cuánto sentia semejante interrupcion.

„O! le dijo ella, no sabeis cuánto habeis perdido! El bardo, como era de su obligacion, habia dirigido tres estancias muy largas á Vic Ian Vohr de las Banderas, enumerando todas sus grandes propiedades, sin olvidar que es protector del harpista y del bardo, dispensador de hermosos dones! Ademas, hubierais oido un consejo práctico al hijo rubio del extranjero que habita en la tierra donde la yerba está siempre verde; al que cabalga sobre el caballo de reluciente aderezo, cuyo color semeja al cuervo, y cuyo relincho en la lites como la voz del águila. Conjura con afectuoso tono á ese valeroso ginete á fin de que no olvide el valor y lealtad que ilustraron á sus mayores. Todo esto habeis perdido; mas puesto que vuestra curiosidad no está satisfecha, juzgo por la distancia á que sonó el pito de mi hermano, que todavia tendré lugar de cantaros las últimas estancias, ántes que él llegue á reirse de mi traduccion.

„Despertad sobre vuestras montes, despertad en vuestras islas, hijos valientes de la montaña y del lago! Es la corneta! pero no convoca á la caza. Escucha! las gaitas sonoras! pero no os llaman al salon festivo!

Es la cita de los héroes á muerte ó victoria, cuando resplandecen las banderas sobre montes y llanos. Llamán á empuñar dagas, claymores y re-

delas, á la marcha, á la revista, á la formacion al ataque!

Sea la espada en manos de cada gefe, como la de Fingal furibundo! Corra por sus venas la sangre, cual torrente de fuego! Romped. como vuestros padres, el bajo yugo extranjero, ó ma id como vuestros padres, y no sufrais mas tiempo tal ignominia.

CAPITULO XXIII.

Sigue Waverley en Glennaquich.

Cuando Flora terminó su canto, tenia ya delante á Fergus. „Bien sabia, la dijo, que estabas aquí, aun sin el auxilio de mi amigo Bran. Un gusto sencillo y vulgar como el mio, preferiria el chorro de Versailles á esta cascada, con todos sus apéndices de rocas y rugido; pero este, capitán Waverley, es el Parnaso de Flora, y esta fuente es su Helicon. Seria muy conveniente que su coadjutor Mac-Murrough supiese apreciar el influjo de su inspiracion; ahora mismo acaba de tragarse una azumbre de aguardiente aromático, para corregir, segun dice, la frialdad del vino tinto.— Voy á probar su virtud. Tomó un poco de agua en el hueco de su mano, y empezó con aire teatral una cancion inglesa. Mas interrumpiéndose á la primer copla, „Nunca, dijo, puede salir bien la poesia británica inspirada por un Helicon montañés. *Allons courage!*

O vous, que buvez á tasse pleine
à cette heureuse fontaine,
ou ou ne voit sur le rivage

que quelques vilains troyeux,
suivis des nymphes de village,
que les escortent sans sabots"—

„Por Dios, querido Fergus, prorrumpió Flora, no nos cances con los tediosísimos é insipidísimos Coridon y Lindoro, los mas insufribles de la Arcadia entera!”

„Bien: si no te gustan *la houlette et le chalumeau*, no faltarán versos heroicos que cantarte.

„En verdad, caro Fergus, que ahora participas mas de la inspiracion de la copa de Mac-Murrough que de la mia.”

„No á fe, gran señora; aunque protesto que es preferible á la tuya. ¡Cuál de tus descabezados poetas italianos es el que dice,

Io d’Elicona niente
mi caro, in fe de Dio, che’l bere d’acque,
(bea chi ber ne vuol.) sempre mi spiacque?”

Mas si preferis el Gaélico, capitán Waverley, aquí está Catalinita, que os cantará el *Drim’induh*. —Vamos, Catalina *astore*, (querida mia), comienza: no tengas vergüenza al *Ceau Kinne*.”

Catalina cantó con mucha gracia una cancioncita gaélica, que era una elegía burlesca de un rústico por la pérdida de su vaca, cuyos tonos cómicos hicieron reir mas de una vez á Waverley aunque no entendia las palabras.

„Perfectamente, Catalina, exclamó el caudillo: quedo en obligacion de buscarte un guapo marido entre los mozos de mi clan.”

Catalina se sonrió ruborizándose, y se ocultó tras de su compañera.

Miéntas volvian al castillo instó mucho Fergus á Waverley para que se detuviese ocho ó quince dias, con el objeto de ver la gran cacera que preparaban él y otros caballeros montañeses. Los hechizos de la melodía y de la belleza habian hecho una impresion demasiado fuerte en Eduardo para que pudiese rehusar tan agradable convite. Convinieron, pues, en que escribiría al Baron de Bradwardine, manifestándole su intencion de permanecer quince dias mas en Glennaquoich, y suplicándole enviase con el portador, (que era un *gillie* del caudillo), las cartas que para él hubiesen llegado.

Con este motivo se habló del Baron, á quien Fergus elogió altamente como caballero y soldado. Flora lo caracterizó mejor, observando que era un verdadero modelo de la caballería escocesa antigua, con todas sus excelencias y peculiaridades." Ese carácter, capitán Waverley, va desapareciendo rápidamente, porque su mejor distintivo era un respeto de sí propio, que jamas se olvidó hasta nuestros dias. Mas hoy los caballeros cuyos principios no les permiten hacer la corte al gobierno actual, se ven olvidados y degradados, y muchos se conducen como es consiguiente; y como algunas de las personas que habeis visto en Tully-Veolan, adoptan hábitos y compañías impropias de su nacimiento y educacion. La despiadada proscriptcion de partido parece degradar á las víctimas que señala, aunque sea con injusticia. Mas permítasenos esperar tiempos mejores, en que un

caballero campesino de Escocia pueda ser instruido, sin la pedanteria de nuestro amigo el Barón, cazador sin los bajos modales de Mr. Falconer, y fomentador juicioso de su hacienda, sin volverse un patan, un novillo en dos piés, como Killancureit."

Así profetizaba Flora una revolucion que vemos hoy realizada con el tiempo, aunque no por los medios y del modo que ella pensaba.

Hablóse luego de la amable Rosa, á cuya persona, modales y talento se prodigaron los mayores encomios. „El hombre, dijo Flora, que tenga la dicha de ser amado por Rosa Bradwardine, hallará un tesoro inestimable en su afecto. Su alma toda se fija en el hogar doméstico, y en el ejercicio de las virtudes tranquilas cuyo centro forma. Su marido será para ella lo que hoy es su padre, es decir, el objeto de todos sus afanes, solicitud y afecto. El será móvil y vínculo de todas sus ideas y relaciones. Si es hombre sensible y virtuoso, ella simpatizará con sus penas, aliviará sus fatigas, y tendrá parte en sus placeres. Si cae en manos de algun patan ó disipado, tambien le saldrá á gusto, porque no sobrevivirá mucho tiempo á su indigna conducta. ¡Ah! cuantas probabilidades hay de que mi pobre amiga tenga tan triste suertel Oh! si fuera yo reina en este momento, cuan gustosa mandara al jóven mas amable y virtuoso de mi reino que aceptara su dicho con la mano de Rosa Bradwardine!"

„*En attendant*, dijo riéndose Fergus, quisiera que la mandaras aceptar la mia."

No sé como explicarlo; pero aquel deseo, aun-

que expresado en tono de chanza, no dejó de mortificar á Eduardo, á pesar de su naciente inclinacion á Flora, y de la indiferencia con que habia visto á Miss Bradwardine. Esta ocurrencia fué una de las inexplicabilidades de la naturaleza humana, y la dejaremos sin comentario.

„¿Tu mano, Fergus? repuso Flora, mirándole fijamente. „No; tú tienes otra novia, la gloria; y los peligros que debes correr para conseguirla, darian muerte á la pobre Rosa.”

En esta conversacion llegaron al castillo, y Waverley se puso á escribir para Tully-Veolan. Como sabia que el Baron era puntilloso en estas materias, iba á cerrar su billete con el sello de sus armas que traia en la cadena del reloj, pero no lo encontró en ella. Pidió, pues, á Fergus el sello de su familia, y con tal motivo mencionó la falta del suyo, expresando que tal vez se quedaria en Tully-Veolan.

„Seguramente, dijo Miss Mac-Ivor, Donald Bean Lean no habrá tenido el atrevimiento de”

„Con mi vida lo aseguro, en tales circunstancias, respondió su hermano; y ademas, no se habria dejado el reloj.”

„Con todo, Fergus, dijo Flora, me sorprende que protejas á semejante hombre.”

„¿Acaso lo protejo yo?— Esta hermanita, Capitan Waverley, parece querer persuadirnos que yo cojo lo que los viejos llamaban *Steak-raid*, ó en términos mas claros, una parte del botin de los ladrones, paga la por estos al *laird* ó caudillo por cuyas tierras pasan con su presa. En verdad que si no logro contener la lengua de Flora, no tar-

dará el general Blakeney en mandar de Stirling á un sargento y ocho soldados, (esto lo dijo con ironía enfática y orgullosa) que prendan en su castillo á Vich-Ian Vobr, como me dicen por mal nombre."

"Y bien, Fergus, ¿no debe entender nuestro huésped que todas esas son tonterías afectadas? Tienes bastantes hombres que te sirvan sin alistar bandidos, y tu honor está á cubierto de toda mancha. ¿Por qué, pues, no acabas de lanzar de tus tierras á ese Donald Bean Lean á quien aborrezco, aun mas que por sus robos, por su duplicidad é hipocresía? Ninguna causa podria inducirme á tolerar un bribon semejante."

"Ninguna causa, Flora? repuso el hermano con tono significativo,

"Ningun causa, Fergus! ni aun la que interesa mas á mi corazon. Quítala el mal presagio de tan despreciables defensores!"

"Pero hermana, continuó Fergus sonriéndose, tú no consideras mi respeto á *la belle passion*. Evan Dhu Maccombich está perdido por Adelaida, hija de Donald, y no debes exigir que yo perjudique á sus amorios. Si tal hiciera, todo el clan lo recibiria malísimamente. Bien sabes su proverbio, de que un pariente es parte de nuestro cuerpo, pero un hermano de leche es un pedazo del corazon.

"Bien, Fergus, ya sé que es inútil disputar contigo; mas ojalá pare en bien todo esto!"

"Devotamente rezado, querida y profética hermana, y el modo mejor del mundo para terminar una discusion dudosa. ¿Pero no escuchais las gaitas, capitan Waverley? Acaso preferireis danzar

al son de ellas en el salón que dejaros enrojecer con su armonía, sin participar del ejercicio á que los llaman.”

Waverley tomó la mano de Flora. Siguióse el baile, que con canciones y otros pasatiempos, terminó las diversiones de aquel día en el castillo de Vich lan Vohr. Retiróse por fin Eduardo, agitado por varios y contrapuestos afectos, que por algun rato le privaron de dormir, poniéndole en aquel estado mental no desagradable, en que la fantasía coge el timón, y el alma se deja llevar pasiva con la corriente rápida y confusa de sus reflexiones, en vez de esforzarse para sistematizarlas y analizarlas. Durmióse ya tarde, y soñó de Flora Mac-Ivor.

FIN DEL TOMO PRIMERO.